

VIAJES Y COSTUMBRES

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO

Paradiso Gutenberg



ENRIQUE GIL Y CARRASCO

“Tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma”.

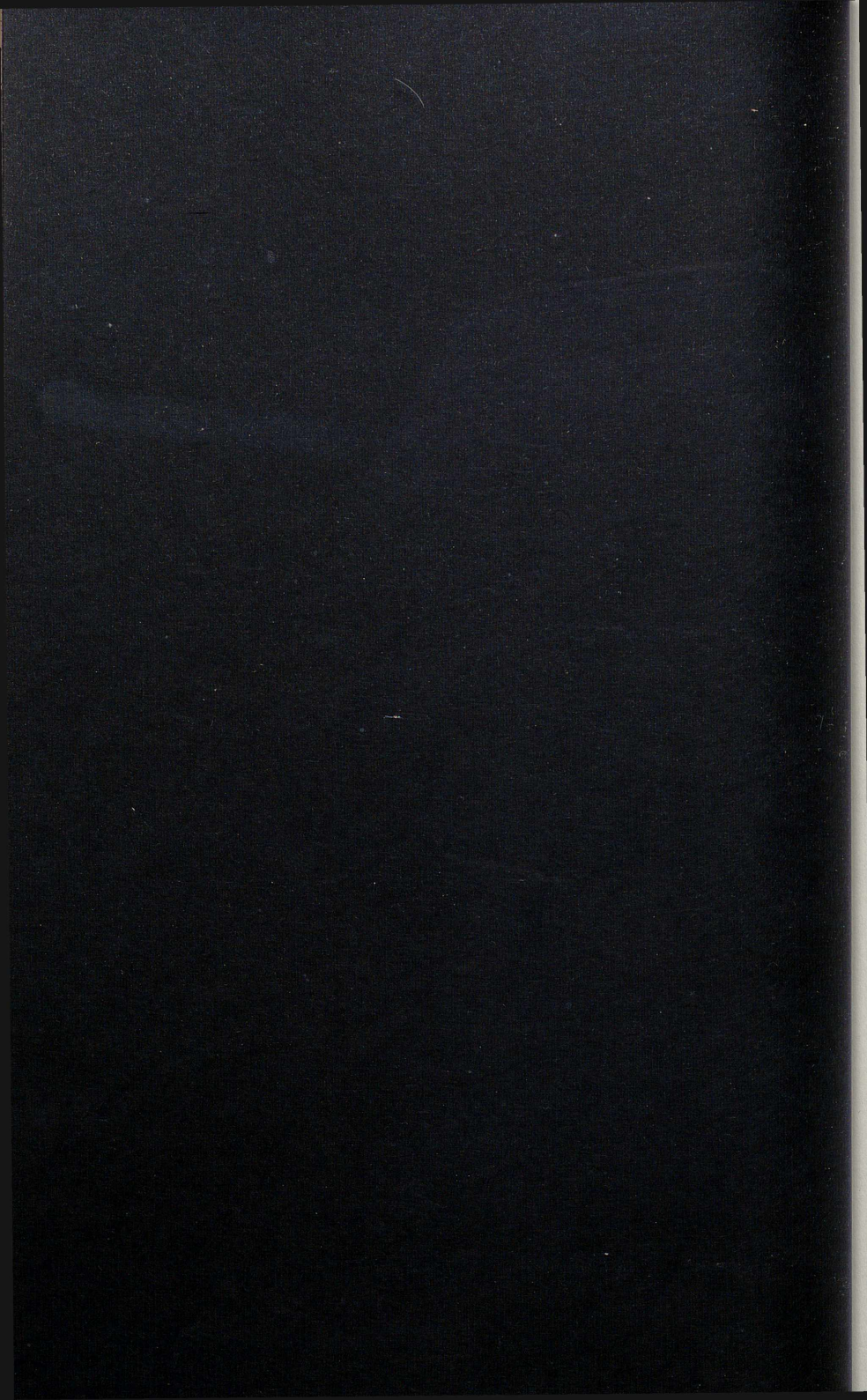
[Villafranca del Bierzo, 1815-Berlín, 1846].

Una biografía apasionante bajo una lluvia de epítetos: romántico leonés, *ruiseñor del Bierzo*, poeta de la sinceridad, “de intensa ternura y melancólico idealismo”, “mucho de aspecto delicado, rubio, de ojos azules, soñador”.

La violeta, una gota de rocío, la muerte joven... convienen a su estampa delicada; pero Enrique Gil fue un humanista inteligente que en apenas diez años creó una obra avanzada y valiosa, aunque desconocida.

Amigo y protegido del incendiario Espronceda, Gil fue un liberal moderado, comprometido con su tiempo; González Bravo le nombra embajador en Prusia, donde conoce al sabio Humboldt y frecuenta los círculos masónicos. Es religioso a la manera de los grandes pensadores, el motor que hace girar su obra no es la fe, sino la certeza de la duda y el misterio. Su dios es la Naturaleza y sus elementos, el paisaje que eleva a categoría metafísica.

Toda su obra es actual y contiene cargas de profundidad contemporáneas: su poesía anticipa la de Bécquer e ilumina el Modernismo; sus críticas literarias y crónicas de viaje sientan cátedra; la epopeya templaria *El Señor de Bembibre* es la mejor novela histórica universal.



DG
cm

t. 1771575

C. 73747836

VIAJES Y COSTUMBRES
de Enrique Gil y Carrasco



BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO
Volumen VI

© *Viajes y costumbres*, de ENRIQUE GIL Y CARRASCO, Paradiso_Gutenberg, 2014.

© *Introducción: Viajes por el Noroeste de España de Enrique Gil y Carrasco*, ÁLIDA ARES, 2014.

1ª edición en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015,
al cuidado de Álida Ares y Valentín Carrera.

Portada: Fragmento de *El campo de trigo*, de John Constable, 1826, óleo sobre
lienzo, 143 x 122 cm., National Gallery de Londres.

Diseño portada y colección: Denís Fernández Cabrera, Sacauntos.

Esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO ha sido posible gracias a
una generosa beca de la *Fundación Carmen Rosa Carracedo*, cuyo
mecenazgo agradecemos.

Obra Completa: ISBN 978-84-941762-9-6

Volumen VI, *Viajes y costumbres*: ISBN 978-84-941762-5-8

Dep. Legal C 1006-2014

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la
autorización de los propietarios del copyright.

Paradiso_Gutenberg



www.bibliotecagilycarrasco.com

VIAJES Y COSTUMBRES

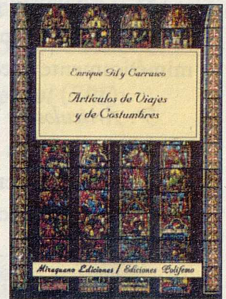
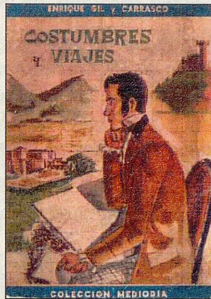
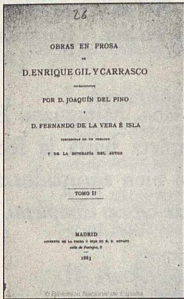
BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO

Paradiso Gutenberg

Nota del editor



En el prefacio al primer volumen de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, *A hombros de gigantes. 168 años de estudios sobre Gil y Carrasco*, hicimos inventario de las escasas ediciones de la obra de Gil, con excepción de *El Señor de Bembibre*, la única que ha sido editada y reeditada a fondo en el último siglo y medio. Por centrarnos ahora en sus artículos de prensa, la sensación es lamentable: a la muerte de Gil quedaron dispersos y olvidados en las hemerotecas, de donde los rescataron en una primera y casi arqueológica labor sus amigos Del Pino y De la Vera, luego Jorge Campos y casi cien años después el profesor Picoche. A pesar de sus esfuerzos, el valioso trabajo periodístico de Gil ha sido, como decíamos, mal editado.

En el vol. IX de esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO encontrará el lector nuestro ensayo *El periodista Enrique Gil*, donde se sostiene que, además de poeta, novelista, diplomático y viajero, Gil fue esencialmente un extraordinario periodista, como prueban los artículos de viajes y costumbres objeto del presente volumen en cuya preparación hemos cotejado las ediciones anteriores que, por orden cronológico, son las siguientes:

1ª. Hemeroteca [1843–1846]: las propias colecciones originales de *Semanario Pintoresco Español [SPE]* y *Los españoles pintados por sí mismos*. No hemos podido cotejar *El Pensamiento*.

2ª. *Obras en prosa* de D. Enrique Gil y Carrasco, coleccionadas por D. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera e Isla [1883], en adelante, *Obras en prosa*. Contiene seis artículos de viaje, con el siguiente orden y títulos: *El pastor trashumante*, *Los montañeses de León*, *Los Pasiegos*, *Los Maragatos*, *El Castillo de Simancas*, *Una visita al Escorial*.

3ª. *Obras completas de don Enrique Gil y Carrasco*, edición de Jorge Campos, BAE, 1954, en adelante, *Obras completas [O. C.]*. Contiene nueve artículos: los seis de las *Obras en prosa* y recopila tres más: *Los asturianos*, *El segador*, *San Marcos de León*.

4ª. *Costumbres y viajes*, prólogo de Rafael Benítez Claros, colección Mediodía, Publicaciones Españolas, 1961, en adelante, edición *Mediodía*. Reproduce miméticamente la edición de las *Obras completas*.

5ª. *Artículos de Viajes y de Costumbres*, prólogo de Ramón Alba, Miraguano Ed., Madrid, 1999, en adelante, edición *Miraguano*. La más completa hasta la fecha; recopila por primera vez los trece artículos de Gil conocidos, si bien agrupados con criterio heterogéneo, y repite sin corregir ni revisar los nueve de las *Obras completas*.



Nuestra edición

Ninguna de las cinco ediciones anteriores ha sido reeditada, aunque pueden encontrarse en librerías anticuarias. Nuestra edición –sexta en la serie histórica impresa y primera en *ebook* digital–, se abre con un amplio y documentado estudio preliminar de la filóloga Álda Ares, natural del Bierzo, vocal del consejo editorial de *eBooksBierzo* desde su fundación y profesora en la Universidad de Trento. Ha publicado manuales y ensayos sobre filología, gramática, análisis del discurso y didáctica de la lengua, entre los que destacan: *Gramática Española para Estudiantes Italianos* (Trieste, Einaudi 1995); *Análisis de los textos escritos aportados en los manuales de E/LE* (Redele, MEC 2004), *Análisis tipológico, lingüístico y pragmático de los textos de unidades específicas de los manuales de ELE* (Barcelona, UB 2007) y, recientemente, *De la gramática normativa a la gramática del texto* (Trento, Tangram, 2012).

Ares aborda por primera vez el estudio conjunto de los trece artículos, manejando exhaustivamente la bibliografía precedente, y nos presenta un desconocido y apasionante Enrique Gil, periodista y viajero. El editor deja constancia de su agradecimiento a Álda Ares, cuya valiosa

introducción a *Viajes y costumbres* constituye un hito en los estudios gilianos, por su generosa aportación a la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

Esta edición, pues, agrupa los trece artículos de Gil en tres series, siguiendo el criterio propuesto por Árida Ares, y el "inédito" *Hacia las montañas*, basado en notas de viaje de Gil, aportado por Picoche:

I. Artículos de costumbres en *Semanario Pintoresco Español* (SPE):

- Los maragatos* (24 de febrero de 1839)
- Los montañeses de León* (14 de abril de 1839)
- Los asturianos* (12 de mayo de 1839)
- Los pasiegos* (30 de junio de 1839).

II. Artículos de costumbres en *Los españoles pintados por sí mismos*

- El pastor trashumante* (tomo I, 1843, pp. 439-446, diciembre de 1843)
- El segador* (tomo II, 1844, pp. 75-80, febrero de 1844)
- El maragato* (tomo II, 1844, pp. 225-230, febrero de 1844)

III. Artículos sobre monumentos en *España pintoresca* (sección de SPE)

- La Catedral de León* (SPE, 10 de febrero 1839)
- Iglesia de San Isidoro y Panteón de los Reyes de León* (SPE, 17 de marzo 1839)
- El Palacio de los Guzmanes de León* (SPE, 28 de abril 1839)
- San Marcos de León* (SPE, 9 de junio de 1839)
- El Castillo de Simancas* (SPE, 22 de septiembre 1839)
- Una visita al Escorial* (*El Pensamiento*, 23 septiembre 1841).

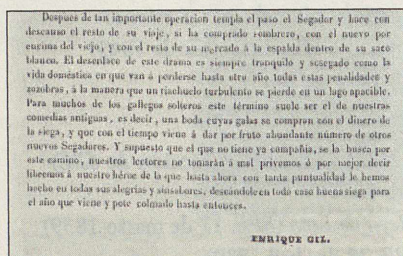
Anexo. *Hacia las montañas*.

Para revisar el texto, corregir las numerosas erratas, lecturas dudosas y restituir líneas de texto omitidas, hemos acudido primero a los periódicos originales y luego a la edición de 1883 que es la más fiel al original. La de Campos, cuyo mérito siempre encarecemos por haber fijado las obras más completas de Gil, contiene abundantes imprecisiones: igual transcribe "la Contaduría del sueldo" por "la Contaduría del suelo" que omite una línea "...pertenecientes a los derechos de la Corona [y aún a muchos particulares. Estaban] allí, en arcas y cajones..." [*Simancas*, en *O. C.*, p. 291]. Las ediciones *Mediodía* y *Miraguano* calcan las *Obras completas* y reproducen sus erratas [para los ejemplos anteriores, v. *Mediodía*, pp. 61-62 y *Miraguano*, pp. 62-63], por lo que para revisar el texto de Gil son irrelevantes.

En ausencia de otra edición, las *Obras completas* de la BAE eran la fuente obligada por la que críticos y estudiosos citaban la obra de Gil. La publicación de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO (BGC), de fácil

acceso, atractiva, revisada y corregida con el cuidado y esmero que nos ha sido posible, nos exime de remitir al lector a ediciones precedentes poco accesibles y desactualizadas. En el presente volumen y en sus nueve hermanos, citamos los textos de Gil por la fuente original y por referencia al tomo y página correspondiente de la BGC, lo que, a riesgo de incurrir en errores propios, evita errores ajenos.

Hemeroteca romántica digital



¡o miraría como ganaron cumplido de sus años. De esto avisamos aquí á sus individuos como en lugar mas oportuno daremos cuenta á los redactores y colaboradores de la *España monumental y artística* de otras cosas que sin duda cumplen á su noble propósito.

En un próximo artículo hablaremos de otras antigüedades romanas enteramente distintas que contiene el Bierzo, en mas abundancia quizá que ningun otro distrito de España.

PONFERRADA y agosto de 1842.

ENRIQUE GIL.

GACETILLA DE PROVINCIAS.

—Nos escriben de Granada:

«Los ladrones se aumentan, los robos se hacen con el mayor escándalo, en términos de no poderse salir á los caminos mas concurridos, y los castigos no los vemos. Sabemos de dos personas de esta ciudad á las que han escrito dos cartas para que, en los jun

En cuanto a las fuentes, los editores del siglo XXI tenemos un privilegio del que no gozaron Joaquín del Pino, Fernando de la Vera, Jorge Campos, Jean-Louis Picoche ni Ramón Carnicer para preparar sus trabajosas ediciones: gozamos de fuentes digitalizadas de alcance universal y gratuito. Como parte inseparable de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO y con el espíritu *wiki* que inspira todo nuestro trabajo, compartimos esas fuentes en la web, donde el lector curioso o interesado encontrará las páginas originales del *Semanario Pintoresco* y demás publicaciones que acogieron los artículos de Gil desde 1837 hasta 1852, después, incluso, de la muerte de nuestro autor [URL: www.bibliotecagilycarrasco.com].

El *Semanario Pintoresco Español* fue una revista dirigida por Mesonero Romanos, publicada en Madrid durante veinte años, desde 1836 a 1857, y en la que Gil colaboró asiduamente. Era un coleccionable semanal, como expresa su título, ocho páginas con grabados xilográficos novedosos en la época, que llegó a ser la publicación de su género con mayor difusión en España. Dicho de otro modo, el joven periodista Enrique Gil escribía en *El País* de su tiempo.

La colección completa se puede leer y descargar en la *Biblioteca digital de la Comunidad de Madrid* y los artículos de Gil en nuestra web.

Los españoles pintados por sí mismos fue una colección de “tipos” publicada por Ignacio Boix en Madrid en dos tomos, 1843 y 1844, reimpresos en 1851 en un solo volumen, en la que colaboró la nómina más ilustre de periodistas, escritores y políticos de la época. Gil publicó tres colaboraciones muy notables. Los dos tomos de esta obra se pueden leer y descargar en *Internet Archive* y los tres artículos de Gil, igualmente en nuestra web.

Por último, la serie *España pintoresca* fue una sección dentro del *Semanario Pintoresco* en la que Gil publicó cinco colaboraciones sobre monumentos, todas ellas en 1839. Fuera de esta serie, publicó un artículo tardío sobre El Escorial en *El Pensamiento*, revista fundada en mayo de 1841 por Espronceda y Miguel de los Santos Álvarez, cuyo original no hemos encontrado; cotejamos esta edición con la versión del *Semanario Pintoresco* [*Una visita al Escorial*, núm. 27, 4 de julio de 1852]. Estos seis artículos también se pueden leer y descargar en la *Biblioteca digital de la Comunidad de Madrid* y en la web BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

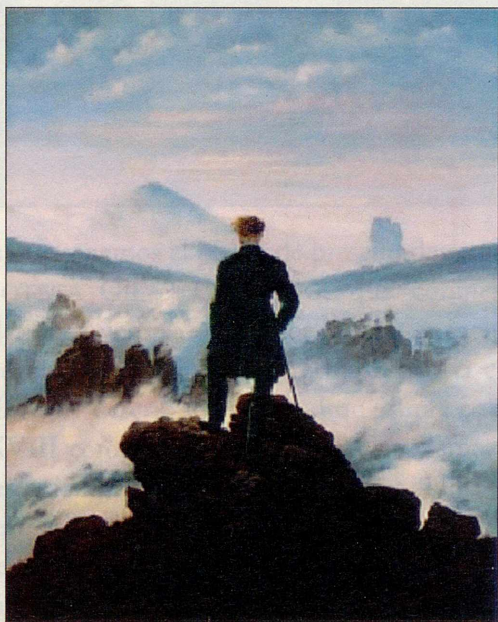
Las ilustraciones y grabados que completan esta edición proceden en su mayoría del *Semanario Pintoresco Español* y de *Los españoles pintados por sí mismos* y de alguna otra publicación de la época, que señalamos.

Como periodista, he leído cada palabra de Gil con fruición, estudiando el modelo del maestro que mereció ya en 1885 “un altísimo juicio”, dice Campos, del crítico Víctor Balaguer: “*El Señor de Bemibre* y *El Lago de Carucedo* son obras pasajeras y mortales al lado de los artículos”. Alonso Cortés añade rotundo que “los artículos de crítica de Enrique Gil son de lo más sólido y consistente que se escribió en su época”; y Piñeyro afirmaba en 1903 que “se pueden leer todavía con placer y provecho.

Disfrútenlos lector y lectora en 2014 con el placer y el provecho que daban en 1839 a los miles de suscriptores que seguían los pasos de Gil en el *Semanario Pintoresco Español*.

VALENTÍN CARRERA
EN BABIA, A 30 DE JUNIO DE 2014

Viajes por el Noroeste de España
de Enrique Gil y Carrasco
Introducción y estudio preliminar de Álida Ares



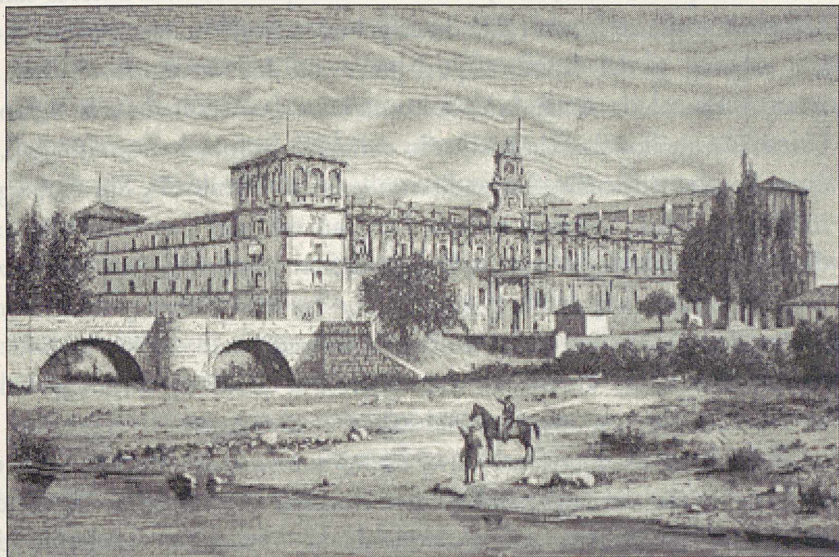
Los artículos
de la Biblioteca
centenario de
literario de
modo espec
en el siglo
mice del int
aspectos, de
corriente lí
la descripc

este interesa no tanto en sí mismo sino en cuánto condiciona el carácter
y las acciones de los individuos, y desde este prisma constituye una de
las bases fundamentales de la estética romántica moderna.

Para José Escobar, la novedad del costumbrismo estriba en que lo
local o circunstancial se reconociera digno de ser tratado como materia

una nueva edición
hora el segundo
oren en el género
al se designa un
las letras europeas
El costumbrismo
duo en todos sus
en deriva de la
que el énfasis en
la en que ahora

1. Introducción al costumbrismo romántico en el siglo XIX



Los artículos que tenemos el placer de presentarles en esta nueva edición de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, que conmemora el segundo centenario del nacimiento del escritor leonés, se incluyen en el género literario denominado *costumbrismo*, término con el cual se designa un modo específico de describir la realidad que surge en las letras europeas en el siglo XVIII como subgénero del romanticismo. El costumbrismo nace del interés de los románticos por estudiar al individuo en todos sus aspectos, desde el psicológico hasta el social, y si bien deriva de la corriente literaria realista precedente y como aquella pone el énfasis en la descripción detallada del entorno social, se diferencia en que ahora este interesa no tanto en sí mismo sino en cuanto condiciona el carácter y las acciones de los individuos, y desde este prisma constituye una de las bases fundamentales de la estética romántica moderna.

Para José Escobar¹, la novedad del costumbrismo estriba en que lo local o circunstancial se reconozca digno de ser tratado como materia

¹ Escobar Arronis, *Literatura de lo que pasa entre nosotros*. 1994, pp. 193-206.

literaria, frente al concepto tradicional de que la literatura debía imitar a la Naturaleza, entendida como una idea abstracta y universal, no determinada ni por el espacio ni por el tiempo. Se trata de la oposición tradicional entre clasicismo y romanticismo que sostienen autores como Leopardi y que se funda en la descripción de la naturaleza por parte de los clásicos y del hombre por parte de los románticos². Así lo interpretaban autores de la época, entre los que se encuentra Donoso Cortés: “Aquéllos [los clásicos] sólo conocían los objetos exteriores [...], éstos [los románticos] sólo meditaron sobre el hombre”³. Sin embargo, muchos críticos, como el mismo Escobar, rehúsan una distinción tan drástica, considerando que en España ambas corrientes, *costumbrismo* y *romanticismo*, compartían el interés por las tradiciones y costumbres nacionales, si bien los costumbristas se diferenciaban de los románticos en que pretendían un análisis más objetivo o científico de la realidad y se oponían a las que consideraban extravagancias expresivas y conceptuales de carácter subjetivo de los románticos⁴. En esta línea de rechazo de las extravagancias se manifestaron autores como Gertrudis Gómez de Avellaneda que contraponía la “invención visionaria” del poeta romántico con “la copia fiel de la realidad” del escritor de costumbres⁵.

El origen de esa nueva concepción de la literatura de costumbres, tal como admite el mismo Larra, hay que situarlo en Inglaterra a partir de la publicación de *El Espectador* (1711-1712) de Addison; de allí pasó a Francia y posteriormente a España. Con el término *costumbre* se hace referencia a cualquier forma de comportamiento del hombre en la sociedad, por lo que, en principio, esta corriente suscitó el interés hacia

² Larra en su reseña a la obra de G. Leopardi [*Panorama Matritense*, en BAE, CXXVIII, p. 239 b] recoge la teoría expuesta por el autor italiano en *Discorso di un Italiano intorno alla poesia romantica*, publicado en *Diario d'amore*, Milano, Sonzogno, 1939, pp. 142-43.

³ *Discurso de apertura en Cáceres*, 1829, *Obras Completas*, Madrid, BAC, 1946, p. 31.

⁴ J. Escobar, *Costumbrismo: estado de la cuestión*, 1996, pp. 117-126.

⁵ Véase J. Escobar, *Narración, descripción y mimesis en el cuadro de costumbres: Gertrudis Gómez de Avellaneda y Ramón de Mesonero Romanos*, 1985, pp. 53-60 y *La mimesis costumbrista*, 1988, pp. 261-70. Véase también Leonardo Romero Tobar, *Mesonero Romanos: entre costumbrismo y novela*, 1983, pp. 243-59.

todos aquellos aspectos particulares de comportamiento y hábitos de un determinado país. No obstante, un uso más restringido y nacional del costumbrismo se vio favorecido por otro aspecto entre los más destacados del movimiento romántico: la búsqueda del espíritu nacional o popular, el *Volksgeist*, que fue uno de los temas que, a través de Herder, el romanticismo alemán difundió en toda Europa y que constituyó el acicate de numerosas publicaciones de los años treinta y cuarenta en las que ingleses, alemanes, franceses y españoles se describían, se “pintaban”⁶ a sí mismos, es decir, su modo de ser, sus costumbres.

Según críticos como José Luis Varela⁷, es desde esta perspectiva desde la que el costumbrismo se revela como fruto del romanticismo, un romanticismo que dirige la atención hacia lo peculiar o indígena, ya que en lo autóctono e incontaminado adivinaba lo singular de cada país o región. Por otra parte, conviene recordar, como advierte Ermanno Caldera⁸, que en la base de esa búsqueda del *Volksgeist* se revelaba un marcado sentimiento patriótico que diferencia a los románticos de los ilustrados y clasicistas, más orientados hacia el cosmopolitismo, y que en España encontró algunas de sus manifestaciones más acusadas precisamente entre autores costumbristas preocupados por la salvaguardia de las esencias nacionales y admiradores incondicionales de su propio país, como Estébanez Calderón, para el cual se identifica “lo español y lo grande” o Fernán Caballero, que eleva himnos a la grandeza de España.

Otro de los motivos que impulsó al costumbrismo español, y que guarda estrecha relación con el anterior, fue el deseo de rebatir los prejuicios infundados que abundaban sobre los españoles en los relatos de viaje de autores extranjeros, sobre todo franceses e ingleses. Exageraciones y tergiversaciones no siempre románticas y desinteresadas, que contribuyeron a configurar una España inventada de

⁶ El término *pintoresco* fue empleado por primera vez por Giorgio Vasari en sus *Vite* (1550), donde utiliza “alla pittoresca” para significar un paisaje, un objeto, una escena, que es capaz de producir nuevos efectos en el terreno pictórico, ‘algo digno de ser pintado’.

⁷ J. L. Varela, Introducción a *Costumbrismo romántico*, 1970, p.7.

⁸ Véase Ermanno Caldera, *La vocación costumbrista de los románticos*, 1996, 45-52.

la que han perdurado tópicos en el imaginario del extranjero medio europeo incluso hasta nuestros días. De ahí la necesidad de revistas en las que los españoles “se pintaran a sí mismos”, por considerar que la visión de los extranjeros era fruto de su ignorancia y, a la vez, del olvido en que se habían tenido las tradiciones españolas en la propia patria a causa de las revoluciones que había sufrido el país y de modas cosmopolitas impuestas por los ilustrados que se habían volcado hacia el exterior elogiando las innovaciones, sin apreciar los valores positivos del propio pasado. En la introducción que encabeza la obra *Los Españoles pintados por sí mismos* se puede leer:

Y aquí encajaba como de molde una sentida lamentación acerca de nuestras viejas costumbres, tan trocadas, tan desconocidas hoy, merced no sólo a las revoluciones y trastornos políticos, [...] sino también al espíritu de extranjerismo que hace años nos avasalla, y que nos hace abandonar desde el vestido hasta el carácter puro español por el carácter y vestido de otras naciones, a las cuales pagamos el tributo más oneroso: el de la primitiva nacionalidad⁹.

La reacción adopta a veces un tono nostálgico que impregna gran parte de los escritos costumbristas, sobre todo los de Mesonero Romanos, Estébanez Calderón y Fernán Caballero, los cuales incluso llegan a manifestar su disgusto por algunos adelantos de la civilización. Como advierte Caldera en tono irónico: “Si Mesonero echa de menos el viejo brasero y desprecia la chimenea, no falta quien, como el autor de la *Miscelánea crítica* del *Correo Literario y Mercantil*, alabe las edades pasadas en que no se usaba el paraguas, y se pregunte preocupado: “¿Qué suerte espera a una nación que se pone a temblar al asomarse una nube?”¹⁰. Lo cual en realidad era solo una manera de abogar por el romanticismo en la polémica entre clásicos y románticos, ya que según una célebre viñeta del *Semanario Píntoresco Español* titulada *Un clásico y un romántico cuando llueve*, el paraguas se interpretaba como un complemento propio de los clasicistas o ilustrados.

⁹ *Los Españoles pintados por sí mismos*, 1843. Dossat, 1992, p. 3.

¹⁰ *Los paraguas*, artículo anónimo en *Correo Literario y Mercantil* del 29-10-1828, núm. 47, p. 3. *Op. cit.* en Caldera, 1996.

Por último hay que destacar la importancia que tuvo para la propagación y el éxito de la literatura de costumbres el desarrollo de las publicaciones periódicas como técnica editorial innovadora. La prensa periódica representa la gran novedad literaria del siglo XVIII. Como bien hace notar Escobar, es la disposición misma del periódico para captar la circunstancia, lo transitorio, la variabilidad del punto de vista, lo que permite formalmente el auge de la literatura de costumbres. En la introducción del periódico madrileño *El Pensador*, José Clavijo y Fajardo, presentando su proyecto literario a los lectores, expresaba ya lo que constituía la novedad del costumbrismo:

Razón será que antes de informarnos por la *Gaceta* de las guerras, de las alianzas y demás en que se interesa la curiosidad, volvamos los ojos y nos informemos de lo que pasa entre nosotros y en nuestros mismos interiores¹¹.

En este ambiente surge la obra costumbrista de Gil y Carrasco, que comparte las preocupaciones de sus contemporáneos, pero ahonda en ciertos aspectos que habían sido más descuidados por ellos: las costumbres, la historia y el carácter de los pueblos de montaña del Noroeste español.



¹¹ Clavijo y Fajardo, J., 1762, *El Pensador*, por don Joseph Álvarez y Valladares, I, Madrid, Ibarra, *Introducción*, pp. 10-11.

2. El costumbrismo romántico de Gil y Carrasco

12

“Viajar conservando siempre una visión rigurosa y a la vez exaltada del mundo”.

ALEXANDER VON HUMBOLDT, 1769-1859.

Gil y Carrasco concilió las tendencias principales del costumbrismo ilustrado y del romanticismo, mostrando en sus artículos los puntos de contacto que existían entre ambas corrientes, si bien situándose entre los románticos, como él mismo declara en uno de sus artículos de crítica literaria, *Poesías de D. José Zorrilla*, refiriéndose a las polémicas entre clásicos y románticos:

Así que, nosotros aceptamos del clasicismo el criterio de la lógica; no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades morales de la época, sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración, y del romanticismo aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones¹³.

Estas afirmaciones concuerdan con las doctrinas de Schiller, el poeta filósofo que cita Gil a menudo en su obra, quien defendía que hay que acabar con la escisión entre la razón y la sensibilidad, apelar a un corazón capaz de sentir todo su poder, que tome en cuenta tanto *sentimientos* como principios, tanto a la sensibilidad como a la razón, y que logre una armonía entre ambos¹⁴.

Los artículos de viajes y costumbres son la parte de su producción menos conocida y también una de las menos estudiadas, a pesar de tener una presencia constante en su obra. De hecho, Gil escribió no solo artículos de costumbres en el sentido estricto del término, sino también artículos de viaje y sobre monumentos que nos transmiten su visión del

¹² Denominamos el epígrafe con el título del excelente estudio de R. Espejo Saavedra [*Bulletin of Spanish Studies*, 2008], que citamos con frecuencia en este apartado.

¹³ En *Obras completas*, pp. 481-482. En BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, VOL. IV, *Crítica literaria*.

¹⁴ Gil cita a Schiller en *El segador*, p. 117.

mundo y constituyen un testimonio de las tradiciones culturales y de la riqueza monumental de algunas de las regiones del Norte, sobre todo de León.

Uno de sus objetivos, que comparte con muchos compatriotas como Mesonero Romanos, es el deseo de corregir la falsa impresión del país dada por los escritores extranjeros, ya que siente rechazo por las descripciones grotescas que se hacían en esos libros sobre los españoles. Sentimiento que perdurará aún en el siglo siguiente y que dará pie a libros reivindicativos como el de Julián Juderías, *La leyenda negra*¹⁵.

En el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, Gil denomina “una plaga” los “extraños juicios” que fuera de los confines se forman los extranjeros de los usos, costumbres, cultura y artes españoles. Ello explica que contribuyera con sus artículos a desmentir tales juicios en revistas como el *Semanario Pintoresco Español* o en *Los españoles pintados por sí mismos*. Pero la visión de Gil sobre el carácter de los pueblos de España y de sus costumbres difiere no solo de la de los extranjeros, sino incluso de la de muchos de los colaboradores del propio *Semanario Pintoresco*, ya que, al contrario de estos, él admite también las culpas de los propios españoles, que son los primeros que minusvaloran las riquezas del Norte país, sobre todo en lo que concierne a historia y tradiciones rurales.

Además de los artículos de viajes y costumbres, Gil escribió artículos de crítica literaria, entre los que se encuentran dos amplias recensiones de libros de viaje¹⁶, uno de M. Fernández Navarrete, *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos pertenecientes a la historia de la marina castellana, y de los descubrimientos españoles en Indias* (1825-1837) y otro de S. E. Coock, *Bosquejos de España* (1844)¹⁷. En este último, del que hace una extensa y elogiosa reseña, expone sus ideas sobre la literatura

¹⁵ Juderías, 1914, p. 24.

¹⁶ Véase a este propósito el estudio de J. A. Carro Celada, *Un viajero llamado Gil y Carrasco*, en *Viaje a una provincia del interior*, vol. III de esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO [publicado originalmente en *Tierras de León: Revista de la Diputación Provincial*, vol. 23, núm. 50].

¹⁷ Las reseñas aparecieron en *El Laberinto*, tomo I, núm. 10, 11 y 12, 16 de marzo; 1 y 16 de abril de 1844. Vid. *Obras completas*, pp. 550-568 y vol. V. *Miscelánea* de BGC.

de viajes y costumbres extranjera, que en general reivindica como instructiva, ya que opina que “a veces los afectos o el amor a la patria nos ciegan y no nos dejan ver objetivamente nuestro entorno, y por tanto conviene contrastar nuestras impresiones con las de otras personas cuyo criterio no esté empañado por esos sentimientos”. No obstante, previene contra los viajeros que llegan con ideas preconcebidas y formulan juicios precipitados y superficiales; critica a los autores que tergiversan los hechos históricos por cuestiones políticas, como hacen Napier, Londonderry y Aberdeen en relación a la guerra de la Independencia, y lamenta que los franceses, entre los que señala a Chateaubriand, George Sand o Théophile Gautier, critiquen de continuo a los españoles por la diferencia de carácter, hábitos y moral:

Hasta ahora no ha llegado a nuestras manos obra alguna francesa, sobre todo de los últimos tiempos, en que no se rinda un homenaje de ruin lisonja a las preocupaciones, que aquel pueblo ilustrado y culto, por una extraña contradicción, abraja contra nosotros¹⁸.

Un viajero que se precie, afirma, debería llevar por guía de sus indagaciones “la imparcialidad del filósofo y la benevolencia, que por lo común suele servir de fondo a la verdadera ilustración”. De Coock alaba su imparcialidad, la rigurosidad de sus estudios y la exactitud de sus ideas, sintetizando así las cualidades que más admira en un buen escritor de libros de viajes. Ricardo Gullón, refiriéndose a los artículos de viajes y de costumbres de Gil, destaca como una constante de su espíritu la curiosidad y la vocación de buen viajero: “Gil se acercaba a los pueblos con la actitud del antropólogo e investigador que desea mostrar las cosas tal cual son en la realidad”¹⁹.

Si bien sea cierto en buena parte lo que afirma Gullón y encontremos en sus artículos muchos datos científicos y curiosos acerca de los pueblos que describe, hay que matizar dicha afirmación, ya que la disposición del viajero al emprender el viaje había ido cambiando, y en

¹⁸ *Obras completas*, p. 552.

¹⁹ Véase Ricardo Gullón, *Cisne sin lago*, 1989, p. 95. Véanse también Michael Iarocci, *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*, 1999, pp. 112-20, y Jean-Louis Picoche, *Un romántico español*, 1978, pp. 194-216.

la época de Gil y Carrasco el viajero se enfrentaba a las experiencias que el camino le tenía reservadas no tanto con una curiosidad científica, sino con una nueva sensibilidad romántica. Gil y Carrasco en varias ocasiones quiere dejar constancia de ello, marcando así distancias con los ilustrados. En *Los maragatos*, después de disertar sobre los orígenes del gentilicio, comenta en tono irónico: “Hasta aquí nos es lícito contentar la curiosidad de los *anticuarios*”²⁰. En *Los montañeses de León* confía al destinatario ficticio de su carta: “Ya sabes que mi viaje es más poético que científico, y por lo tanto, solo esperarás noticias generales en cuanto a sus producciones, etc.”²¹. También en *Los asturianos* refiriéndose a los datos geográficos: “como cumple a mi propósito, y no escribo un artículo geográfico y estadístico, sino una carta a un amigo, no me he parado en *pequeñeces*”²². Pero, al mismo tiempo, quiere dejar claro que su mirada no es superficial, sino reflexiva, y al hablar de la *danza prima*, hace la siguiente observación:

A los ojos de un observador frívolo y ligero, poca o ninguna gracia puede haber en un espectáculo tan igual y poco variado, pero un hombre reflexivo y pensador descubrirá en él, a primera vista, el sello de sencillez y rudeza, si se quiere, que tan honradamente impreso aparece en todos los pueblos primitivos²³.

Otro de los aspectos determinantes de la nueva sensibilidad aludida es la percepción del paisaje. A partir del Romanticismo, el paisaje deja de ser un mero decorado, el fondo de las pinturas profanas y religiosas, o un mero soporte de la actividad agraria y se convierte en espejo del alma, un espejo en el que el hombre veía reflejadas sus ilusiones, sueños y temores. La nueva percepción de la naturaleza, propiciada por el desarrollo de las comunicaciones, conmueve el alma del viajero; y dentro del paisaje, la montaña cobra especial importancia, ya sea en la pintura que en la literatura romántica, no solo en su vertiente científica, como un mundo por descubrir que atrae el interés de los ilustrados, sino en su acepción filosófica y espiritual.

²⁰ Véase p. 78. [La cursiva es nuestra].

²¹ Véase p. 84.

²² Véase p. 92. [La cursiva es nuestra]

²³ Véase p. 95.

En *Los montañeses de León*, al describir la Babia, después de subrayar que sus valles no tienen nada que envidiar a los suizos en pintoresquismo, Gil añade:

Respírase allí templado y fresco ambiente, el aire limpio y sereno deja ver los objetos en toda la pureza de sus contornos y colores, y el silencio de los bosques, el leve rumor de las arboledas y de las cascadas, y la calma y la paz que allí se disfrutan inclinan al alma a esas meditaciones vagas y sin objeto en que el hombre se olvida de sí propio para abandonarse enteramente a las sensaciones del instante²⁴.

A través de Albrecht Haller y Rousseau, la montaña, y los Alpes suizos en particular, se convirtieron en emblema positivo no solo desde el punto de vista paisajístico, sino también antropológico, como lugares donde pervivían los auténticos valores del pueblo europeo, no corrompidos por la civilización, con gentes espontáneamente felices y austeras, representantes de una "humanidad natural", un universo alternativo al civil, un contramodelo no regresivo respecto a las libertades ciudadanas, que solo son comprensibles en un universo conflictual. Gil hace suyo este concepto y en *Los montañeses de León* alaba la sencillez de costumbres de los pastores:

Este país es esencialmente pastoral y no sabes cuánta gracia y cuánto hechizo se encuentra en la sencillez de sus costumbres, después de salir de entre los bruscos moradores de esa triste y desnuda Castilla²⁵.

Aún más explícitamente se revela su adhesión a esta doctrina rousseauniana en un pasaje de *Los maragatos* cuando, después de enumerar sus características termina diciendo:

[...] somos de la opinión que se perdonen a los maragatos estas veniales culpas en gracia de su proverbial honradez, de la lealtad y nunca desmentida franqueza de sus tratos y la autenticidad de sus costumbres, último resto de su espíritu social compacto y uniforme, que debió unir un día a casi todos los pueblos europeos²⁶.

²⁴ Véase p. 86.

²⁵ Véase p. 84

²⁶ Véase p. 82.

Además de su interés por las tradiciones, la lengua o las culturas locales, otro elemento romántico de los artículos de Gil es la idealización del pasado, particularmente el de la Edad Media, que observamos en sus principales obras y en los artículos que describen monumentos y museos, como en el de *San Marcos de León*, donde idealiza la época y la labor de las órdenes militares.

Por lo que concierne a la forma, los artículos costumbristas poseen una estructura expositivo-descriptiva e incluyen información muy variada, que abarca desde la topografía, comunicaciones, cultivos, industria, remembranzas históricas, folclore y tradiciones, pasando por observaciones sobre las viviendas, relaciones familiares, creencias populares y atavío, hasta los rasgos físicos y de carácter de las poblaciones autóctonas.

Destaca también en estos artículos la riqueza léxica y la incorporación de términos dialectales relacionados con las diferentes partes del vestido, los juegos, rituales, costumbres, diversiones, faenas del campo, oficios, jerarquías, etc., lo que revela el interés de Gil por preservar el habla autóctona de los lugares que visita. Con este mismo afán filológico transcribe algunos de los cantares o romances que va recogiendo. Pero, no obstante la riqueza de información que proporcionan, sus artículos no poseen carácter enciclopédico, sino que advertimos en ellos un tono crítico, ya que el autor deja traslucir al mismo tiempo sus ideas, sus valores sociales y su sensibilidad frente al paisaje y los cuadros que describe.

Humboldt, que en Berlín fue gran amigo y protector de Gil, comentaba en una carta dirigida a Goethe del 3 de enero de 1810:

A la naturaleza hay que sentirla; quien sólo ve y abstrae puede pasar una vida analizando plantas y animales, creyendo describir una naturaleza que, sin embargo, le será eternamente ajena.

Y el propio Gil escribe: “Estudiar en los libros no es estudiar en la naturaleza, y las inspiraciones que no se beban de este gran manantial corren inminente peligro de salir a luz enfermizas y defectuosas”²⁷.

²⁷ *Revista teatral*, en *Semanario Pintoresco Español*, 27-10-1839.

Gil como romántico expresa sentimientos de admiración ante el paisaje y la sencillez de las costumbres de las poblaciones, pero en su mirada combina el sentimiento y la razón, a la manera de Schiller, y también percibe y lamenta el abandono de los monumentos, critica el retraso y la ignorancia, las condiciones miserables de vida, la falta de higiene, etc. Es precisamente la mirada escindida, la proyección de sus valores y sentimientos sobre el espacio que describe y el tono confidencial que adopta en determinados pasajes con el lector lo que confiere a estos artículos su valor de crónica auténtica y lo que hace que se continúen leyendo con agrado. Como este pasaje de *Los asturianos*, en el que estableciendo un parangón entre las tierras del Mediodía y del Norte, desvela los sentimientos que estas producen en su alma:

Fuerza es confesar que aquel [el Mediodía] es el país del entusiasmo y de la imaginación, pero en este [el Norte] el corazón se espacia y desenvuelve con más vigor, y a falta de maravillas y pompas vienen a asediarse un tropel de afectos vagos, dulces y melancólicos, que llenan de sentimientos hasta entonces ignorados sus más íntimos pliegues²⁸.

Iarocci en *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*²⁹ llama la atención sobre el hecho de que, en un momento que tradicionalmente se define por la retórica revolucionaria y grandilocuente de Espronceda y de Zorrilla, Gil exprese una visión tan contenida, acorde con su carácter, su educación y sus gustos, desarrollando una versión del romanticismo diversa de la de sus mentores, más en la línea del romanticismo europeo. De la misma opinión es Julio Peñate³⁰ para quien la mirada europea de Gil parece estar intensamente supeditada a sus lecturas previas, ya que las referencias son continuas, tanto en sus viajes peninsulares como en los extranjeros.

Entre dichas lecturas destacan las de Lord Byron —en particular las *Peregrinaciones de Childe Harold*—, con quien comparte el amor por la

²⁸ Véase p. 92.

²⁹ Iarocci, 1999, p. 18.

³⁰ Sobre las influencias de otros escritores en la obra de Gil y Carrasco, remitimos al estudio de Julio Peñate Rivero, *La biblioteca de viaje por Europa en dos autores españoles del siglo XX: Ramón de Mesonero Romanos y Enrique Gil y Carrasco*. V. en Bibliografía.

poesía, el gusto por la historia antigua, la pasión por las experiencias y relatos de viaje e incluso su interés por España, objeto del canto I del *Childe Harold*. Pero también hay referencias a otros poetas y filósofos románticos como Schiller, ya mencionado, y Southey, y también a clásicos como Shakespeare y Dante, sobre todo éste último, y a españoles como fray Luis de León. De estos escritores Gil alude a partes de sus obras o cita breves fragmentos de las mismas, aunque también menciona a muchos otros, como Ossian³¹, Petrarca, Quevedo, Luis Vives, Erasmo, Goethe o Hoffmann. En *Los montañeses de León* los pastores le recuerdan al Lambro del canto tercero del *Don Juan* de Lord Byron; en *Los Asturianos* la *danza prima* evoca en él las danzas en círculo cantadas por Homero³²; en *Los pasiegos*, hablando de las mujeres que se dedican al contrabando se pregunta lo que diría Hoffmann si las viera aparecer en una noche de invierno al borde de un precipicio “con sus capas blancas, silenciosas y ligeras como las hadas”; en *El segador* menciona a Schiller y a Shakespeare.

No obstante, para perfilar mejor y más cabalmente sus particularidades de estilo sin quitar importancia a las influencias literarias, ya sea a través de la lectura de autores europeos ya sea por los contactos con el círculo romántico de Madrid o mediante las obras de los clásicos y contemporáneos españoles, tal como revelan sus reseñas y los artículos dedicados a la crítica literaria³³, hay que considerar, además, la influencia que ejercieron en su pensamiento y gustos sus vivencias personales. Estas abarcan desde el ambiente que rodeaba a su familia, las relaciones de trabajo de su padre con los Marqueses de Villafranca y los señores de Arganza, las desavenencias y pleitos y los problemas económicos derivados, hasta la temprana muerte de su padre y sus

³¹ Sobre la influencia de Ossian en Gil y su época, véase en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO V. I, *Poesía*, 2014, p. 70.

³² La referencia a las danzas circulares descritas por Homero en la *Odisea* al hablar de la *danza prima*, así como su probable origen guerrero y algunas noticias sobre los altercados y peleas entre concejos al finalizar las danzas se encuentran ya en Agustín Durán (1832), *Romancero de romances caballerescos e históricos anteriores al siglo XVIII* (Vol. I), Madrid, Imprenta de Don Ernesto Aguado, p. 41.

³³ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, véase IV, *Crítica literaria*, 2014, edición al cuidado de Miguel Varela y Noemí Sabugal.

íntimos amigos de Ponferrada, su enfermedad de tuberculosis y los sucesivos “exilios” de su tierra, primero como estudiante en Astorga y Valladolid, más tarde en Madrid, y finalmente en Berlín. Circunstancias y vivencias que imprimieron su carácter e influyeron en su obra reflejándose en el tono melancólico de sus poesías, en la mirada nostálgica que vuelca en el pasado, en el carácter esforzado, noble e infeliz de los protagonistas de sus novelas, así como en el interés y aprecio por la cultura, la historia, los monumentos y las costumbres y paisajes de su tierra natal berciana y en general por los pueblos del Norte de España. Un interés que se advierte predominantemente en los artículos de viajes y costumbres, tal como hemos visto, y que le lleva también con frecuencia a lamentar el estado de pobreza de estas poblaciones y la incuria y el olvido en que se hallan sus monumentos.

En *Los montañeses de León*, describe así la penuria de recursos de la población:

[...] los recursos agrícolas de estos pueblos se reducen a una escasa cosecha de maíz, de patatas, de centeno y de lino, insuficiente, como puedes conocer, a sus necesidades, por lo cual libran su subsistencia casi exclusivamente en la ganadería³⁴.

En *El segador* describe la situación que lleva a los gallegos a trabajar de temporeros en las siegas de Castilla o a emigrar a la ciudad para poder alimentar a su numerosa prole:

Por abril y mayo sale el segador de su casa y en agosto y septiembre da la vuelta, al paso que los demás gallegos que a otras preocupaciones se dedican, suelen salir por un tiempo indeterminado y sólo vuelven a su país con un capital hecho³⁵.

Y en el breve artículo sobre *El Palacio de los Guzmanes de León* comenta acerca del estado del edificio:

En el día está bastante abandonado, sirviendo para depósito de granos: suerte común de esta clase de fábricas en nuestro país, a donde los grandes señores tienen por costumbre habitar constantemente la corte, dejando sus antiguos torreones y

³⁴ Véase p. 84.

³⁵ Véase p. 118.

castillos feudales al pincel de los artistas o a los recuerdos de la historia³⁶.

La estética romántica, filtrada de los excesos gracias a las lecturas y a su labor de crítico de las obras de sus coetáneos nacionales y europeos, le permite expresar con libertad sus propios sentimientos y exaltar la nobleza y el valor en los que cree, ya sea a través de los protagonistas, en sus novelas, ya sea mediante las formas sencillas de vida “natural” de sus más humildes antepasados, en los artículos de costumbres, observando al mismo tiempo con juicio crítico la sociedad que le ha tocado vivir.

Espejo Saavedra pasa revista a los artículos de crítica literaria en los que el autor describe su estética romántica. En *Las poesías de don José de Espronceda* afirma:

Hemos buscado la fuente de la esperanza con el anhelo de los sedientos, y nos hemos sentado a la sombra del árbol del sentimiento, para pedir al murmullo de sus hojas inspiraciones con que llenar el vacío del corazón y templar la sequedad y aridez del espíritu³⁷.

Y al comentar la obra de Hartzenbusch, *Doña Mencía*, defiende las pasiones que aparecen en las obras de la nueva escuela del romanticismo, criticadas por los moralistas, al tiempo que repudia la corrupción social de las mismas:

No son las pasiones a nuestros ojos otras tantas aberraciones de la humana naturaleza como a los de algunos ceñudos moralistas, sino los impulsos, los movimientos que Dios mismo ha depositado en nuestras almas, y que desenvolviéndose en un medio heterogéneo, como ha sido hasta el día el medio social, se corrompen o se apartan de su primitiva dirección.

Saavedra advierte en este pasaje la teoría social rousseauiana de dar a las pasiones un contexto social en el que se puede demostrar su utilidad y además reconoce que los cambios que han traído las revoluciones pueden ser objeto de análisis y de estudio.

³⁶ Véase p. 145.

³⁷ O. C., *Poesías de don José de Espronceda*, p. 491. En BGC, volumen IV, *Crítica literaria*.

Por último, refiriéndose a las comedias costumbristas, en la reseña a la obra de Bretón de los Herreros, *Un día de campo o el tutor y el amante*, Gil defiende la necesidad de juzgar estas piezas costumbristas según las metas estéticas que se proponen y no con el mismo baremo de las románticas, porque considera que son de la misma índole que las pinturas de costumbres:

Son, en nuestro entender, las comedias de costumbres hermanos mellizos de los cuadros que en la pintura de costumbres se apellidan también, y supuesta la identidad de su origen y condiciones esenciales, no estaría por demás medirlos con igual medida³⁸.

Gil, en efecto, acude también a menudo en sus descripciones paisajísticas y en sus “cuadros” a la obra de pintores, como Poussin, Salvatore Rosa y Goya, entre otros. Y Azorín subraya ese carácter pictórico al ver cierto paralelismo o «concordancia felicísima» con la obra de Carlos Haes³⁹. El tópico humanístico *ut pintura poesis*, al que alude implícitamente Gil en el pasaje anterior refiriéndose al género costumbrista, fue retomado en la literatura a través de autores franceses como Lafontaine, que en un verso de *Le tableau* (1674) afirmaba: “Les mots et les couleurs ne sont choses pareilles”.

A propósito de la relación entre cuadros de costumbres y pintura, conviene recordar que las revistas costumbristas y toda la prensa periódica de la época comienzan a usar el grabado en correspondencia temática con los textos narrativos y descriptivos, lo que hasta entonces era muy poco frecuente. En los años 1835 y 1836 las láminas ilustradas y los grabados intercalados en el texto, que ya eran corrientes en las revistas francesas e inglesas, empiezan a aparecer de manera sistemática en dos revistas españolas fundamentales de la época, *El Artista* y *El Semanario Pintoresco Español*⁴⁰. Ambas hicieron de la novedad gráfica uno de sus mayores reclamos publicitarios. El primero usando la

³⁸ Gil, *Un día de campo o el tutor y el amante*, 1839, en *Obras completas*, p. 437.

³⁹ Azorín, *El paisaje de España visto por los españoles*, Austral, 1952, p. 20.

⁴⁰ Sobre la importancia de la pintura en la literatura costumbrista, véase Romero Tobar (2010), *La lira de ébano. Escritos sobre el romanticismo español*, Málaga, Universidad de Málaga, pp. 130-143.

litografía, que requería la edición de láminas independientes, y el segundo la xilografía, lo que le permitía intercalar las imágenes en el texto, técnica que acabaría dominando. A partir de entonces lo *pintoresco*, entendido como 'lo que tiene relación con el mundo de la pintura' invadió las publicaciones españolas. En estas se establecían conexiones de complementariedad entre el texto —ya fueran relatos o artículos costumbristas— y la ilustración que los acompañaba. La expresión *pictórica* se usa pues como clave de la pretensión costumbrista de reproducir la realidad mediante un lenguaje transparente, de copiar en el *cuadro de costumbres* lo que se ofrece por la observación directa a la percepción inmediata de los sentidos.

Pero para Gil las obras costumbristas, además de pintar la realidad, cumplían una función crítica importante, la de mostrar la misma sinceridad y deseo de ilustrar la vida sentimental que toda la literatura moderna de la época debía poseer, y al mismo tiempo estas debían tener cualidades particulares que reflejaran su finalidad de describir y criticar el entorno social:

Así que la verdad de las situaciones y de las fisonomías, el esmero y la corrección del dibujo, la naturalidad y concierto de la composición, la exactitud y vigor del colorido y el chiste y la franqueza de la ejecución son cualidades que se reclaman con harto motivo⁴¹.

En resumen, la función del costumbrismo para Gil en parte no difiere de la que tenía en la literatura de la Ilustración, que era describir y criticar precisamente los aspectos de la realidad contemporánea que eran censurables, pero en Gil costumbrismo y romanticismo poseen un carácter complementario y al entrecruzarse en su literatura revelan aspectos inéditos dentro del entorno literario y social en el que él se movía y una visión crítica, y en ocasiones desengañada, del mundo contemporáneo.

⁴¹ *Ibidem*, 437.

3. Los artículos de costumbres y viajes de Gil y Carrasco

Como ha estudiado Salvador García Castañeda en su ensayo *Aldeanos en la corte: las gentes del norte de España vistas por los madrileños (siglos XVIII y XIX)*⁴² durante el periodo romántico las principales escuelas costumbristas fueron la madrileña, formada por Mesonero Romanos y sus seguidores, y la andaluza, cuyo representante fue Estébanez Calderón. En *Los españoles pintados por sí mismos* Andalucía está representada por 11 de los 16 tipos provinciales; las demás regiones apenas están representadas y algunas como Cataluña y Valencia no aparecen siquiera.

El Norte se consideraba casi inaccesible debido a las barreras naturales, pobre, bárbaro y sin nada que ofrecer económica y culturalmente. Para la mayoría era desconocido. Aunque durante los siglos XVIII y XIX España era uno de los países indispensables para los viajeros del *Grand Tour*, los itinerarios preferidos llevaban a Madrid y desde allí al Sur, y evitaban la zona Norte por su lejanía y escaso interés. El prejuicio no desapareció del todo con el paso del tiempo y tanto en el *Semanario Pintoresco* (1836-1857) como en *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-1844) y en otras colecciones de tipos representativos de profesiones y oficios, la mayoría de los que aparecen son de Madrid. Las demás regiones, con excepción de Andalucía, están representadas solo por sus hijos más humildes que se ganaban la vida trabajando en la capital. Será a partir de la segunda mitad y finales del XIX cuando Asturias, Galicia, Cantabria o Valencia se conviertan en protagonistas por obra de grandes autores como Clarín, Rosalía de Castro, Pereda o Blasco Ibáñez.

En *Los españoles pintados por sí mismos* aún se habla de las regiones del Norte como de tierras exóticas por su arcaísmo, rusticidad y lejanía, y la mayoría de los madrileños tan sólo conocía a los *mozos de cuerda*, *aguadores* y *cocheros* asturianos y gallegos, a los *maragatos arrieros* y a las *nodrizas* pasiegas de las montañas de Santander. Gente toda que, como

⁴² Véase Bibliografía.

escribe Ucelay, “están presentados desde un ángulo que linda en lo grotesco, como carentes de toda gracia y gallardía”⁴³ y su rusticidad y su ignorancia reflejan, para los madrileños, el atraso de sus respectivas regiones.

Muchos escritores de costumbres contemporáneos de Gil adoptaron una perspectiva humorística y paternalista acerca de los tipos que describían. Propios de este humorismo de mal gusto, tal como afirma Castañeda, fueron, además del uso de las “fisiologías”, tan populares en su tiempo⁴⁴, el de la clasificación zoológica. Esta última se adaptaba a la caracterización satírica de gente ignorante y primitiva, degradada por ellos a nivel infrahumano. Incluso Larra, que reconoce los defectos de los españoles (“aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros”⁴⁵), refiriéndose a su criado asturiano dice que era “aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre [...] y si los fabulistas hacen hablar a los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar a mi criado?”; la “moza gallega” que servía en casa del pretendido sobrino de Mesonero, con su “aguardentosa voz, acertó a formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz”⁴⁶; y la nodriza “pasiega” ideal para Manuel Bretón de los Herreros tenía que haber “pacido las yerbas del Septentrión, o las del Oeste de la Península”⁴⁷. Lamentablemente se trata de algunos de los escritores que forjaban su prestigio a base de autoproclamarse como el órgano privilegiado de la visión en el conjunto del cuerpo social.

Enrique Gil y Antonio Neira de Mosquera, que colaboró también en el *Semanario* y en *Los españoles pintados por sí mismos* con sus artículos sobre Galicia, como afirma Castañeda, han sido tal vez los únicos

⁴³ Ucelay Da Cal, Margarita, *Los españoles pintados por sí mismos. Estudio de un género costumbrista*, México, 1951, p. 151. *Op. cit* en Castañeda, 2002.

⁴⁴ El neologismo ‘fisiología’ se aplica metafóricamente a cualquier análisis de afectos, sensaciones, conductas, etc. A partir del éxito de obras como *Physiologie du mariage* de Balzac, 1829, se extiende el término penetrando en toda la literatura europea del XIX.

⁴⁵ Larra, *Vuelva usted mañana*, *El Pobrecito Hablador*, 14 de enero de 1833.

⁴⁶ Mesonero Romanos, “El Romanticismo y los románticos”, p. 10 [en *Escenas matritenses*, 1842. Consultable en www.biblioteca.org.ar [26/06/2014].

⁴⁷ *La nodriza*, en *Los españoles pintados por sí mismos*, tomo I, pp. 33-36.

costumbristas de la época avecindados en Madrid que han escrito con ecuanimidad en estas revistas acerca de las gentes del Norte de España, muchas de las cuales se ganaban la vida haciendo los trabajos más humildes por las calles de Madrid.

Gil y Carrasco, a diferencia de la mayoría de los autores del *Semanario* que describían ambientes urbanos, prefirió dirigir su mirada hacia el mundo rural y al trazar sus “cuadros” trata de ser objetivo, respetuoso y desapasionado, mostrando las condiciones de los ambientes que describe sin esconder los aspectos negativos, pero considerando estos como “vicios veniales” al compararlos con las cualidades y valores de las poblaciones, la sencillez de sus costumbres, la sobriedad y la dignidad de sus vidas.

Tal como hemos apuntado arriba, recogiendo el legado de Rousseau, para quien el papel pedagógico y formativo de la naturaleza era vital para la construcción de un nuevo hombre, más bondadoso y natural, Gil ve en la unión con el paisaje una nueva relación del hombre con su entorno, y la montaña, conservando todavía después de siglos las costumbres de vida más genuinas y sencillas, posee para él un carácter cuasi-sagrado. Escenas como la de la trashumancia le recuerdan los modos de vida de los nómadas del desierto relatados en la *Biblia*; otras, como *la danza prima*, las danzas de los guerreros en la *Odisea*.

Los sujetos que elige para sus artículos —personajes, regiones, monumentos— se centran sobre todo en el Noroeste peninsular (León, Asturias, Cantabria e indirectamente Galicia al hablar de los segadores), si bien se advierte su predilección, como en el resto de su obra, por la propia tierra de León, sus gentes, sus monumentos y sus regiones. Los personajes de sus artículos publicados en *Los españoles pintados por sí mismos* —arrieros, pastores o segadores—, poseen un rasgo común: son individuos esforzados que han tenido que dejar sus casas, su familia y sus afectos para procurarse los medios de vida, ausentarse por largos periodos de tiempo y afrontar incomodidades y peligros antes de regresar a sus hogares y compartir con los suyos las magras ganancias de su trabajo. Y a los datos objetivos sobre historia, geografía, economía y folclore de las regiones a las que pertenecen, se unen los relatos de su peripecia y modos de vida, y en particular de sus oficios, con detalles que muestran el interés del autor, su pensamiento y su visión social.

En este volumen, tal como se ha dicho al inicio, aparecen los artículos agrupados en tres secciones. En la primera se recogen los cuatro artículos de costumbres publicados en 1839 en el *Semanario pintoresco español*, que siguen un itinerario progresivo y constituyen en sí mismos un libro de viajes: *Los maragatos*, *Los montañeses de León*, *Los asturianos* y *Los pasiegos*.

En la segunda, los tres artículos publicados en *Los españoles pintados por sí mismos*: *El pastor trashumante*, *El segador* y *El maragato*, ya que tratan los tres de profesiones y poseen una estructura similar, además de estar relacionados con los primeros.

Por último, en la tercera sección, se recogen los artículos que describen monumentos, museos o castillos: en primer lugar los relativos a la capital de León: *La Catedral de León*, *La Iglesia de San Isidoro y Panteón de los Reyes de León*, *El Palacio de los Guzmanes de León*, y *San Marcos de León*, y a continuación los dos que tratan de monumentos castellanos: *El castillo de Simancas y descripción del Archivo General del Reino* y *Una visita a El Escorial*. Procederemos pues por este orden el comentario de las tres secciones y los artículos comprendidos en ellas en este estudio introductorio.

3.1. Artículos costumbristas en *Semanario Pintoresco Español*

Si es cierto lo que afirma el autor en *Los montañeses de León*, el itinerario que siguió en su viaje y probablemente en la composición de los artículos, difiere ligeramente del orden en que aparecieron publicados en el *Semanario*, ya que Gil parte de León capital, pasando por la Maragatería para dirigirse a continuación al Bierzo, luego a la Montaña, prosiguiendo por Asturias para desde allí ir a Galicia, como él mismo explica:

Desde León te escribí que pensaba dirigirme al Bierzo pasando por Astorga y visitar sus antigüedades románicas y góticas. Con efecto he visto las asombrosas minas de Las Médulas [...] pero me estoy olvidando de las montañas de León y si por algo te escribo es justamente por hablarte de ellas. Ya sabes que mi pensamiento no era otro que el de recorrerlas, cruzar después el principado de

Asturias, embarcarme en Gijón para La Coruña y visitar el litoral de Galicia [...] ⁴⁸.

Ya en Asturias, un temporal le obliga a cambiar su plan de ruta original y en vez de ir a Galicia se dirige a Santander y de allí al Valle del Pas, como refiere en *Los Pasiegos*:

Salí, como te decía, de Gijón con dirección a La Coruña, pero tan mala cara nos puso el mar, que después de varios percances tuvimos que meternos en Santander, dándonos por muy dichosos con ello. Nuestro buque había sufrido averías de consistencia, y como no salía entonces ningún otro para La Coruña, cansado de Santander, me entró la fiebre del Judío Errante, y heme aquí en la capital del Valle del Pas ⁴⁹.

Por ello nos ha parecido conveniente atenernos al orden de este itinerario para la transcripción de los artículos y el comentario, pues de ese modo el lector podrá percibir mejor las relaciones y referencias cruzadas entre los distintos artículos, como si fuera el relato de un único viaje.

Los maragatos

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 8, pp. 57-60a, el 24 de febrero de 1839.

Como preámbulo, comienza el autor refiriéndose al desconocimiento que existe acerca de la genealogía y origen de este pueblo que, no obstante el desarrollo de la civilización, sigue conservando los hábitos, creencias y organización social de sus antepasados. Después de trazar brevemente los rasgos de su paisaje y orografía, comenta la etimología del término *maragato*, de la cual “inciertos andan los juicios y divididas las opiniones” ⁵⁰, ya que unos lo atribuyen a *Mauregato*, usurpador de la corona de León; mientras que otros opinan que es la región la que dio el nombre al personaje, y no al contrario. Luego el discurso afronta lo que constituye el verdadero propósito del artículo, la descripción del ritual que el pueblo maragato desarrolla en torno a la celebración de sus bodas

⁴⁸ Véase p. 84

⁴⁹ Véase p. 99

⁵⁰ Véase p. 78

desde antiguo: los prolegómenos, los regalos que se intercambian los novios y la celebración propiamente dicha, que dura tres días: la víspera de la boda, el día de la boda y la *tornaboda*.

Si bien elogia las virtudes de este grupo social, tal como señalamos más arriba, no deja de advertir también defectos, como el carácter áspero y desabrido y la falta de comodidades en que viven, a pesar de los caudales que han ido acumulando con su trabajo de arrieros:

Este pueblo que en mil cosas trae a la imaginación del poeta la tienda de los patriarcas o la cabaña del salvaje americano, a los ojos del viajero imparcial nunca aparecerá con tan deliciosas tintas. Su fisonomía peca de áspera y desabrida, las comodidades son escasísimas y están en notable desproporción con los considerables capitales que sus hijos a fuerza de laboriosidad han logrado adquirir [...] ⁵¹.

Como afirma Espejo Saavedra, es un pasaje que enfrenta su gusto romántico por lo exótico con el criterio más burgués que se está imponiendo al mismo tiempo en la sociedad, que calcula la distancia que hay entre el estilo de vida de los maragatos y sus posibilidades según los ingresos que tienen. De una parte el poeta nostálgico y de otra el burgués moderno, acostumbrado a medir y comparar formas de vida desde una perspectiva más cosmopolita, se mantienen en tensión en la voz del narrador, que inclina más la balanza, de todos modos, hacia el prisma del primero, considerando los valores de los maragatos, tal como hemos subrayado más arriba.

Desde el punto de vista lingüístico destaca, como en todos sus artículos, la riqueza de léxico, el cuidado por transcribir las palabras locales, como si estuviera recogiendo un patrimonio que es necesario salvaguardar. Gil anota todos los términos relacionados con las bodas maragatas, así como los regalos que se intercambian los novios (*donas, sayuelos, agolletas, vincos, fajero, mangas, almilla*, etc.); los nombres que reciben en el lugar los amigos solteros del novio y de la novia, los *mozos y las mozas del caldo*; los dulces que reparten los padrinos para recoger dinero entre los invitados, *el bollo del padrino y el bollo de la boda*; los músicos que animan la fiesta, *la comparsa de los zamarrones*; y las

⁵¹ Véase p. 82

distintas prendas de los trajes de los novios: *faja, rodado, mandil, facha, dengue, frisa*, del vestido de las mujeres; y *coletó, almillá, chaleco, bragas, calzones, cinto con canana, zapatos con botón*, del de los hombres.



Los montañeses de León

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 15, pp. 113-115, del 14 de abril de 1839,

Adopta la forma de una carta dirigida a un amigo, de quien no revela el nombre, tal vez porque se trata solo de un recurso estilístico. Se dirige a él con el apelativo afectuoso “mi querido A...”⁵², y le proporciona noticias detalladas del viaje. Le da cuenta, en primer lugar, del itinerario que está siguiendo desde León hasta Babia y del futuro recorrido que piensa hacer por Asturias y Galicia, aunque sabemos que a esta última no llegará, como explica en el artículo siguiente, *Los asturianos*.

Continúa informando brevemente sobre la economía de la región, basada principalmente en la agricultura y el pastoreo de las ovejas merinas, y expone sucintamente en qué consiste la trashumancia, para referirse luego a los festejos que se celebran al regreso de los rebaños en mayo después de haber transcurrido los meses de invierno en Extremadura.

La escena del reencuentro de hombres y animales con su tierra la describe como un cuadro festivo de extraordinaria vivacidad y encanto:

Las mujeres, los niños y los viejos salían a recibir a los ausentes,
los perros acariciaban a sus amos, balaban las ovejas al mirar los

⁵² Utiliza este mismo recurso también en su poesía *A A...* (*Sentimientos Perdidos*). Puede ser un modo de soslayar la mención de un nombre o bien de dejar abierta la posibilidad de aludir a más de uno. A propósito de esto, véase BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, v. I, *Poesía*, 2014, p. 59.

sabrosos pastos de los montes, relinchaban las yeguas al reconocer las praderas nativas y los abrazos y las preguntas que por todas partes se cruzaban y el abandono y la efusión de todo este cuadro tenían para mí un indecible atractivo⁵³.

Pasa luego a hablar de las características topográficas de Babia y añade algunas remembranzas históricas, citando a personajes ilustres como los condes de Luna, el comendador Saldaña y Bernardo del Carpio.

En la última parte, resume las costumbres que son comunes a todos los concejos de la zona: la Omaña, Laciana y el Sil, destacando el carácter apacible y la hospitalidad y obsequio con que acogen al forastero. Luego describe la vida en las *brañas* o cabañas de pastores, adonde suben en verano las montañesas para cuidar del ganado, exaltando la armonía y la paz que se disfruta allí arriba, definiéndolo como un estado de goce que lleva al hombre a abandonarse y olvidarse de sí mismo:

La calma y la paz que allí se disfrutaban inclinaban al hombre a esas meditaciones vagas y sin objeto en que el hombre se olvida de sí propio para abandonarse enteramente a las sensaciones del instante⁵⁴.

El pasaje de Gil describe un estado de abandono y placidez que se ha transmitido a lo largo de los siglos referido a la Babia, con diferentes matices. Mateo Díez, autor leonés, en su artículo *Frescor y leyendas en los valles leoneses*⁵⁵ rememora este pasaje de Gil y Carrasco que observa extasiado a los pastores imaginándose los dichosos tiempos de Jacob y Labán, y describe el sentido “realista” de la expresión “estar en Babia” aunque la interpretación más extendida sea otra referida a las ausencias de la corte de los Reyes de León⁵⁶:

⁵³ Véase p. 85.

⁵⁴ Véase p. 86.

⁵⁵ *El País*, 27 de agosto de 2005.

⁵⁶ En la Edad Media, los reyes de León escogieron este lugar para ir de caza y reposar, lo que les permitía alejarse de las tareas cotidianas de la corte. Según la tradición, esto originó el dicho “estar en Babia”, ya que cuando en la corte alguien reclamaba al Rey los ministros le contestaban “El Rey está en Babia”.

El mito pastoril de Babia forma parte de su existencia: la tierra remota que— los babianos pastores abandonan con la trashumancia, el lugar de sus hogares y familias que contribuye a la ensoñación de su pérdida transitoria. “Estaban en Babia” los pastores ensimismados a los que corroía la añoranza, y ese estar que podría explicar la frase hecha tiene un sentido muy realista.

Julio Llamazares en el prólogo de su libro de relatos *En Babia* alude también al doble significado de la expresión “estar en Babia”, definiéndolo como un estado ideal de distanciamiento que permite contemplar la realidad con una actitud más cognoscitiva y crítica:

Aunque a los reyes leoneses no me une más que el simple origen geográfico y a los pastores babianos la pasión por los perros y las montañas, siempre he pensado que el estado ideal de todo hombre es el de Babia. Alejado del mundo es como el hombre puede contemplarlo sin que sus brillos y sus destellos interfieran y equivoquen su mirada [...]⁵⁷.

A continuación, Gil habla en su artículo de romerías, juegos y otras diversiones de verano y de las costumbres de invierno, cuando se quedan solo las mujeres, los niños y ancianos y se reúnen por las noches junto al fuego, en el *filandón*, a contar historias y cuentos mientras hilan o hacen otras labores. Sus cantares los compara “en dulzura y abandono” con los *Lieder* alemanes y las baladas irlandesas, reproduciendo las letras de algunos de ellos.

Por último describe con todo detalle los trajes típicos y también se refiere a la fisonomía racial de los babianos, de los que ensalza su belleza y exquisitas proporciones. Para cerrar hace una valoración global de la región, de sus casas, las comidas, las costumbres y el ingenio de sus habitantes, subrayando la honda impresión que le producen:

Finalmente, te aseguro que es el país que ha grabado hondas impresiones en mi imaginación y cuya memoria se me presentará siempre llena de encantos de sus suelos y de la hospitalidad de sus habitantes.

⁵⁷ J. Llamazares, *En Babia*, 1991, p. 10. Sobre los orígenes de la expresión “estar en Babia”, véase José Luis García Arias, *Estar en Babia, estar en las Batuecas*, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, núm. 95, 1978, págs. 571-575.

La exaltación de la vida de los pastores de montaña, como emblema positivo desde el punto de vista antropológico, entronca, como hemos comentado arriba, con la corriente iniciada en la primera mitad del XVIII por científicos naturalistas europeos como Albrecht Haller y Horace Bénédict de Saussure que serán los primeros en acuñar el concepto de “humanidad natural”⁵⁸, con el que se alude a los miembros de una colectividad social que resisten en un ambiente adverso y en armonía con el entorno sin que ningún agente externo haya alterado su modo de ser originario. Las poblaciones de la montaña, como núcleo no corrompido por la civilización, ni por los humos y lujos de la ciudad, espontáneamente austero y feliz, será el representante de un modo de vida del hombre en armonía con la naturaleza.

La montaña aparece, pues, como lugar que permite acercarse a una forma de vida natural que elude todo tipo de constricciones y favorece una moralidad espontánea y no contrapuesta a la razón. Se trata de un mito, naturalmente, pero racional e ilustrado. La fascinación por la montaña reside precisamente en la aceptación de los contrastes y dificultades con los que se encuentra el individuo como fuente de un posible estilo de vida al mismo tiempo libre y conforme a las reglas de la naturaleza. Y es precisamente este rasgo el que la vuelve tan fascinante para autores románticos como Gil y Carrasco, entre otros.



⁵⁸ El concepto de “humanidad natural” surge en el XVIII a partir del viaje a los Alpes suizos de autores como Albrecht Haller, *Die Alpen*, y Horace Bénédict de Saussure, *Voyages dans les Alpes* (1779-1796).

Los asturianos

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 19, pp. 145-147, el 12 de mayo de 1839.

También en este artículo el autor leonés recurre al género epistolar y se dirige al amigo ...A, de este modo establece una continuidad con los dos anteriores, lo que más evidente todavía por las comparaciones que hace entre el país asturiano y el de la montaña leonesa que acaba de dejar.

Gil divide el territorio geográficamente entre montaña, llanura y litoral, y va describiendo las características de cada uno de ellos: de la montaña dice que es muy similar a la leonesa, sea geográficamente que en la vegetación, la forma de vida, las costumbres e incluso los trajes, así como en los cultivos. En comparación con ella, la llanura es más fértil y el clima más benigno y entre los productos destaca las manzanas de la que se obtiene la sidra. La costa la define como un lugar “delicioso y pintoresco” donde la variedad de los cultivos es abundante y hay más riqueza y comercio que en el resto del país.

Aunque como poeta romántico elogia la antigua sencillez de la zona de montaña, no deja de advertir su declive, mientras que resalta el progreso y civilización que distingue a la costa gracias a la mayor facilidad de las comunicaciones. En este artículo se manifiesta la doble visión ideológica de Gil, de una parte los gustos románticos le inclinan a idealizar la vida pastoril; de otra, la mentalidad burguesa propia de los tiempos y del desarrollo industrial que está transformando la sociedad decimonónica, le hacen considerar, de manera práctica, el porvenir de desarrollo de la costa gracias a la mejora de las comunicaciones y el comercio, frente al declive de la montaña.

No obstante, su naturaleza propende a inclinarse ante el encanto de la vida sencilla, por ello, al hablar de las costumbres del país, que califica de “sencillas, apacibles y risueñas”, como las de todas las tierras montañosas donde ha prevalecido la vida pastoril, establece un parangón entre la vida y el carácter de los pueblos del Norte y los del Mediodía, para concluir confesando que las sensaciones que le provoca la vida en las zonas montañosas del Norte son para él más gratas y apacibles, aunque no sean tan turbulentas ni vivaces como las del Sur, tal como subrayamos más arriba.

Pasa luego a tratar de las costumbres. Una de las que llaman su atención es la de la *esfoyaza*, una labor que consiste en despojar a las mazorcas de las hojas externas, dejando solo las tres del centro para luego trenzarlas y ponerlas a secar en los hórreos en manojos. Es una labor colectiva en la que participan familiares, vecinos y amigos, que acaba convirtiéndose en una fiesta, ya que termina con una comida y baile. A la comida de ese día la llaman *garulla* y consiste en avellanas tostadas, nueces, castañas asadas, pan de maíz, sidra y peras asadas u otras frutas. Gil transcribe unos versos en bable que tratan de esta costumbre:

Era d'octubre la noche postrera
y acabóse temprano la esfoyaza:
había de ablanes una goxa entera,
peres del fornu y gachos de foyaza;
y atizaban el fuego con tarucos
fartos de reblincar los rapazucos.

Después enumera las festividades, las romerías, entre las que destaca la de la Virgen de Covadonga, que le brinda la ocasión de disertar sobre los orígenes de la Reconquista. También resalta la del santuario de Nuestra Señora de la Cueva y la festividad de los mártires de Valdecuna. Las diversiones más populares durante estas romerías son el baile, sobre todo la *danza prima*, el tiro de barra y el juego de bolos. De las costumbres de invierno dice que, como en la montaña de León, para los hombres son la caza y la fabricación de madreñas y para las mujeres el hilado durante las noches, al *flandón*, donde pasan el tiempo contando cuentos y consejas, muchas de las cuales están basadas en supersticiones, como la creencia en las *huestes*⁵⁹, procesiones de almas en pena, o en las *xanas*, divinidades “como mujercitas” que salen de las fuentes por las noches a lavar la ropa. Creaciones fantásticas que al autor le hacen recordar las sagas escandinavas.

Por último, describe el traje típico de hombres y mujeres con los términos específicos locales de las diversas prendas. Al final hace una

⁵⁹ Menéndez Pelayo (1880-81) las denomina *güestia* y Pérez de Ayala (1926) *huestia*, RAE, Banco de Datos CORDE [en línea] Consultado el 26/06/2014), equivalentes a la *Santa Compañía* en Galicia.

valoración global del viaje, manifestando su satisfacción por las cosas bellas y curiosas que ha visto en el país y trazando unas breves pinceladas acerca de los asturianos, a los que considera apacibles, hospitalarios y sencillos en sus costumbres y vivos e ingeniosos, “con sus puntas de malicioso y satírico” por lo que concierne a su carácter, añade con simpatía.

Los pasiegos

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 26, pp. 201-203, del 30 de junio de 1839.

El viaje a Cantabria posee la misma estructura epistolar que los tres precedentes, con los que forma una unidad que presenta todas las características narrativo-descriptivas de un libro de viajes y que finaliza en Cantabria, en el Valle del Pas.

En este último tramo comienza narrando un imprevisto: Gil se estaba dirigiendo en barco desde Gijón a La Coruña, cuando un temporal les obliga a desviarse a Santander. Decide así aprovechar la ocasión para visitar el Valle del Pas.

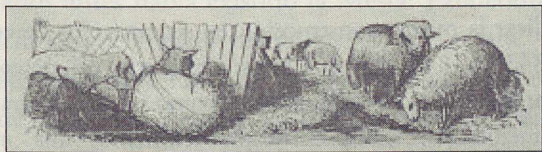
A pesar del desinterés inicial por este viaje, que no tenía previsto hacer, queda gratamente sorprendido de la originalidad de sus gentes y costumbres. Lo primero que llama su atención es que siendo un pueblo de pastores, no sean gentes pacíficas en absoluto, sino, al contrario, que sean aventureros, atrevidos y temerarios. Del paisaje dice que es áspero y quebrado en la montaña, pero con frondosos bosques y prados, sembrado de casas rústicas y con mucho ganado. Pero la vida doméstica, si bien sea sencilla y elemental, no es tranquila, porque las mujeres pasiegas, al igual que sus maridos, se dedican al contrabando. Gil las define “agudas como el pensamiento, frescas como flor de campo” y tan fuertes, valientes y arriesgadas como los hombres o más. “Lucrecias de navaja al cinto”, añadirá más adelante. La vida del contrabandista que ha de atravesar de noche los montes con su carga salvando los peligros, le lleva a admirar aún más el valor de las pasiegas.

En cuanto a los festejos y diversiones, trata en primer lugar de las romerías, que los pasiegos coronan bailando, emborrachándose y apaleándose sin compasión. “El vino sale caro, muy caro en este país y a los buenos de los pasiegos se les sube a la cabeza con facilidad y les da

un impulso guerrero que pasma”, comenta con ironía. También alude a la costumbre de que el forastero ha de convidar a beber a los mozos del pueblo⁶⁰. Desmiente luego la fama de la abundancia de *nodrizas* pasiegas en Madrid, puntualizando que las verdaderas “son pocas y casadas”, y que las otras, refiriéndose a las de la capital, son, por tanto, de tierras circunvecinas a Madrid y se hacen pasar por pasiegas por la fama de saludables y robustas que estas tienen.

De su fisonomía nos dice que son robustos, vigorosos, frescos y ágiles. Por último describe los trajes típicos con la terminología propia, y cierra el artículo anunciando que proseguirá el viaje al día siguiente, saliendo desde Santander hacia La Coruña. Pero no quedan testimonios de que haya realizado ese viaje a Galicia.

Como en los anteriores, en este artículo Gil expresa su aprecio por la montaña, pero aquí no es ya la naturaleza y la vida apacible de los anteriores relatos, el paisaje es agreste y peligroso y las costumbres belicosas, pero su romanticismo lo lleva a admirar “lo sublime” de ese paisaje junto con el valor de las pasiegas que desafían los precipicios y peñascos impracticables “con una sangre fría y destreza que erizan los cabellos” y su imaginación se desborda pensando en ellas recorriendo los montes de noche, bordeando derrumbaderos, cubiertas “con sus capas blancas como hadas”, haciéndole recordar los cuentos de Hoffmann, que conocía bien, por haberlos reseñado para *El Correo Nacional*⁶¹.



⁶⁰ Costumbre que aún se conserva en el día de hoy en muchos pueblos leoneses, conocida como “pagar el piso” (“pagar los pisos” en la zona de Benavente).

⁶¹ *El Correo Nacional*, núm. 424, 16 de abril de 1839.

3.2. Artículos de *Los españoles pintados por sí mismos*

La segunda etapa de la producción costumbrista de Gil y Carrasco se inicia en 1843, cuando se publican en *Los españoles pintados por sí mismos* sus artículos *El pastor trashumante*, *El segador* y *El maragato*, y también el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, que comparte muchas de las metas artísticas y sociales con los artículos de costumbres, y del que se ocupa monográficamente el volumen III de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

En estos artículos se aprecia el proceso de maduración artística a lo largo de cuatro años, sea por su estilo más depurado o porque en ellos el pintoresquismo costumbrista de sus primeros artículos da paso a un interés mayor por documentar otros aspectos relacionados con la profesión de los personajes que describe.

La observación de la realidad y el ideal de mostrar en la vida sencilla de algunos tipos de españoles valores y actitudes que se están perdiendo se combinan revelando a un autor que conoce las opciones estéticas de su momento y busca encontrar maneras de enfrentarse al mundo que lo rodea y llegar a un público de lectores curiosos e interesados. La estructura del relato, sea en *El pastor trashumante* que en *El segador*, y en parte en *El maragato*, es circular, igual que la de sus novelas, *El Señor de Bembibre* y *El Lago de Carucedo*, como advierte Espejo Saavedra:

Al aplicar la misma construcción en sus artículos de costumbres de 1843 y 1844, Gil y Carrasco muestra un deseo claro de utilizar la descripción costumbrista como punto de arranque para una meditación sobre el destino humano, una meditación paralela a la de sus textos narrativos de la misma época⁶².

Se trata de la concepción clásica del viaje circular que implica la escisión originaria que sucede cuando se quiebran los vínculos con el mundo conocido, se viaja y, al final, se regresa a casa para reencontrarse de nuevo con ese mundo deseado, pero con mayor autenticidad. En los tres relatos costumbristas esa partida, el alejamiento temporal, se hace

⁶² *Ibidem*, p. 301.

inevitable por la precariedad del medio que rodea a los sujetos que describe: es un viaje para adquirir los medios de subsistencia que reportarán al núcleo familiar y, por tanto, se trata de un viaje recurrente y nostálgico, siempre hacia casa.

El pastor trashumante

Los españoles pintados por sí mismos (tomo I, pp. 439-446, 1843).

En el primer artículo publicado por Gil en *Los españoles...*, hace una amplia descripción de la vida y del oficio de los pastores dedicados a la trashumancia, de entre los cuales erige como prototipo al pastor de la montaña leonesa. Como en *Los montañeses de León* se puede percibir desde el comienzo su deseo de ensalzar a esta figura como vestigio de una humanidad “natural” y “reliquia venerable” de la vida nómada de la Antigüedad, que considera además como algo propio de una cultura autóctona.

Facción es esta que no se distingue en el semblante de ninguna nación europea con tanto vigor como aquí, y por esto mismo, el pastor trashumante es uno de los destellos más vivos y originales que brotan de este suelo poético y pintoresco⁶³.

Pero, sobre todo, lo que le interesa en este otro artículo es trazar un perfil de la figura del pastor y de su trabajo que lo dignifique y resalte su importancia social, siendo entonces un asunto de cierta actualidad: pues hasta pocos años antes había existido la Mesta. Para comprender mejor la importancia de la trashumancia en la época que escribe Gil y Carrasco baste saber que tan solo en la provincia de León hay 2.320 kilómetros de cañadas, algunas ya definitivamente perdidas y otras abandonadas. La relación entre León y Extremadura fue siempre muy estrecha para los pastores que buscaban el alimento para sus reses entre las dehesas extremeñas en invierno, y los altos puertos del Norte en el estío.

La trashumancia comenzó a desarrollarse en España en 1273 y durante la Edad Media y con el paso del tiempo se añadieron privilegios reales a la Mesta, la Asociación de ganaderos de Castilla y León, junto

⁶³ Véase p. 107.

con una fiscalización especial para protegerla de los agricultores, lo que provocó numerosos pleitos, hasta que en el año 1836 fue abolida.

A pesar de los pronósticos que hace Gil acerca de su desaparición, a principios del siglo XX todavía las cabezas de ovinos que trashumaban desde Extremadura a la montaña leonesa para pasar los meses de verano en Extremadura eran unas 135.000; pero actualmente solo quedan unas 5.000 merinas, *condesas* e *hidalgas*, pastando en los puertos de Babia. Julio Llamazares, a distancia de siglos, en su artículo *El salvaje Oeste español* evoca aún la poesía de aquellos parajes, lamentando el abandono en el que yacen actualmente los antiguos caminos y cañadas:

[...] en el verano aún es posible admirar la bucólica estampa de los rebaños pastando en las praderías de los puertos de altura montañoses bajo las fabulosas peñas que dominan la comarca donde, según la leyenda, nació el caballo del Cid y donde continúan naciendo dos de los más bellos ríos de la Península: el Sil y el Luna⁶⁴.

De manera más detallada que en su artículo de 1839 y dando una importancia mayor a aspectos que podían interesar a una clase media burguesa de lectores, cada vez más numerosa e interesada por los detalles prácticos, Gil y Carrasco describe en *El pastor trashumante* los chozos de los pastores, las temporadas de trabajo, las jerarquías entre ellos, desde el *mayoral* y *sotamayoral* hasta el *rabadán*. No olvida ningún detalle, incluido el recuento del salario de cada miembro de la cuadrilla ganadera. La descripción de la ruta de los pastores es igualmente precisa e incluye los caminos más utilizados, el tiempo que se emplea en cada etapa del viaje y el tipo de regalos que los pastores llevan a sus familias al regreso.

En la descripción del carácter y las capacidades de los pastores que hace al final del artículo, al lado de su importancia como “reliquia” de las edades pasadas, el autor proporciona otros elementos que considera que podrían suscitar más admiración en un lector moderno, urbano y mercantil, interesado en el conocimiento positivo de la realidad:

⁶⁴ *El salvaje Oeste español. Territorio de leyenda, de Babia a Sierra Morena por las viejas rutas de la trashumancia. El País*, 5 de marzo de 2011.

Los pastores, al acabar su viaje, se dedican a aumentar el caudal de conocimientos que poseen acerca de las enfermedades del ganado, de la calidad de las hierbas y de la prosperidad del ramo de riqueza que manejan. En esto son tan diestros y experimentados, que cualquiera de ellos entretiene a una persona instruida hablándole de la fisonomía de las reses, que a sus ojos no es menos distinta que las de las personas, como vimos en la pradera; de la influencia que la atmósfera ejerce en la cría y en la calidad de la lana y de todo lo que atañe a su oficio⁶⁵.

Tal como dijimos arriba, la literatura tenía para el autor la doble función de explorar los sentimientos y de analizar la sociedad con todo lujo de detalles. En este artículo, más que en ningún otro, las dos funciones coexisten. Gil ensalza al pastor que encarna formas de vida y valores perdidos en el mundo moderno corrompido, como la honradez y la sencillez, pero al mismo tiempo exige respeto por él no solo por eso, sino también por sus conocimientos positivos y prácticos del “ramo de riqueza que maneja” y por su contribución a la economía nacional.

El segador



Los españoles pintados por sí mismos, tomo II, pp. 75-80 en 1844.

Gil va a dejar claro desde el principio el propósito social de su escrito, que es el de mostrar a los lectores burgueses la importancia de la figura

⁶⁵ Véase p. 116.

del segador en el engranaje social, ya que no por ser humilde resulta menos esencial para el funcionamiento económico del país: “Afortunadamente Galicia provee al resto de España de gente, que si no desempeñan altos cargos en la República, no por eso deja de ser útil y aun necesaria en todo el mundo”⁶⁶.

Para retratar físicamente a los segadores recurre al tapiz de Goya que reproducimos, que sin duda Gil había visto en su visita a El Escorial (1841) y del cual dice que es “una viva copia de la escena que ofrecen los segadores por conclusión de sus fatigas”⁶⁷.

La técnica de los escritores costumbristas de crear un cuadro o una descripción casi pictórica de las figuras que tratan en sus artículos se complementa aquí con una referencia artística a Goya, que sirve para dignificar al segador a la vez que subraya las metas comunes del arte costumbrista en literatura y en pintura, tal como ya vimos.

Como hace notar Espejo Saavedra, el autor en este texto, a diferencia de los otros, incluye también elementos narrativos: “Al final del artículo, el viaje en busca de trabajo se ha convertido en un poema épico cuya meta es llegar a casa sano y salvo sin haber perdido el poco dinero ganado en la siega”⁶⁸.

Si bien el segador continúa siendo retratado como representante de toda la clase, no como individuo, se convierte en protagonista de una aventura, lo que confiere al texto interés dramático y suscita la simpatía por el personaje. Ese dramatismo resulta sobre todo de la confrontación entre la figura humilde y pacífica del segador y la de los desalmados ladrones que encuentra en su camino, decididos a todo con tal de robarle su dinero. El tono se vuelve cómico por momentos, así, al referirse a los ladrones, utilizando una perífrasis, dice: “los aficionados a ver la cara del rey tienen ocasión de satisfacer sus inclinaciones”⁶⁹ y al narrar las precauciones que el segador toma para librarse a su vez de las asechanzas de los bandidos, ironiza: “El general más prudente y previsor no reconoce con más escrupulosidad el campo en que va a dar la batalla que el segador la tienda que ha de ser sepulcro de sus ochavos”.

⁶⁶ Véase p. 118.

⁶⁷ Véase p. 120.

⁶⁸ Espejo Saavedra, *Op. cit.*, pp. 302-303.

⁶⁹ Véase p. 121.

El segador, en efecto, para que no le roben, esconde el dinero, nos dice Gil, en los bolsillos, en los zapatos, en los forros del sombrero y hasta en las hormillas de los botones, porque, bromea el autor: “el segador gallego es muy aficionado a la numismática”.

Sin embargo, a diferencia de otros artículos que escriben sus colegas a menudo en *Los españoles pintados por sí mismos*, Gil no emplea el humor para mofarse de los personajes que describe; bien al contrario, la narración del viaje de ida y vuelta del segador y los riesgos que corre, hacen que el lector tome partido y se involucre más en la aventura del protagonista: “Por fin, atados los cabos todos con tanta prolijidad, pónese en camino la cuadrilla y entonces es cuando el drama que se acerca a su desenlace llega a cobrar más interés”. Gil ennoblece y eleva a este humilde y pacífico sujeto a un plano universal como representante de una categoría que lucha por mantener vigentes unas formas de vida y unos valores perdidos.

No solo ensalza al segador sino que reivindica su importancia y al mismo tiempo la importancia de Galicia como país de donde provienen tantos trabajadores que ejercen sus oficios en Madrid:

De [Galicia] salen la mayor parte de los mozos de cordel que sostienen las esquinas de la capital, cuando no van con algún tercio sobre sus anchos y fornidos lomos; de allí gran parte de los criados de almacén que se emplean en los comercios; de allí porción no pequeña de tahoneros y gente de otros oficios que exigen asiduidad en el trabajo y fortaleza de fibra, y de allí finalmente una nube de trajineros y un enjambre de segadores en cuanto los extendidos campos de Castilla, Extremadura y la Mancha comienzan a coronarse con los dorados dones del verano⁷⁰.

Respecto a este pasaje Espejo Saavedra comenta que “la utilidad económica que atribuye a los segadores demuestra también claramente la importancia de carácter social que daba Gil y Carrasco al costumbrismo como género literario”. En efecto, desde el principio el artículo posee este carácter muy marcado, como vemos en este otro párrafo:

⁷⁰ Véase p. 118.

La siega es el beneficio tal vez más positivo, aunque modesto, que semejante sistema acarrea a la comarca, porque son muchos los que de él participan y disfrutan. Con los tres meses que pasan viviendo sobre país ajeno y lo poco que a costa de su ímprobo trabajo se granjean, descargan su casa del peso de su mantenimiento y a la vuelta compran algunos artículos de vestir con que se cubren la mayor parte de sus necesidades⁷¹.

Hay que subrayar, por último, que el interés por el personaje, junto con la simpatía y conmiseración que siente por él, proceden además del conocimiento directo del sujeto que describe. Los segadores aún hasta hace poco tiempo pasaban cada año por el Bierzo de camino a Castilla, y al regreso, en el mercado de Ponferrada y en la misma plaza del Ayuntamiento donde se encontraba la vivienda familiar de Gil y Carrasco, compraban los artículos que llevaban de regalo a sus casas. Por ello este texto posee una riqueza de particulares sobre el carácter del segador y un acercamiento al personaje que lo hacen particular y diferente de los demás, y en él la denuncia de las malas costumbres, en este caso el bandolerismo, es más fuerte.

El maragato

Los españoles pintados por sí mismos, tomo II, pp. 225-230, en febrero de 1844.

Si bien es un tema tratado ya anteriormente, el artículo que aquí aparece, excepto en un pequeño párrafo, difiere del anterior. Aquel se centraba en las costumbres y particularmente en las bodas, mientras que en este destaca la figura del maragato por su oficio de arriero.

En el siglo XVIII y buena parte del XIX los viajes por España resultaban muy aventurados. Había una red de carreteras que conectaba Madrid con Bayona, Sevilla, Cádiz, Zaragoza, Barcelona y Valencia, pero el resto de las zonas quedaban aisladas, especialmente las del Norte, que eran conocidas como "las lejanas provincias". La inestabilidad política, el bandidaje, unos medios de locomoción incómodos y lentos, los malos caminos y unas ventas aún peores hacían lamentarse a Mesonero Romanos en 1841 de que España estaba "aún poco más o

⁷¹ Véase p. 118.

menos en el mismo grado de incomunicación que en el pasado siglo” [1925, p. 46]. Los maragatos eran los que hacían todo el tráfico entre Galicia y las dos Castillas, e incluso en ocasiones llegaban a las provincias del Mediodía o Levante.

Richard Ford (1830-1833) en su ensayo *Cosas de España. El país de lo imprevisto*, en el capítulo 7 dedicado a los maragatos, afirmaba:

Son tan nómadas y errantes como los beduinos, sin más diferencia que llevan mulas en vez de camellos; su honradez y laboriosidad son proverbiales. Son gente formal, seria, poco expresiva, positivista y muy comerciante. Cobran caro, pero su honradez compensa este defecto, pues puede confiárseles oro molido.

La importancia de esta figura para garantizar la comunicación entre el Noroeste y el centro de España es puesta de relieve por Gil desde el inicio de su artículo, al igual que en los precedentes:

El Maragato representa el movimiento y la comunicación del rincón más occidental de la monarquía con la capital, desde una época difícil de gozar, y hasta cierto punto debemos dar gracias a la Providencia por la creación de este tipo, pues de otra suerte ambos miembros de España estarían desunidos, no bastando a ligarlos las galeras que andan este largo camino⁷².

La conexión que hace Gil entre el modo costumbrista y el análisis del progreso de la sociedad, se ve reflejada también aquí, tal como hemos podido apreciar en los otros textos suyos, e indica un aspecto muy importante de su carácter, a menudo borrada por la imagen tópica que teníamos de él como poeta romántico perdido en ensueños de amor y fantasías caballerescas. Queda patente en estos artículos su compromiso social y su ideología progresista.

En *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, donde combina el relato de viajes con el cuadro de costumbres, llama la atención una y otra vez sobre la relación estrecha que existe entre la apreciación estética e histórica del Bierzo y la búsqueda de maneras prácticas de ayudar en su modernización económica.

⁷² Véase p. 127.

La convivencia de estas dos perspectivas que se han estudiado aquí en los artículos costumbristas de Gil y Carrasco es una manifestación a otro nivel de lo que Iarocci ha llamado “la tensión fundamental que caracteriza el ‘yo’ lírico giliano, que es el encontrarse a caballo entre el mundo sublime que intuye y la realidad material que lo rodea”⁷³. Como hemos visto arriba, ese ‘mundo sublime’, que evoca cuando habla de los distintos tipos sociales que forman la base de sus artículos de costumbres, es la expresión de una búsqueda constante de valores que el autor asocia de manera idealizante con su propia experiencia biográfica e histórica. Los ‘patriarcas’ y ‘nómadas’ en los que convierte a los pastores, los segadores y los habitantes de las varias zonas que estudia son su manera de encontrar una base moral sólida mediante una tradición a partir de la idealización rousseauiana y romántica de la vida sencilla del campo. Pero por otro lado, su propia concepción de la época en la que vivía y de las opciones y obligaciones estéticas de un escritor moderno le indica la necesidad artística y social de utilizar el cuadro de costumbres para analizar la sociedad y para sugerir comportamientos y caminos de progreso hacia el futuro.

La tensión entre las dos tendencias que algunos autores ven en su obra como una lucha constante con las exigencias de su arte y con las circunstancias de su momento histórico, no es tal. Como hemos podido ver Gil tiene clara su posición frente a la estética y frente a la sociedad. Desde el comienzo de *El pastor trashumante* intenta transformar el pastor en un símbolo al subrayar la antigüedad de su forma de vida: “Ninguna reliquia más venerable queda en nuestra España de la vida nómada, que la trashumación periódica de los rebaños merinos”, pero deja bien clara su importancia para la sociedad, dignificando su figura y el oficio que desempeña por su aportación a la economía y por sus cualidades y saberes profesionales.

Una lectura superficial de los dos artículos relativos al pastor trashumante o al maragato daría la impresión de que vuelve Gil a los mismos temas e incluso a las mismas imágenes que en sus artículos de 1839, como cuando describe a los pastores: “Aquellos hombres que con todos sus medios y riquezas se trasladan de una provincia a otra,

⁷³ Iarocci, 1999, p. 49.

recuerdan involuntariamente la vida de los patriarcas o las tribus errantes que vagan de oasis en oasis en busca de pasto y de frescura”⁷⁴.

La comparación de los pastores españoles con los nómadas del desierto parece un ejemplo más del exotismo orientalista tan popular entre los románticos y que en muchos casos sirve para cubrir la realidad con un velo estetizante. Sin embargo, en este caso, como en *El maragato* y en *El segador*, el elemento nuevo, y clave, es la función social que desempeñan estos tres personajes, la importancia de su trabajo. No solo se reivindica su forma de vida y sus costumbres, sino también su aportación a la economía. Casi podríamos decir que es una forma de reivindicación frente a la desconsideración con la que son tratados por muchos de los autores costumbristas y románticos de la época, como hemos dicho más arriba.

Por otra parte, en cuanto a su estructura, a diferencia de sus artículos de 1839, aquí el tema de los textos es la descripción de una profesión que supone un viaje de ida y vuelta. *El pastor trashumante* y *El segador* poseen una estructura circular que los acerca a los experimentos narrativos que el autor estaba intentando llevar a cabo en la novela durante la misma época. El hecho de que las dos historias, el relato de un año en la vida de un pastor y el viaje anual de un segador en busca de trabajo fuera de su provincia, se desarrollen según este esquema sugiere un acto consciente de selección por parte del autor. Más aún, el tercer artículo trata también de otro trabajo, el del arriero, que supone asimismo un viaje de ida y vuelta. Se podría decir que el tema de la vuelta a casa después de un largo y fatigoso viaje subyace en la mayoría de la producción literaria de Gil y sirve para dar unidad a su obra y como marco donde se encuadra su interés por la historia, la religión, las costumbres y el arte.

La estructura circular le ayuda a transformar el tiempo histórico en tiempo legendario, un tiempo narrativo fijo y distanciado capaz de servir de símbolo de una intuición sentimental de la tragedia de la vida, fundamental a la visión estética del autor.

Al aplicar la misma estructura narrativa a la construcción de sus artículos de costumbres de 1843 y 1844, Gil muestra un deseo claro de

⁷⁴ *El pastor trashumante*, véase p. 112.

utilizar la descripción costumbrista como punta de arranque para una meditación sobre el destino humano, una meditación paralela a la de sus textos puramente narrativos de la misma época. Al mismo tiempo, esta estructura narrativa aporta mayor flexibilidad e interés a los dos artículos, dedicados a narrar un viaje en vez de a la descripción estática de un oficio. El constante ir y venir del pastor y la pervivencia de sus costumbres a lo largo de los siglos le dan al autor una imagen viva del sufrimiento universal del ser humano y de los valores necesarios desde su punto de vista para enfrentarse a él:

Su vida trabajosa por el rigor de las estaciones que está condenada a sufrir le convierten en un ser aparte dotado de aquella buena fe y bondad de sentimientos que desde tiempos muy antiguos se atribuye a la gente campesina y al mismo tiempo de aquella fuerza de acción y movible energía que caracteriza a las tribus nómadas⁷⁵.

Sin intentar indagar en la realidad psicológica de los pastores que describe, utiliza su forma de vida como representación estética de un ideal social de sencillez y honradez que constituyen para él precisamente “los escombros de un mundo derrumbado con que tiene que construir el suyo” a los que se refería en su artículo de crítica literaria *Pablo el marino*⁷⁶.

3.3. Artículos sobre monumentos en *España pintoresca*

Estos artículos han sido los menos estudiados de su obra, tal vez por su carácter poco literario y más informativo. Los cinco primeros fueron publicados en el *Semanario Pintoresco Español* en la sección *España pintoresca*, entre febrero y septiembre de 1839, alternándose con los artículos de costumbres, y poseen un interés centrado en lo local. Los primeros cuatro constituyen una guía detallada de los principales monumentos de la ciudad de León: la catedral, San Isidoro, San Marcos y el palacio de los Guzmanes, y en el quinto se hace una descripción exhaustiva del Archivo de Simancas, situado en la provincia limítrofe de

⁷⁵ *El pastor trashumante*, véase p. 107

⁷⁶ *Obras completas*, p. 454.

Valladolid, perteneciente al Reino de León. El sexto, que es una descripción pormenorizada del monasterio de El Escorial, fue publicado en *El Pensamiento* en septiembre de 1941, dos años más tarde que los anteriores, por lo que el estilo y el tono cambian con respecto a aquellos, siendo en su última parte de un tono más reivindicativo, lamentando el abandono del monumento por parte de las instituciones.

Hay que decir que no obstante su carácter más informativo, como afirma Gullón, todos los artículos sobre monumentos nacionales de Gil y Carrasco unen lo sentimental, lo estético y lo político:

Cuando al transcurrir los años, nuevas paredes henchidas de historia amenacen derrumbarse, el alma del poeta vibrará por el dolor de la muerte que a todo alcanza: a los seres inanimados como a los hombres, y cantará su angustia por la destrucción de lo en apariencia más firme y asentado⁷⁷.

Más adelante, la misma mezcla de motivos animará la publicación de *Historia de los templos de España* (1857) de Bécquer.

La Catedral de León

Semanario Pintoresco Español, 2 serie, núm. 6, pp. 41-42, el 10 febrero de 1839.

Encabezan el artículo dos versos latinos que aluden a la antigüedad y belleza de la obra y que se encuentran grabados en la torrecilla del atrio del templo que mira a Occidente:

Sint quamris Hispaniis ditissima pulchraque templa
Hoc tamen egregiis omnibus ante prius⁷⁸

Para el artículo sobre la catedral de León, Gil se documenta consultando las obras más autorizadas de la época. En primer lugar, tal como él mismo declara, se sirvió de una *Historia de la Iglesia de León* que el obispo Francisco Trujillo escribió a finales del siglo XVI y que fue transcrita en el siglo XVIII por el canónigo archivero Carlos Espinos del Pi (1712-1777). La segunda obra consultada fue la *Historia de las Grandezas de León* de Fray Atanasio de Lobera (1596). Por último se

⁷⁷ Gullón, *Cisne sin lago*, p. 36.

⁷⁸ "Aun cuando los españoles tengan riquísimos y hermosísimos templos, este, sin embargo, es de entre los más egregios el primero" [la traducción es nuestra].

sirvió también de *La Crónica General de España* de Fray Ambrosio de Morales y Florián de Ocampo (1791) que disienten respecto a los datos que proporcionan los dos primeros por lo que atañe a la fundación de la catedral por parte de Ordoño II (s. IX-X), ya que según Morales fue el obispo D. Manrique de Lara quien mandó erigir el edificio en el siglo XII, tesis que acoge Gil y Carrasco.

Empieza el artículo poniendo de relieve la pesadez y oscuridad que caracterizaban a los edificios inspirados en el estilo arquitectónico gótico-germánico que penetró en la Península, para ensalzar a continuación, por contraste, la belleza, la ligereza y luminosidad de la catedral de León:

Considerándola por su magnitud casi todas las catedrales de España la exceden, pero no hay en España alguna que la iguale en elegancia, gentileza, claridad y bella proporción. Es toda enteramente de sillería, y de tan extraordinaria delicadeza, que admira como se mantiene en pie tan íntegra y firme, y como no la arrebatara el viento⁷⁹.

En primer lugar narra la historia de su fundación partiendo del siglo X, cuando el rey Ordoño II estableció en León su corte y convirtió en templo unas antiguas termas romanas, y luego en el siglo XII, cuando el obispo Manrique mandó erigir la actual fábrica. Pasa luego a describir su estructura arquitectónica y las distintas fases de su construcción, siguiendo en ello a Lobera y proporcionando todo tipo de detalles y deteniéndose particularmente en las vidrieras. Termina el artículo con la construcción de la segunda torre en el siglo XV y principios del XVI, atribuida a Juan de Badajoz que en 1513 tenía el título de arquitecto de la iglesia de León.

⁷⁹ Véase p. 138.



Semanario Pintoresco Español, 2 serie, núm. 11, pp. 81-82a, el 17 de marzo de 1839.

Es un texto breve que comienza dando noticia de los hechos históricos en torno a su fundación que se remonta al reinado de Alfonso V, en el siglo XI, que dedicó una iglesia en el lugar a San Juan Bautista, siendo luego su hija Doña Sancha y su esposo D. Fernando los que erigieron otra dedicada a San Isidoro y a la que trajeron el cuerpo del santo desde Sevilla, en torno al año 1063.

Pasa luego a describir el interior de la iglesia y el Panteón, una capilla dedicada a Santa Catalina, donde están depositados más de cuarenta y ocho cuerpos de personas reales “en sepulcros sencillos y sin ninguna suntuosidad, unos encima de otros y con esculturas de grosera labor”, comenta Gil, que refiere también que, según los investigadores, los cadáveres más antiguos son los que corresponden a Don Alfonso IV *el Monje* y a su esposa Doña Urraca, dando luego la lista de los otros reyes allí sepultados.

Destaca a continuación las pinturas del interior y las esculturas, así como las reliquias. También pone de relieve su librería, donde se encuentran códices y manuscritos rarísimos. Refiere, por último, la rara costumbre que hay en esta iglesia, y que algunos estudiosos atribuyen a un concilio concluido en Lugo contra los arrianos, de tener el Santísimo expuesto día y noche, costumbre que se dice que se observa en esta iglesia de San Isidoro desde sus orígenes, en el siglo VII, cuando todavía estaba bajo la advocación de San Juan, ya que los moros, cuando tomaron León, la costumbre.



Semanario Pintoresco Español, 2 serie, n. 17, p. 136, el 28 de abril de 1839.

En este brevísimo artículo, más bien una anotación, Gil destaca la belleza de la fábrica del palacio y lo define como uno de las más notables de la ciudad de León. Fue mandado edificar por D. Juan de Guzmán, obispo de Calahorra, en 1560, y pertenece al marquesado de Toral.

El autor confiesa luego que, pese a las investigaciones que ha hecho, no ha logrado tener noticia de su arquitecto ni de las circunstancias de su historia, si bien por su estilo y la época se podría deducir que fue de algún discípulo de la escuela de Herrera, como Luis de Vega o Mora.

Alude, por último, a su estado de abandono y al uso inapropiado que se le da como depósito de granos “suerte común de esta clase de fábricas en nuestro país debido a que sus dueños los dejan abandonados para irse a vivir a la corte”, dice con tono crítico⁸⁰. Esta denuncia del estado actual de abandono del palacio es, en nuestra opinión, lo que justifica el artículo, ya que por el resto casi no aporta datos de interés.

San Marcos de León

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, n. 23, pp. 177-179, el 9 de junio de 1839.

Si bien el artículo, como se esperaría de su título, debería tener como objetivo la descripción del edificio de San Marcos, en realidad este no es

⁸⁰ Véase p. 145.

sino el tema secundario, ya que en él Gil aprovecha para hablar de las órdenes militares en España y más específicamente de la Orden de los Caballeros de Santiago, a los cuales perteneció el espléndido edificio.

Gil exalta con pasión las empresas que durante siete siglos libraron contra los sarracenos los caballeros de las órdenes militares, y en especial los de Santiago, a quienes define como "bizarros y cristianos paladines cuyo corazón era el templo de cuantos sentimientos caballerescos, religiosos y patrióticos alumbraban aquellas tenebrosas y turbulentas edades"⁸¹. Así, el convento de San Marcos es para él principalmente "el emporio de grandeza y poderío de la esclarecida orden militar de Santiago"⁸².

Comienza la historia refiriendo la fundación de San Marcos como hospital en el Camino de Santiago en el siglo XII por los ricos-hombres de León y el papel de los Caballeros de Santiago para vigilar el Camino y proteger de los peligros a los peregrinos; las posteriores desavenencias con los reyes de León y el traslado a Castilla, a Uclés, bajo la protección de Alfonso IX de Castilla, de la sede principal de la Orden; por último, el regreso de nuevo a León a ruegos de los nobles leoneses, y el alcance de su fama y prestigio a lo largo de los siglos XIII al XV.

Como ilustración del poderío de la orden en estos siglos, Gil describe en detalle el desarrollo de los capítulos, los encuentros anuales de los miembros, durante los cuales se decidían los asuntos de mayor interés para la nación. De estos capítulos nos proporciona todos los pormenores: la llegada de los capitulares al lugar señalado; las reuniones en capítulo del maestre, el rey y los priores de Uclés y San Marcos con los demás comendadores, caballeros y freiles; el protocolo de celebración con la distribución y colocación de los capitulares por orden jerárquico y de antigüedad; los diversos hábitos que vestían y las funciones que desempeñaban. Pasa luego a describir el ritual de la celebración y la distribución del trabajo que llevaban a cabo durante los tres días que duraba el encuentro, dando de ello todo lujo de detalles: oraciones, ceremonias religiosas, lecturas, discursos, votos, elecciones, revisión de libros, enmiendas, resoluciones, y nombramientos.

⁸¹ Véase p. 147.

⁸² Véase p. 147.

En la segunda parte del artículo describe el edificio de San Marcos, la actual fábrica que data de los tiempos de Fernando el Católico, quien ordenó la reedificación en 1514 sobre el anterior edificio que se había deteriorado con el tiempo. Nos da detalles del estilo, de las fases de su construcción, siguiendo en ello la *carta* de Ponz publicada en el tomo IX de su *Viaje*⁸³. Describe el interior de la iglesia y la sacristía, resaltando en la primera la sillería del coro, que se remonta a 1543 y fue restaurada en 1723, y en la segunda la factura de Juan de Badajoz, arquitecto que trabajó también en la catedral de León hacia el año 1573.

Las obras de San Marcos prosiguieron en 1615, luego en 1671, para terminar definitivamente en 1718. De los tesoros más notables que encierra el convento sobresale la *Biblia regia* o *Políglota de Amberes* de Arias Montano, que fue canónigo del convento.

Para terminar Gil refiere el episodio de la encarcelación de Quevedo en San Marcos en la época del reinado de Felipe IV, durante la administración del Conde-Duque de Olivares (1621-43). Cierra el artículo con una reflexión sobre la importancia de la obra por su factura y por los episodios que ha protagonizado desde la Edad Media y durante el Renacimiento con el esplendor de la Ordenes Militares y el desarrollo de las artes y las ciencias.

El Castillo de Simancas y descripción del Archivo General del Reino

Semanario Pintoresco Español, 2 serie, n. 38, págs. 298-301, el 22 de septiembre de 1839.

Comienza el autor tratando de la etimología del nombre de Simancas que dicen que se remonta al siglo VIII, a la época del "Tributo de las cien doncellas" que, según la leyenda, el rey Mauregato de León debía entregar cada año al emir de Córdoba, Abderramán I. Siete de ellas, que permanecían encerradas en el castillo de la villa a la espera de ser entregadas, se mutilaron una mano para defender su honestidad y

⁸³ Antonio Ponz Piquer, *Viage de España, o Cartas en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse, que hay en ella*, 17 volúmenes en forma epistolar que empezaron a imprimirse en 1772-94 en el taller de Joaquín Ibarra. En el tomo IX trata de León y Valladolid, entre otras ciudades.

librarse así de aquel tormento⁸⁴. Se cuenta que desde este suceso la población pasó a llamarse en latín *Septimancae* y hoy Simancas. Las siete manos en campo de sangre aparecen en el escudo de la villa.

Prosigue refiriendo el papel de la villa en la historia y los hitos más memorables: la batalla de Simancas en el 934, en el reinado de Ramiro II; las luchas nobiliarias y turbulencias de la época de Enrique IV (1454-1474); y las guerras de las Comunidades (1520-1522) a comienzos del reinado de Carlos I.

De la villa destaca el castillo, del que traza la historia desde su origen, cuando pertenecía a los almirantes de Castilla, el paso a los Reyes Católicos que lo destinaron a prisión, y posteriormente a Carlos I, que lo mandó habilitar para su nueva función como Archivo General de la Corona de España, depositando en él los documentos antiguos que antes estaban diseminados en diversas sedes (Segovia, Medina del Campo, Valladolid, Salamanca y otros centros de la monarquía); por último, a su hijo Felipe II que lo agrandó. La planta y el diseño del edificio son del arquitecto Juan de Herrera.

Gil refiere a continuación los cargos y responsabilidades de los que se ocupaban en la época de las diferentes secciones del archivo y de la organización, reglamentos y distribución del mismo. Va pasando después por cada una de las salas y describiendo con detalle los elementos arquitectónicos que las caracterizan y dando cuenta completa de los diversos tipos de documentos que se hallan custodiados en ellas. También lamenta los daños sufridos durante la invasión francesa de Napoleón y que muchos documentos fueran llevados a París por los franceses, de los cuales muchos no se han recuperado.

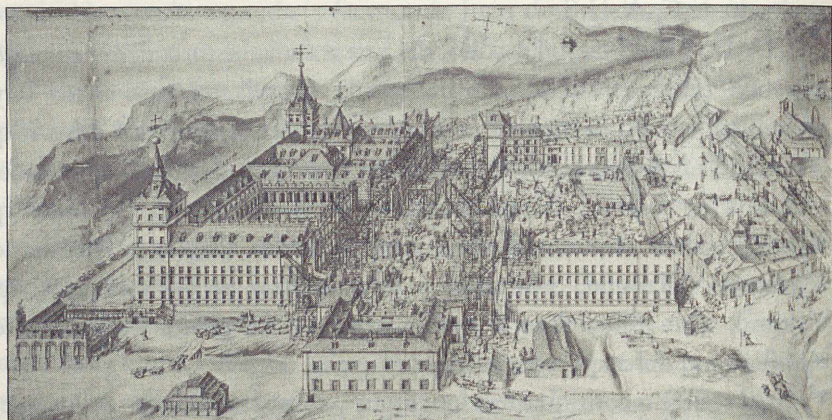
Para finalizar, señala que el Archivo se ha quedado pequeño y que ampliarlo resulta problemático, por lo que se ha de pensar en buscar otra solución. Resalta luego su importancia histórica y algunos de los episodios que allí tuvieron lugar, para terminar alabando la labor del archivero de la época, Tomás González, que en 1815 reparó los

⁸⁴ De las 100 doncellas, según las crónicas, cincuenta eran nobles y estaban destinadas al martirio y cincuenta plebeyas para los placeres de la carne. Vid. Carvallo, Luis Alfonso de, *Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias*, (editado en el año 1695), Ayalga Ediciones, 1977, p. 204.

desórdenes y daños causados por la guerra de la Independencia. Se añade también un apéndice con las inscripciones y leyendas que hay en diversas partes del Archivo.

Una visita al Escorial

El Pensamiento, entrega 10, págs. 217-223, el 23 de septiembre de 1841.



85

Gil empieza expresando con emoción las causas que le han llevado a visitar El Escorial desde Madrid, donde se encuentra:

No era una vana recreación de los sentimientos, ni el ansia de respirar aires más frescos y benéficos que los abrasados de la capital, la que sin cesar me hacía volver la vista a las faldas del vecino Guadarrama; el pasto de la imaginación y del entendimiento, junto con los ecos del corazón, era lo que yo buscaba en aquellos sitios y monumentos, testigos elocuentes, aunque mudos y en el día desamparados, de aquellos tiempos en que el poder, la sabiduría y el valor eran el carro de triunfo en el que el nombre español paseaba los ámbitos del mundo⁸⁶.

Lamenta desde el principio el desamparo en el que se halla un monumento, emporio del arte del siglo XVI, “que puede apellidarse uno de los milagros del ingenio humano”⁸⁷, dice con admiración.

⁸⁵ El Escorial en obras (1576). Colección del Marqués de Salisbury. Hatfield House.

⁸⁶ Véase p. 167.

⁸⁷ Véase p. 168.

Alaba la elección del lugar para su emplazamiento en la Sierra de Guadarrama y la armonía del conjunto. Luego manifiesta que quiere comprobar personalmente si son ciertos algunos de los defectos que se le suelen achacar al edificio y que se refieren al efecto mezquino que dan a la fachada las columnas empotradas, las numerosas ventanas y la desnudez de adornos. Pero en su opinión ese aire grave y modesto está en sintonía con su función principal, que es la del recogimiento monacal y el carácter de su fundador, y aconseja a los visitantes que lo critican: “En vez del palacio de los poderosos Reyes de España vean el monasterio de San Jerónimo y seguro es que su opinión se modificará”

Alaba también el Patio de los Reyes y las demás riquezas arquitectónicas que encierra la fábrica, describiendo de cada una de ellas solo aquellos elementos que le han llamado más poderosamente su atención. Destaca la iglesia, que es el centro de todo el edificio, ya que conmemora el voto a San Lorenzo en el día de la victoria de la batalla de San Quintín y estaba destinada a ser el panteón de Carlos V. De ella destaca su grandeza y su “soberbia cúpula”.

Para hablar de la riqueza de los materiales y de la manufactura del edificio traza un cuadro descriptivo, imaginándose el trajín de las obras cuando se estaba construyendo. Así va enumerando los distintos materiales y elementos y su procedencia; también las pinturas y los ricos manuscritos de su biblioteca; alude luego a la obra de ingeniería, artesanía y jardinería que se llevó a cabo; por último, a las obras de arte que encierra el monasterio, como la sillería del coro de la iglesia o el crucifijo de Benvenuto Cellini que “sirve de digno remate a todas las grandezas”. Del claustro destaca los frescos de Peregrini, discípulo de Miguel Ángel, y de la gran biblioteca su finalidad como principal fuente de saber destinado a la educación. Felipe II quería convertir el monasterio en un seminario dedicado a la primera enseñanza y un colegio a la segunda. La llamada “Escolanía de San Lorenzo” ha durado hasta nuestros días y forma a niños cantores. La biblioteca contiene copias de todos los libros conocidos de la época de su fundación, no solo de las ciencias eclesiásticas, sino de todo tipo de conocimiento. A lo largo del tiempo se amplió con colecciones privadas, como la de Diego de Mendoza. Contiene también manuscritos de valor inestimable, griegos, hebreos, árabes, caldeos, etc. como el *Códice Aúreo* y el

Apocalipsis del apóstol San Juan, y globos, astrolabios, esferas, mapas, instrumentos astronómicos y geográficos e incluso modelos de embarcaciones.

Pasa luego a hablar de la labor de Felipe II, de quien si bien reconoce su tiranía en los asuntos de fe y creencias, admira su determinación para encaminar el país al progreso intelectual y moral. Y como ejemplo de ello repasa las obras que encargó: en su reinado Arias Montano acometió la gigantesca tarea de la *Biblia políglota*, también se acometió la labor enciclopédica de autores como Juan de Mariana, entre otros. Después de los libros, alaba los frescos de la bóveda de la Biblioteca, de Peregrín, y los de las paredes, de Bartolomé Carducci. Para terminar, alude al gran fuego acaecido en tiempos de Carlos II, que destruyó pinturas y parte de los manuscritos árabes y muchos instrumentos físicos y matemáticos.

A continuación describe las estancias del Palacio, deteniéndose en la alcoba de Felipe II y da algunos rasgos de carácter del soberano, como el estoicismo con el que soportaba el sufrimiento derivado de su enfermedad de gota, y nos cuenta detalles de su muerte que toma de la obra de Baltasar Porreño, *Dichos y hechos de Felipe II*⁸⁸.

La obra del monasterio no concluye con el reinado de Felipe II, sino que prosigue con los reyes que le sucedieron, y así a los anteriores se van añadiendo otros elementos decorativos, como los lienzos de Velázquez, Zurbarán, Carreño, Pantoja y Coello y los frescos de Jordán.

Gil considera El Escorial como la obra más nacional de España y reclama más atención y cuidados para ella, apelando al Gobierno, al que se dirige al final del artículo, para que remedie el abandono en que se encuentra la fábrica:

Al hablar de este viaje, que ha dejado en mi alma impresiones hondas y duraderas, me he creído obligado a dar mi pobre opinión y desinteresado consejo al gobierno, opinión y consejo de que participen cuantos hombres celosos del nombre español he oído hablar de este asunto. Con él está ligada más íntimamente de lo que muchos creen la honra de la nación, pues cuando blasonamos de amigos de las luces y de la regeneración de

⁸⁸ Porreño Baltasar (1942), *Dichos y hechos de Felipe II*, ed. Saeta. Madrid, 1942.

nuestro país, sería ponernos en notable desacuerdo con nuestros propios principios, dejar venirse al suelo este monumento depositario de tantos nombres ilustres [...]⁸⁹.



⁸⁹ Véase p. 178.

4. Consideraciones finales

A lo largo de estos artículos observamos que Gil y Carrasco si bien rechaza lo que considera superficial en el mundo moderno, como el afán de las novedades en sí mismas, acoge con afán ilustrado los avances siempre que contribuyan al progreso y mejoren las condiciones de vida de las gentes. Así, en su artículo *Los asturianos*, al hablar de la costa, advierte que las comunicaciones y el desarrollo de la actividad comercial repercuten en la calidad del nivel de vida, frente al empobrecimiento de la economía agrícola y ganadera de la montaña, de la que denuncia su estado de decadencia y olvido, lo que le hace mostrarse pesimista acerca de su futuro. Y en la segunda serie de artículos, publicados en *Los españoles pintados por sí mismos*, se advierte su interés por subrayar que los pastores trashumantes, arrieros y segadores contribuyen con sus oficios a la economía nacional, además de ser representantes de unos valores primigenios que constituyen el acervo cultural de los pueblos europeos.

Su formación y su vocación periodística le llevan a adoptar una actitud social y estética comprometida que le exige ser objetivo y observar la realidad escrupulosamente con sus aspectos positivos y negativos. Esta postura es la del ilustrado reformista que denuncia carencias sociales intentando de ese modo mejorar las cosas, si bien su interés por el mundo en torno suyo esté impregnado, al mismo tiempo, de la nueva estética del romanticismo europeo, lo que le hace apreciar en la vida y las costumbres sencillas de los pastores de montaña "la humanidad natural", la capacidad de resistencia en un ambiente adverso y en armonía con el entorno sin que ningún agente externo haya alterado su modo de ser originario, y por tanto, entroncando con la corriente roussoniana y separándose así en parte de la ideología social burguesa de su época que las considera formas de vida anticuadas y bárbaras, incluidos algunos de los autores costumbristas de la época.

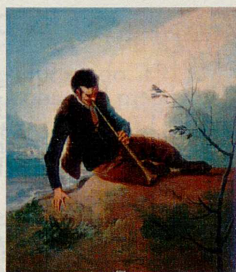
El resultado de todo ello es una serie de textos que muestran la complejidad del momento histórico y la multiplicidad de intereses estéticos y sociales del autor: en primer lugar ensalza nobles ideales

caballerescos que se encarnan en la ficción en los protagonistas de sus novelas y en la realidad en las órdenes militares, como los templarios o los Caballeros de Santiago; en segundo lugar aprecia las tradiciones y valores ancestrales encarnados en las gentes sencillas, nobles y laboriosas como los pastores trashumantes de las montañas de Babia, los segadores gallegos y los arrieros maragatos; si bien reconozca que son formas de vida que se están extinguiendo como resultado de la tendencia al individualismo y al aislamiento de las poblaciones mismas. Por último, se esfuerza en dar a conocer los principales monumentos, personajes históricos y lugares de León y nacionales que muestran la grandeza de otros tiempos, denunciando el abandono en el que se hallan, para rescatarlos del olvido e intentar preservarlos.

En resumen, la necesidad de ver clara la realidad presente nunca le abandona durante este periodo, y en estos artículos, junto con el impulso hacia la idealización romántica de una realidad cargada de significado y valores positivos, sean modos de vida o monumentos, existe un claro deseo, casi una obligación, de pintar y describir la vida, los quehaceres y costumbres de aquellas personas más humildes de las poblaciones del Noroeste, así como el valor inestimable de sus tradiciones y oficios ancestrales, proyectando su personalidad sobre el paisaje y las gentes, revelando la patria de su corazón mientras describe el encanto de esos lugares olvidados o perdidos.

ÁLIDA ARES

Trento, 21 de junio de 2014



Bibliografía:

Ediciones anteriores

Semanario Pintoresco Español, 1839-1852.

Los españoles pintados por sí mismos, 1843-1844.

El Pensamiento, 1841.

Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco, coleccionadas por don Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera é Isla, Madrid, Imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado, 1883, tomo II, pp. 252-318.

Obras completas de don Enrique Gil y Carrasco, edición de Jorge Campos, Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXXIV, Madrid, 1954, pp. 221-250.

Costumbres y Viajes, Prólogo de Rafael Benítez Claros, Publicaciones Españolas, Ed. Mediodía, Madrid, 1961.

Artículos de Viajes y de Costumbres, Prólogo de Ramón Alba, Miraguano Ediciones, Madrid, 1999,

Obras consultadas

BLANCO GARCÍA, FRANCISCO, *La literatura Española en el siglo XIX*, Madrid, Sáenz de Jubera Hnos., 1891-1894, 3 vols.; 2ª. ed. 1899-1904; 3ª. ed. 1909.

CALDERA, ERMANNIO, "La vocacion costumbrista de los románticos", en *Romanticismo* 6, 1996, pp. 45-52.

—, "La mimesis costumbrista", en *Romance Quarterly*, n. 35, 1988, pp. 261-70.

—, "Primi manifesti del romanticismo spagnolo", Pisa, Università di Pisa, 1962.

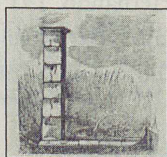
CLAVIJO Y FAJARDO, J. *El Pensador*, ed. por Don Joseph Álvarez y Valladares, I, Madrid, Ibarra, 1762.

CARRO CELADA, J. A., "Un viajero llamado Gil y Carrasco", *Tierras de León*, Diputación Provincial de León, vol. 23, n. 50. Publicado en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, V. III, *Viaje a una provincia del interior*, 2014.

DÍAZ, JOAQUÍN (dir.), *Aleluyas: Actas del Simposio sobre aleluyas celebrado en julio de 2000 en Medina del Campo*, núm. 6 (1988), Urueña, Etnografía, 2002, pp. 57-77. Edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

- DÍEZ, MATEO, "Frescor y leyendas en los valles leoneses", *El País*, 27 de agosto de 2005.
- ESCOBAR ARRONIS, JOSÉ, "Costumbrismo: estado de la cuestión", en *Romanticismo 6. El costumbrismo romántico*. Acti del VI Congresso (Napoli, 27-30 marzo 1996), Roma: Bulzoni, 1996, pp. 117-126.
- , "Literatura de 'lo que pasa entre nosotros'. La modernidad del artículo de costumbrismo", en *Sin fronteras. Homenaje a María Josefa Canellada*. Madrid, Editorial Complutense, 1994, pp. 193-206.
- , "Narración, descripción y mimesis en el 'cuadro de costumbres': Gómez de Avellaneda, G. y Mesonero Romanos" en *La narrativa romántica*. Acti del IV Congresso di Bordighera, 9-11 april, 1987, Génova, Università di Genova, 1988, pp. 53-60. ED. en Biblioteca Virtual Cervantes, Alicante, 2006.
- ESPEJO SAAVEDRA, RAMÓN (2008), "El costumbrismo romántico de Enrique Gil y Carrasco", en *Bulletin of Spanish Studies*, LXXXV, 3, pp. 289-306. Ed. en Biblioteca Virtual Cervantes, Alicante, 2012.
- GARCÍA ARIAS, JOSÉ LUIS, "Estar en Babia, estar en las Batuecas", Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 1978.
- GARCÍA CASTAÑEDA, SALVADOR, *Las ideas literarias en España entre 1840 y 1850*, Berkeley, University of California Press, 1971.
- GULLÓN, RICARDO, *Cisne sin lago. Vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*, Madrid, Ínsula, 1951; 2ª. ed., 1989.
- IAROCCHI, MICHAEL, *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna. En torno a la poesía y prosa de Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Newark, ed. Juan de la Cuesta, 1999.
- JUDERÍAS, JULIÁN, *La leyenda negra y la verdad histórica: contribución al estudio del concepto de España en Europa, de las causas de este concepto y de la tolerancia política y religiosa en los países civilizados*, Madrid, Revista de Archivos, 1914.
- LOMBA Y PEDRAJA, JOSÉ R., *Enrique Gil y Carrasco. Su vida y su obra literaria*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1915.
- LLAMAZARES, JULIO, "El salvaje Oeste español. Territorio de leyenda, de Babia a Sierra Morena por las viejas rutas de la trashumancia". *El País*, 5 de marzo de 2011.
- , *En Babia*, Barcelona, Seix Barral, 1991
- PEERS, EDGAR A., "Minor English influence on Spanish Romanticism", *Revue Hispanique*, 62, 1924, pp. 440-448.
- PEERS, EDGAR A., *Historia del movimiento romántico español*, Madrid, Gredos, 1967, 2 vols.

- PEÑATE RIVERO, JULIO, "La biblioteca de viaje por Europa en dos autores españoles del siglo XIX: Ramón de Mesonero Romanos y Enrique Gil y Carrasco", en E. Rubio Cremades, M. Sotelo Vázquez, V. Trueba Mira, B. Ripoll Sintes (coord.), *La literatura española del siglo XIX y las literaturas europeas*, Actas del V coloquio de la Sociedad de Literatura Española del siglo XIX Coloquio, Barcelona, 2008, pp. 391-402.
- PHILLIPS, PAMELA FAITH, "Desde el Bierzo hasta Berlin: el viaje europeo de Gil y Carrasco", *Salina*, n. 21, pp. 101-110, 2007.
- PICOCHÉ, J.L., *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Madrid, Gredos, 1978.
- PICOCHÉ, J.L., *Un romantique espagnol: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Thèse présentée devant l'Université de Paris IV, 11 Mars 1972.
- PONZ PIQUER, ANTONIO, *Viaje de España, seguido de los dos tomos del Viaje fuera de España*, Madrid, Editorial Aguilar, 1947 [Reimpresión en 1988 y la segunda edición facsímil de los 20 volúmenes en Madrid por la editorial Atlas, en 1973].
- ROMERO TOBAR, LEONARDO, *La lira de ébano. Escritos sobre el Romanticismo español*, Málaga, Universidad de Málaga, 2010.
- , *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1994, pp. 369-388.
- , "Mesonero Romanos: entre costumbrismo y novela", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 20, 1983, pp. 243-59.
- SAMUELS, DANIEL G., *Enrique Gil y Carrasco. A study in Spanish Romanticism*, Nueva York, Instituto de España, 1939.
- SEBOLD, RUSSELL P., *Trayectoria del Romanticismo español. Desde la Ilustración hasta Bécquer*, Barcelona, Crítica, 1983.
- UCELAY DA CAL, MARGARITA, *Los españoles pintados por sí mismos. Estudio de un género costumbrista*, México, El Colegio de México, 1951.
- VARELA, J. L., *Costumbrismo romántico*, Madrid, Magisterio Español, 1970.



Los Artículos de costumbres

Viajes y costumbres, de Enrique Gil



I. Artículos de costumbres



I. Artículos de costumbres



Pág. sig.: Vestimenta de la época para la boda maragata. Grabado de 1834, obra de Félix Batanero, xilógrafo que trabajó fundamentalmente para el *Semanario Pintoresco* y para el *Museo de las Familias*. Pág. anterior: Pastor de cabras, anónimo, 1840.

1. Los maragatos



Si para fortuna nuestra y entretenimiento de nuestros curiosos lectores hubiéramos podido dar con la obra que bajo el título de *Orígenes de la Maragatería* parece dejó escrita el erudito y laborioso benedictino Sarmiento, grandes fueran los comentarios que pudiéramos hacer sobre la genealogía, usos y costumbres de aquel maravilloso país, cuyos habitantes son tan conocidos en la España entera, como ignorada su peculiar fisonomía. Problema difícil, en verdad, de resolver es el de un pueblo, que situado en los últimos llanos de Castilla, a la margen de dos caminos, real el uno y bastante frecuentado el otro, y manteniendo animado y constante tráfico con diversas provincias de la Península, ha podido sustraerse absolutamente al movimiento de la civilización y conservar íntegro el legado de los hábitos, creencias y organización social de sus abuelos.

Como en una obra de la clase del *Semanario* nadie esperará probablemente un artículo prolijo de estadística, nos contentaremos con decir que la Maragatería, enclavada en el obispado de Astorga, provincia de León, confina por el Oriente con la Valduerna, por el Mediodía con la empinada sierra de Teleno y por el Occidente con la cordillera de

Foncebadón. Sus pueblos principales son Santiago Millas, Santa Colomba, Rabanal del Camino, Santa Catalina y el Val de San Lorenzo, sin contar otros muchos de menor cuantía. El país es árido y triste en general y sus cosechas se reducen a una escasa de lino, de trigo y de centeno.

Los hombres buscan en la arriería lo que su ingrato suelo les rehúsa y durante su ausencia las mujeres corren con las faenas de la labranza. En cuanto al nombre de *maragato*, inciertos andan los juicios y divididas las opiniones respecto de su origen. Quién lo atribuye a Mauregato, menguado usurpador de la corona de León y quién, al revés, hace a este mismo Mauregato oriundo de Maragatería, opinión que, dicho sea de paso, nos parece la más probable, siquiera por no desairar la tradición que se conserva en Astorga de los juicios que pronunciaba Santo Toribio, anterior, si no nos engañamos, al citado usurpador, en las querellas de los maragatos.

Hasta aquí nos es lícito contentar la curiosidad de los anticuarios, sin poner de nuestro bolsillo otras mil conjeturas que el talento más pobre puede formar acerca de un país sobre cuya cuna hay ancho campo para mentir, sin riesgo de quedar desairados. Y ahora que hemos fijado ya el lugar de la escena y deslindado en lo posible la alcurnia de nuestros maragatos, bueno será que, para darlos a conocer más a fondo, retratemos lo mejor que se nos alcance el más notable de los actos de su vida; queremos decir, sus *bodas*.

En un país en que el espíritu patriarcal se echa de ver a cada paso, fácilmente supondrán nuestros lectores que la voluntad de los hijos es de todo punto insignificante y que los padres disponen su porvenir con arreglo a sus intereses y edad. Rara vez se oye decir en tierra de maragatos que una doncella ha ido a arrodillarse delante del altar con su prometido sin llevar como por escudo la bendición paternal. Este rigor de la disciplina doméstica y esta inexorable clasificación de las personas por los capitales harían infeliz a un sinnúmero de gente en una sociedad más adelantada y culta; pero como las circunstancias son aquí diametralmente opuestas, todos se conforman con la práctica y nadie lamenta una felicidad que no ha soñado. Pasemos ya a la descripción de la ceremonia.

Cuando llega la época en que los respectivos padres determinan casar a los mozos, el padre del prometido y éste se encaminan a casa de la futura esposa, delante de cuyo padre se hace la demanda con toda formalidad, sin que ninguno de los dos jóvenes tome parte en la conversación. Como tales asuntos son cosa decidida y acordada de antemano entre las dos familias, redúcese este paso a una mera fórmula y en seguida, por ambas partes, se procede a la compra de los respectivos presentes, cuya enumeración ofrecemos aquí por su extrañeza y novedad.

El novio regala a la novia el manto de paño negro para ir a misa, de forma rara y poco airosa, pues se conservan al paño sus esquinas y sólo hay unos escasos pliegues sobre la frente; las *donas*, multitud enorme de collares con rosarios y medallas, los anillos que han de servir para el desposorio; *el sayuelo* o justillo atado por delante con un cordón de seda, que nombran *agolletas*; *vincos* o arracadas para las orejas, *fajero* o faja de estambre, y *mangas*, una especie de ellas, sueltas y sujetas únicamente a la muñeca. La madrina, asimismo, le ofrece un pañuelo de seda de Toledo para la cabeza. Los regalos de la novia a su futuro consisten en una capa de paño negro, *almilla* o sayo de ídem con cordón de seda; chaleco de grana con bordados también de seda a la portezuela; *bragas* o calzones anchos, *calzones* negros (botines), *cintas* (ligas) de estambre fino con letrero; camisa de buen lienzo común y calzoncillos con cordón de seda.

Llega, por fin, la víspera de la boda y en su tarde se examinan de doctrina cristiana y confiesan los novios, permaneciendo encerrados en sus respectivas casas, sin concurrir a la cena que tienen los padrinos aquella noche. Al otro día, no bien despunta el alba, ya la gaita discurre por el lugar tocando la alborada y reuniendo a almorzar a los convidados a la boda. Acabado el almuerzo tocan a misa y entonces el padrino, el padre de la novia y demás convidados varones se dirigen a la casa del novio, precedidos de la gaita y de los amigos solteros del novio, llamados en tal ocasión *mozos del caldo*, que van haciendo salvas con sus carabinas. Luego que entran en la casa, el novio se arrodilla, recibe con manifiesta emoción la bendición de su padre y en seguida, recogido y silencioso, en medio del concurso y al lado del padrino, se encamina a la habitación de su futura. Las solteras amigas de ésta están ya cantándole a

la puerta canciones alusivas, algunas de las cuales tienen gracia por su sencillez, y cuando llega el momento de partir para la iglesia, la joven, deshecha en llanto, recibe a su vez la bendición paterna. Toma entonces el novio con su comitiva el camino de la iglesia como unos sesenta pasos delante de su prometida y ésta camina del todo cubierta con su manto en medio de su acompañamiento femenino, que no cesa en sus cantares hasta la iglesia. El cura está ya aguardando en el vestíbulo y allí es donde se verifica la ceremonia, ajustándose los dos esposos un anillo a sus respectivos dedos y ofreciendo las acostumbradas arras. Concluida la misa, sale la gente con el mismo orden que trajo, con la diferencia de que el novio y comitiva se quedan a la puerta corriendo el *bollo del padrino*, a saber, una especie de justa en la cual el que más corre a pie se lleva la cabeza del bollo, repartiéndose lo demás entre los circunstantes en menudísimas porciones. Dirígense en seguida los corredores a la casa de la boda y encuentran a la desposada sentada a la puerta en una silla, ataviada con todo el lujo posible en el país y muchos dulces, con la madrina al lado y cubierto el rostro: el marido se acomoda al otro lado en una segunda silla y de esta suerte presencian las danzas con que los festejan sus amigos, hasta que, acabadas éstas, entra todo el mundo a comer, dejando a la puerta la anterior solemnidad y compostura y tomando la alegría que tan bien cuadra a la ocasión. Después de la comida, *se ofrece*, es decir, saca el padrino un platillo de plata, pone en él, por oferta, una cantidad de dinero y va dando vuelta a la mesa sin que nadie le desaire. En seguida la *moza del caldo*, es decir, la amiga del alma de la novia, que la acompaña y sirve durante todo aquel día, pide para los utensilios de su amiga, como rueca, huso, etc., y los mozos del caldo hacen lo mismo para el novio.



Álzanse en seguida, no los manteles, porque la mesa sigue puesta todo el día, sino los convidados, y ya la novia baila con su marido, mientras los mozos del caldo se echan por el lugar a recoger gallinas en casa de los convidados para obsequio de los recién casados, y si buenamente no se las dan, tienen derecho para tomarlas. Llega por fin la hora en que los novios, aunque no sin trabajos, se encierran en la cámara nupcial y a eso de las dos de la mañana los mozos del caldo van a servirles la gallina, o por mejor decir, las gallinas que han recogido y los dejan reposar hasta la madrugada.

Amanece el día de la tornaboda, y los novios, después de almorzar juntos, se encaminan sin embargo a la iglesia con los mismos trámites que el día anterior, oyen su misa y vuelven a casa festejados por una comparsa de *zamarrones*, especie de mojiganga que nunca falta en semejantes casos y que les aguarda a la puerta de la iglesia. Al llegar al pueblo se corre *el bollo de la boda*, que la madrina tiene asido en medio del baile y que los mozos de la boda defienden cuidadosamente de las acometidas de los extraños. Se come, se baila, se cena y se acaba la boda. Cuando el novio es forastero se lleva su consorte a su lugar desde la iglesia el día de la tornaboda en medio de todos los convidados, que los acompañan en vistosa cabalgata (mular, por supuesto).

Como semejantes pormenores son los que más clara idea pueden dar de la fisonomía original y pudiéramos decir primitiva de este pueblo, nos hemos extendido más de lo que deseábamos. Concluiremos con la descripción de los trajes y unas breves consideraciones generales.

Llevan las maragatas a la cabeza un pañuelo; sertas o collar y un rosario un poco largo al cuello; sayuelo o justillo con camisa bordada por el pecho; faja, *rodado*, especie de brial de un paño tosco y blanquecino, principal industria del país; dos delantales, uno delante que se llama *mandil* y otro detrás que se llama *facha*. También llevan unas mangas de punto de colores ceñidas al brazo, por debajo de la camisa, cuyo nombre no damos aquí por no ser ya recibido. Las casadas van a misa con su manto y las solteras con su *dengue* o *frisa* de paño común con franja encarnada.

El traje del maragato se compone de sombrero de ala ancha con copa chata y cordón de seda alrededor, colete de piel, almilla, chaleco, camisa con cuello bordado, cinto con canana, bragas, *calzones* (botines), y zapatos con botón.

La danza del país es un compuesto de la *danza prima* asturiana, fiel traslado de las danzas circulares que nos describe Homero, y de otro baile más animado ejecutado por una o dos parejas dentro del círculo o corro. Esta segunda parte altera en cierto modo el carácter de antigüedad de la danza circular y apenas descubre significación alguna.

Del rápido bosquejo que hemos trazado, fácil será deducir la regularidad y pureza de costumbres, el buen gobierno y armonía de las familias, el respeto sumo a las canas, y otros mil elementos de tranquilidad y sosiego interior. Sin embargo, este pueblo que en mil cosas trae a la imaginación del poeta la tienda de los patriarcas o la cabaña del salvaje americano, a los ojos del viajero imparcial nunca aparecerá con tan deliciosas tintas. Su fisonomía peca de áspera y desabrida, las comodidades de la vida son escasísimas y están en notable desproporción con los considerables capitales que sus hijos, a fuerza de laboriosidad, han logrado adquirir. Las casas del pueblo son bajas, oscuras y mezquinas; las de los ricos, al contrario, son altas y espaciosas, pero sin gusto en los muebles y sin regularidad en la distribución. Una sola cosa tienen de común: la suciedad y el desaliño.

Por lo demás, nosotros aquí, como en casi todo, preferimos el prisma del poeta al microscopio del filósofo y somos de opinión que se perdonen a los maragatos estas veniales culpas, en gracia de su proverbial honradez, de la lealtad y nunca desmentida franqueza de sus tratos y de la austeridad de sus costumbres, último resto de su espíritu social compacto y uniforme, que debió de unir un día casi todos los pueblos europeos.

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, num. 8, pp. 57-60a, 24 de febrero 1839.

2. Los montañeses de León



Palacios del Sil 8 de agosto de 1837

Aquí me tienes, mi querido A..., perdido en un delicioso país, y digo perdido, porque quizá seré el único de mis amigos que haya pisado este suelo de muchos años a esta parte. Sin embargo, tan lejos estoy de arrepentirme de mi resolución, que si otra vez vuelve a acometerme la fiebre de los viajes, casi estoy por jurar que marcharé en esta parte por mis antiguas huellas.

Desde León te escribí que pensaba dirigirme al Bierzo pasando por Astorga y visitar sus antigüedades romanas y góticas. Con efecto, he visto las asombrosas minas de las Médulas, restos magníficos y sólidos todavía del pueblo rey; el sitio de una antigua ciudad suya, llamada *Bergidum*, deliciosamente situada; el monasterio que fue de monjes bernardos de Carracedo, en cuya fábrica está todavía incorporado un resto del antiguo palacio de recreo que allí tuvieron los reyes de León.; y varios castillos feudales desmoronados en parte y entre los cuales descuella el de Ponferrada, donde todavía se distinguen las armas y los símbolos de los caballeros templarios, sus pasados señores. Este país

posee muchos recuerdos y, si no fuera por no aumentar una carta que sobrado larga será ella de suyo, te daría noticias más circunstanciadas; pero me voy olvidando de las montañas de León y si por algo te escribo es justamente por hablarte de ellas.

Ya sabes que mi pensamiento no era otro que el de recorrerlas, cruzar después el principado de Asturias, embarcarme en Gijón para La Coruña y visitar el litoral de Galicia, sin pasar por los quebrantos que trae a todos los viajeros la guerra civil que devora la Península.

Con tal intento y siguiendo río arriba el curso del Sil, célebre por el purísimo oro que en sus arenas arrastra, salí del Bierzo, atravesé los valles que toman el nombre del río, crucé en seguida Lacia y la Omaña y me detuve en los últimos términos de Babia. Ya sabes que mi viaje es más poético que científico y, por lo tanto, sólo esperarás noticias generales en cuanto a sus producciones, etc.; sin embargo, no dejaré de decirte que los recursos agrícolas de estos pueblos se reducen a una escasa cosecha de maíz, de patatas, de centeno y de lino, insuficiente, como puedes conocer, a sus necesidades, por lo cual libran su subsistencia casi exclusivamente en la ganadería. Este país es esencialmente pastoral y no sabes cuánta gracia y cuánto hechizo se encuentra en la sencillez de sus costumbres, después de salir de entre los bruscos moradores de esa triste y desnuda Castilla.

Aunque te dejo dicho que todo el país es esencialmente pastoral, ningún pueblo es tan pastor, en todo el rigor de la expresión, como la Babia. Como su principal riqueza consiste en rebaños de las ovejas de riquísima lana llamadas merinas y la débil complexión de estos ganados es incapaz de sufrir el invierno riguroso de este país, toda la parte viril de la población tiene que trashumar por ello en busca de los pastos de Extremadura. Cuando los calores de mayo comienzan a sentirse en esta tierra y agostan las vegas de este país, tornan las merinas a las montañas hasta que viene el otoño, en cuya época se restituyen a Extremadura.

Cuando yo llegué a Babia era justamente la época en que las merinas venían a veranear y difícilmente podrás imaginar escena de más interés y

animación. Las mujeres, los niños y los viejos salían a recibir a los ausentes, los perros acariciaban a sus amos, balaban las ovejas al mirar los sabrosos pastos de los montes, relinchaban las yeguas al reconocer sus praderas nativas y los abrazos y las preguntas que por todas partes se cruzaban y el abandono y la efusión de todo este cuadro tenían para mí un indecible atractivo. Me figuraba yo las tribus árabes de vuelta al pie del Atlas, con sus camellos y caballos, e involuntariamente se me venían a la memoria los dichosos tiempos de Jacob y de Labán.

La noche de la llegada de los pastores hay siempre baile, cena opípara y toda clase de regocijos, en que las mujeres lucen las galas y presentes que les han traído sus maridos o amantes.

La Babia es un país triste, desnudo y riguroso por invierno, pues ocupa la mesa de las montañas, y no cesan en él por entonces las nieves y las tormentas. Sin embargo, las praderas de esmeralda que verdean por las llanuras, sus abundantes aguas, la alineación simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza y los leves vapores que levanta el sol del verano de sus húmedas graderías, contribuyen a darle por entonces un aspecto vago, suave y melancólico que sólo se encuentra en algunos paisajes del Norte. Hacia las lindes de este país, y junto a un pueblo llamado Barrios de Luna, se ven las paredes aportilladas por todas partes del castillo de Luna, donde el rey don Alfonso el Casto encerró al conde de Saldaña, padre del paladín Bernardo del Carpio, que derrotó en Roncesvalles al ejército de Carlomagno y, al decir de las leyendas españolas, mató de su propia mano a Roldán, el sin par de los doce pares.

Hasta aquí las circunstancias particulares de la Babia. Los demás concejos, a saber, la Omaña, Laciana y el Sil, se parecen mucho entre sí, si bien el último se diferencia algo más por la mucha frondosidad que viste sus riquísimos montes y por ser algo más estrecho y reducido. Voy a darte ahora una sucinta idea de las costumbres generales comunes a todo el país sin excepción y que provienen de su espíritu social.

La hospitalidad es una especie de religión entre estos montañeses y no hay puerta, por pobre que sea, que no se abra de par en par a la llegada del forastero. Por la noche se reúnen indispensablemente en su

casa los mozos y mozas del lugar a darle lo que se llama en la lengua del país el *beiche* (la pronunciación es de todo punto inglesa), y que no es otra cosa que el suelto y lindísimo baile del país al son de panderos, de castañuelas y de cantares, tan numerosos y variados como sus fuentes y arboledas. Es costumbre que el forastero tome parte en la danza, sépala o no, so pena de someterse a los *cacharrones*, especie de solfeo no muy agradable, encomendado a las robustas manos de las montañesas. Si el huésped es conocido de la casa donde para, además del obsequio ya sabido del *beiche*, suelen llevarle de regalo *frisuelos*, especie de frito del país, y las *natas*. La noche antes de su marcha acuden también a despedirle con el mismo festejo, que en esta ocasión se llama dar el *gueiso* para el camino.

En esta temporada de verano suben las montañesas con sus ganados a aprovechar los pastos de las cumbres de los montes y habitan en una especie de casetas llamadas *brañas* hasta que los primeros fríos del otoño les obligan a bajar a los valles. En esta ocasión ponen el mayor cuidado en la limpieza y adorno de sus brañas, las cuelgan de ramos y tienen siempre repuesto de frisuelos y de natas con que obsequiar a los que las visitan, y que sirven con cubiertos primorosamente trabajados en boj por sus esposos o novios. El agasajo, la alegría y bailes son extremados en estas cabañas, que dominan desde su elevación paisajes deliciosos, más estrechos que los buenos de Suiza, pero no menos pintorescos. Respírase allí templado y fresco ambiente, el aire limpio y sereno deja ver los objetos en toda la pureza de sus contornos y colores, y el silencio de los bosques, el leve rumor de las arboledas y de las cascadas, y la calma y la paz que allí se disfrutan inclinan el alma a esas meditaciones vagas y sin objeto en que el hombre se olvida de sí propio para abandonarse enteramente a las sensaciones del instante.

Ya que te estoy hablando de las costumbres de la buena estación, concluiré con las romerías, que sólo en este tiempo se celebran y que tienen una fisonomía tan viva y animada, que un viajero concienzudo como yo no puede echarlas en olvido. Figúrate un extenso campo concejil sembrado de tabernas, de baratijas de buhoneros y de puestos de frutas, al cual van llegando sinnúmero de gentes ataviadas

galanamente, los curas entre los feligreses, los pastores caballeros en sus yeguas nómadas con sus queridas a las ancas, y caballeros y peones todos en la más cordial armonía, y te irás acercando a la verdad. En la pradera se bailan los bailes del país y más allá los mozos más robustos de los concejos se ejercitan en la carrera y en la barra, distribuyéndose al cabo los premios, que suelen consistir en bollos o en frutas, entre vencedores y vencidos con la más completa amistad. Concluidos estos juegos, todas las diversiones se refunden en el baile hasta la caída de la tarde, en que todo el mundo se retira. Supongo que ya adivinarás que, en un país religioso como es éste, la primera obligación de los romeros es ir a rezar al santo.

Las costumbres de invierno son enteramente diversas, como puedes suponer. La Babia se queda sin más hombres que los niños y los viejos, y en la Omaña, Laciana y el Sil las diversiones públicas del invierno se reducen a monterías y partidas de caza durante las nieves, expediciones todas que se hacen con el mayor orden y valentía y para cuya dirección se nombra todos los años en concejo un funcionario con el título de *juez de caza*. Pero no por eso creas que el frío convierte a estos montañeses en hurones; antes bien, durante él se reúnen todas las noches en la casa más espaciosa del lugar las mujeres a hilar (de lo cual viene a estas tertulias el nombre de *filandón*) y los hombres, que vienen más tarde a divertir con un poco de baile la última hora de la reunión. Excusado será el decirte que en estos filandones nunca faltan historias y cuentos maravillosos, narrados por las viejas al amor de la lumbre; pero lo que no se te ocurrirá de seguro es que he oído contar a un alcalde muy respetable todas las proezas de los doce pares y de su emperador Carlomagno. Figúrate ahora qué relación para un aldeano.

La danza del país es un baile, como te dejo indicado, animadísimo y expresivo; pero no deja de chocar ver las mujeres y los hombres repartidos en dos hileras al principio, si bien luego se mezclan y confunden al estrepitoso redoble de las castañuelas, en cuyo manejo no ceden a los mismos boleros de los teatros.

Con respecto a sus cantares, sólo te diré que en ninguna parte los he oído tan lindos, tan sencillos y tan melancólicos. Ya sabes cuán apasionado soy de la música popular de Andalucía, tan llena de sentimiento y de color, pero en las tiernas canciones montañesas he

encontrado un tono de vaguedad, de misterio y de tristeza que ha conmovido mi alma de un modo inesperado. Sólo en Alemania, y en Irlanda más especialmente, se puede oír una música popular con igual sello de abandono y de dulzura; porque los antiguos romances y baladas francesas son descoloridos y monótonos al lado de estas armonías montañesas. Y no creas que sólo la música es en ellas notable, que también las coplas son delicadas y graciosas por extremo. De ambas cosas he formado colección y no será difícil que las publique algún día. Por ahora, conténtate con algunas que te envío.

Cantares escogidos de las mozas señoritas de la Montaña

Eres como el ave Fénix
que cuando muere renace.
Fuego de amor en tu pecho,
preside sin apagarse.

Corazón que sufre y calla
no se encuentra dondequiera.
No hay corazón como el mío,
que sufre y calla su pena.

Tus cejas son medias lunas,
tus ojos son dos luceros,
que alumbran de noche y día,
lo que no hacen las del cielo.

El que estrellas estudia
ve su destino,
y yo estudio tus ojos,
por ver el mío.

Qué son celos, pregunta
un hombre sabio,
y un rústico le dice:
ama, y sabráslo.

Es la esperanza un árbol,
el más frondoso,
que de sus bellas ramas
dependen todos.

Voy a describirte el traje del país y lo dejaré pronto, porque sobrada condescendencia es ya leer lo que va escrito. Las mujeres traen a la

cabeza un pañuelo atado por debajo de la barba, un *dengue* cogido por detrás con broches de plata de elegantísimo corte, justillo de terciopelo labrado o de seda, atado por delante, camisa con botón de plata al cuello, *rodado* de paño del país o de Segovia, con enormes lazos de vistosa cinta atrás; escarpita de blanqueta con abarca por el invierno y zapato con calceta por el verano. Además, suelen añadir por el mal tiempo a este equipaje una especie de jubón o chaqueta corta desabrochada y una clase de manteleta en la cabeza, llamada, si no me equivoco, *rebociño*.

Los hombres, con sus continuos viajes al Mediodía, han alterado un poco su traje, pero el verdadero consiste en un sombrero chambergó o calañés, chaqueta corta de paño del país, chaleco de pana o piel de becerro curtida que llaman destazado, calzones de lo mismo o de paño, faja o cinto de cuero, botín de ídem o de paño para los días de fiesta y polainas con abarca a diario. La manta y el calzón bombacho, que algunos gastan, son más bien del Mediodía que no del país.

La raza de esta comarca es una raza verdaderamente privilegiada, de toda la robustez del Norte y de no poca elegancia y garbo de las provincias meridionales. La frecuente comunicación de ambos países es causa, sin duda, de dicha fusión, que no se advierte ya en las próximas montañas de Asturias; y esta media tinta suave de Andalucía y Extremadura contribuye a dar un realce particular a este país. Yo no he visto en ninguna parte tanto rigor y delicadeza a un tiempo, ni en mujeres pastoras y del campo tal transparencia de tez, ni tan exquisitas proporciones. Los hombres en general, y en especial casi todos los babianos, serían excelentes modelos de Academia.

El país es rico, en general, por los muchos beneficios de la ganadería; las casas, aunque pobres, no dejan de ser aseadas; las comidas no son tampoco malas y, en general, se echa de ver poca indigencia. Las costumbres son apacibles y suaves y las gentes muestran una agudeza y natural despejo verdaderamente extraordinarios. Finalmente, te aseguro que es país que ha grabado hondas impresiones en mi imaginación y cuya memoria se me presentará siempre llena de los encantos de su suelo y de la hospitalidad de sus habitantes.



3. Los asturianos

Cangas de Onís, 8 de noviembre de 1838

Conforme, mi querido amigo, al plan de viaje que me había propuesto cuando te escribí desde Palacios del Sil, he recorrido todo este país, y si contento estuve en las montañas de León, a fe de hombre de bien que no lo estoy menos de mi correría por esta antigua y nombrada tierra.

Supongo que no aguardarás noticias tan menudas y circunstanciadas acerca de este país como las que te di sobre las Babias y concejos circunvecinos, porque ya deberías conocer que el presente cuadro excede las dimensiones de una carta y mal puede contenerse en tan estrechos límites. Hay, además, notables diferencias entre las naturales divisiones de terrenos en que está repartido este glorioso rincón de España, para sujetar sus usos y costumbres a una pauta inflexible y general. Así que, cuanto te dijere de él, antes lo has de juzgar propio del distrito desde donde te escribo, que rigurosamente aplicable al resto del Principado.

Este país está principalmente dividido en montaña, llanura y marina. Las costumbres, industria, recursos naturales y aun trajes del primer terreno tienen mucho de común con los del Sil para que me detenga en trazártelos con prolijidad y detenimiento, pero no vayas a figurarte por eso que son absolutamente iguales, porque, en realidad, no son pocas las diferencias que los separan.

En la llanura ya se notan algunas diversidades, que han producido la naturaleza del terreno y la mayor proximidad al litoral. Las cosechas son más abundantes y el clima más suave y benigno. Redúcense las primeras a maíz, trigo, aunque en corta porción, escanda, frutas delicadas de mil clases, avellanas, nueces y castañas. La manzana es tan abundante que no sólo se consume, y extrae mucha, sino que también de su jugo se hace la sidra, producto de suma consideración en el país.

La marina, que también disfruta de los regalos de la llanura, amén de otras que su templado clima le proporciona, cuales son naranjas y limones, es un país delicioso y pintoresco en sumo grado, sembrado de

bonitas y bien situadas poblaciones, y más rico y comerciante que lo demás del Principado.

Difícilmente hallarás en ninguna geografía la división que te acabo de hacer de esta tierra; pero como cumple a mi propósito, y no escribo un artículo geográfico y estadístico, sino una carta de amigo, no me he parado en pequeñeces. Y digo que cumple a mi propósito, porque en las montañas se conserva mucho de la antigua sencillez, y aun pudiéramos añadir rudeza, al paso que su declive y el litoral entero ofrecen ya algunas de las variaciones y mudanzas que, gracias a la mayor facilidad de comunicaciones, ha ido introduciendo el impulso de la civilización, cada día más poderoso.

Por lo demás, las costumbres del país son sencillas, apacibles y risueñas como las de todas las tierras montuosas en que la vida pastoril ha dominado largos años y en que ha dejado un cierto sabor de patriarcalismo y de inocencia. Yo, por mi parte, no tengo sino muchos motivos de agradecimiento, porque donde quiera he sido acogido y hospedado con muy buena voluntad y esmerado obsequio. Ya sabes cuán apasionado soy de nuestro deslumbrante y magnífico Mediodía, con sus mujeres morenas, sus bosques de naranjos, sus ruinas árabes y su tersa y cristalina mar. Pero te confieso que en estos retirados climas he hallado sensaciones, si no tan turbulentas y tan vivas, por lo menos más gratas y apacibles.

Fuerza es confesar que aquél es el país del entusiasmo y de la imaginación, pero en éste el corazón se espacia y desenvuelve con más vigor y, a falta de maravillas y pompas, vienen a asediarse un tropel de afectos vagos, dulces y melancólicos, que llenan de sentimientos hasta entonces ignorados sus más íntimos repliegues. Pero, dejando a un lado semejantes metafísicas, porque recuerdo que no les eras demasiado aficionado, procuraré darte una idea de las cosas de más bulto que he echado de ver en mi viaje.

No te hablaré de las brañas, donde suben a veranear los pastores con su ganado en los meses de calor, porque en poquísimo o en nada se apartan de las de las montañas de León, que ya conoces; pero no fuera justo pasar en silencio una costumbre propia y peculiar de este país y

que descubre bien a las claras el fondo de apacibilidad y de dulzura que se observa todavía en la vida de los campos.

Cuando llega la recolección del maíz, en lugar de arreglar cada labrador su cosecha como mejor pudiere, convida a todos sus vecinos y amigos a la *esfoyaza*, operación que se reduce a despojar las mazorcas de maíz de parte de sus hojas (tarea confiada a las mujeres) y a trenzarlas en seguida y hacer manojos de ellas (cuidado destinado a los hombres) para ponerlas donde se puedan secar y molerlas en seguida. Bien podrás conocer que en semejante reunión entra por más el regocijo y la holganza que la labor de que es objeto; así es que el remate de la fiesta es un estrepitoso baile, acompañado de una especie de colación llamada *garulla*, compuesta de avellanas tostadas, nueces, castañas asadas, sidra y toda clase de frutas; aunque en otros sitios se reparten, además, pedazos de pan. Mejor que yo te lo explicarán estos versos bables, así llamados por estar escritos en el dialecto del país:

Era d'octubre la noche postrera
y acabóse temprano la esfoyaza:
había de ablanes una goxa entera,
peres del fornu y gachos de foyaza;
y atizaban el fuego con tarucos
fartos de reblincar los rapazucos⁹¹.

Como son poco difíciles no me tomo el trabajo de traducírtelos, pero el cuadro de esta doméstica función está trazado en ellos de una manera tan sencilla como completa y por eso te los he copiado.

Uno de los espectáculos más característicos del país y que más a las claras descubren su fisonomía son las infinitas romerías que por todas partes se celebran, a las cuales acuden gentes de muchos concejos de alrededor, y que suelen ofrecer un cuadro lleno de vida y de movimiento. Las más célebres y concurridas son las de la Virgen de Covadonga, a dos leguas de esta villa; la de Nuestra Señora de la Cueva,

⁹¹ La copla es en bable o asturiano, con algún error de tipografía. Corregimos 'hablanes' por 'ablanes', avellanas; y 'gocha' por 'goxa', olla. *Gachos de foyaza* son pedazos de borona o pan de maíz, y *tarucos*, las mazorcas desgranadas. Algunas ediciones leen 'rebrincar', *lectio facilior*, donde el original del *SPE* es fiel al asturiano 'reblincar', saltar o brincar. [N. del ed.].

en la inmediación de la villa de Infiesto; los mártires de Valdecuna, en el concejo de Lera, y, más que todas, las de Nuestra Señora del Remedio, en el concejo de Nava.

La primera es de tanta devoción en el país, como de nombradía y fama es en nuestra historia el suceso que allí se celebra y solemniza. En aquel sitio agreste y enriscado ofreció el valeroso don Pelayo batalla a los sarracenos y, después de pelear denodadamente, los desbarató con la ayuda de la Virgen Santa, que hacía volver contra sus enemigos las propias flechas y que desplomó sobre ellos además la mitad de un monte. La colegiata que en memoria de aquel milagro se fundó está al pie de una escarpada y altísima montaña y en su vecindad se celebra la romería.

El santuario de Nuestra Señora de la Cueva es vistoso y rústico por extremo, porque debajo de una roca enorme presenta el espectáculo de tres capillas, dos de ellas con sus respectivas sacristías, dos ermitas para viviendas de ermitaños, una casa de bastante altura con corredor y dos establos para ganado, todo lo cual da a una plazuela bastante espaciosa. Por encima de la peña tiende su gayo tapiz una fértil pradera, por la cual he visto triscar blancos corderillos que con sus balidos, a veces, acompañaban los sagrados cánticos que resonaban debajo de sus pies.

La festividad de los mártires de Valdecuna no ofrece particularidades de ningún género para que me detenga a decírtelas; pero en ella, como en todas las demás, tiene mucho en qué fijar la vista cualquier viajero. Los diversos trajes, edades y aposturas de los romeros, la devoción y recogimiento que se observa dentro de la iglesia, la algazara y el bullicio que por de fuera resuena, y los numerosos linajes de solaz y diversión que por todas partes se echan de ver, concurren a formar un cuadro confuso a veces, pero siempre variado y risueño.

Lo que exclusivamente fija la atención de los forasteros es el baile nacional del país, conocido por el nombre de *danza prima*, y que, en rigor de verdad, no debía apellidarse danza, porque se reduce a grandes corros de hombres y mujeres, que, separadamente, andan alrededor con suma pausa y lentitud asidos de las manos, columpiando el cuerpo hacia atrás y adelante al son de una canción uniforme y monótona en

demasía, que suele ser un romance muy conocido en el país que comienza:

Válgame la Magdalena

Nuestra Señora me valga...

A los ojos de un observador frívolo y ligero, poca o ninguna gracia puede haber en un espectáculo tan igual y poco variado, pero un hombre reflexivo y pensador descubrirá en él, a primera vista, el sello de sencillez y de rudeza, si se quiere, que tan honradamente impreso aparece en todos los pueblos primitivos. Y a la verdad, poca diferencia pudieran hallar, en mi entender, los críticos más escrupulosos entre la danza prima y las danzas circulares que nos describe Homero, traslados ambos de Edades turbulentas y guerreras, más propias para aguijar y robustecer los ánimos caídos, que para afeminar los brazos y embotar el coraje.

En Asturias, por lo menos, fácilmente se trasluce el fondo alentador y belicoso de su danza, no sólo por el vigor de la música y alternativa respuesta de los coros, sino también porque al fin de la fiesta suelen encenderse las rivalidades de los concejos, en términos de no haber apenas función que no se acabe con palos y camorras. Sin embargo, a despecho del poco duelo con que se sacuden, suele haber pocas desgracias, porque la justicia y las personas de algún valer se ponen de por medio y restablecen el orden. Otra circunstancia hay también que notar, y que, a falta de otras pruebas, sería suficiente de lo que dejo dicho, a saber, que los hombres y las mujeres danzan siempre en corros separados, lo cual manifiesta que semejante desahogo antes era un marcial ejercicio que no mero pasatiempo y deleite. Además de la danza prima, que tengo por el rasgo más característico de este país, se baila también fandango, aunque menos generalmente.

Las demás diversiones de las romerías se reducen al tiro de barra y juego de bolos. Yo, por lo menos, en ninguna parte he visto las carreras a pie que tanto amenizan semejantes funciones en las montañas de León.

Algo me he detenido en bosquejarte tales escenas, porque son tan frescas, tan originales y sencillas, que si no te entretienen no es culpa de ellas, sino de mi tosca pluma. Procuraré concluir dándote una idea de las demás costumbres de este país y, sobre todo, de las de invierno.

Durante esta rigurosa estación, lo mismo que en el Sil, los hombres pasan el tiempo en cacerías o en alguna industria de menor cuantía, como es la fabricación de madreñas, de que surten las ferias de los países vecinos, y las mujeres pasan las noches del mismo modo que allí, hilando reunidas en la casa más holgada del lugar y entretenidas en cuentos y consejas propias de su extrema credulidad y llenas, por lo tanto, de portentos y maravillas. Dos cosas sólo te apuntaré en que creen ciegamente estas buenas gentes y con las cuales, desde luego, calcularás el sinnúmero de historias que se pueden hilvanar. Una de ellas es lo que llaman las *huestes* y la otra las *xanas*.

Es opinión muy válida entre la gente del campo, que por las noches suelen recorrer los despoblados extraña muchedumbre de luces ordenadas en simetría y misteriosa alineación, que caminan callada y lentamente y que amenazan con próxima muerte en el lugar al que se dirigen. A estas apariciones llaman *huestes*, y con lances que sobre su pretendida aparición se cuentan, se avivan en alto grado la curiosidad y el terror de los aldeanos.

La otra creación de su fantasía, aunque más limpia y risueña al parecer, no por eso les infunde menos interés y pavor. Dicen que hay una especie de lindas mujercitas de plata que salen por el agujero de las fuentes, que hacen coladas más blancas que la nieve y secan sus delicadas ropas a la luna, retirándose con ellas apenas se acerca algún importuno que les estorba en tan inocentes ocupaciones. A estas mujercitas, de un codo de estatura, misteriosas y llenas de poder en la mente de estos montañeses, señalaban con el nombre de *xanas*. La preocupación de las brujas, duendes y encantamientos no deja de ser común en España, pero estas dos creaciones fantásticas, que en ninguna parte sino en Asturias he hallado, parécenme de un origen remotísimo y que con facilidad pueden encontrarse entre las eternas noches de la Escandinavia.

Después de tantas menudencias como te llevo contadas, aún tendrás la indulgencia de oírme lo que te diga acerca de los trajes de esta provincia, que aunque varían en algunos concejos, en general se reducen a lo siguiente:

Gastan las mujeres pañuelos a la cabeza, con que se ciñen la cara y que atan por encima a la *candasina*⁹², como ellas dicen; *corros* de corales al cuello, cotilla de una tela graciosa atada por delante con un cordón de seda, almilla o jubón de paño negro suelto, saya de estameña, medias azules con bordado blanco o encarnado y zapato con hebilla. A los hombros, y por encima de todo, traen un gracioso dengue negro orlado de una cinta de terciopelo labrado, negra también.

El equipo de un hombre, más sencillo, por supuesto, se compone de montera, chaqueta y pantalón de paño pardo y de chaleco de pana negro, ni más ni menos que los que usan los honrados aguadores de Madrid, que abonan su país con su leal conducta en la capital de la monarquía.

Mucho más te dijera acerca del carácter laborioso y, a veces, emprendedor de esta gente, causa común de frecuentes emigraciones útiles en general y de lucrativo resultado, pero ya te tengo lástima y te dejo, si bien con la pesadumbre de guardar, amén de lo dicho, otras cosas de antigüedades, de artes y de poesía, que Dios querrá tal vez que salgan con el tiempo.

En resumen, yo estoy contento y satisfecho de mi viaje, así por lo bello del país, como por las muchas curiosidades que he encontrado. Sus moradores son apacibles, hospitalarios, fáciles en su trato, sencillos en sus costumbres, agudos en sus conversaciones, de ingenio presto y vivo, con sus puntas de malicioso y satírico.

Por lo demás, ¿qué quieres que te diga? En esta remota provincia he encontrado sensaciones nuevas y agradables que no esperaba por cierto, y mi antiguo mal humor me ha dado tales treguas, que no pienso que me mate Dios sin dar antes una vuelta por acá. Si dentro de poco nos vemos, como espero, te hablaré más largo; por hoy basta y aun creo que sobra.

Semanario Pintoresco Español, 2º serie, núm. 19, pp. 145-147, 12 de mayo 1839.

⁹² La 1ª edición dice “candasina”, que las posteriores corrigen equivocadamente por “candesina”. Atarse el pañuelo a la *candasina* significa a la manera de las mujeres de Candás. Bernardo y Larrea (1792) escribe sobre el pañuelo a la candasina: “Fueron las candasinas las que primero usaron el pañuelo apretadamente a la cabeza [...] Y de Carreño lo tomaron todas las demás de Asturias, llamando a semejante atavío pañuelo a la candasina...”, blog *Leyendas Asturianas* [N. del ed.].

4. Los pasiegos



La Vega, 11 de junio, de 183...

Destinado estoy, sin duda, mi querido amigo, a cebar mi curiosidad de viajero en pueblos de montañas, porque bien sabe Dios, y tú también lo sabes, que no era mi pensamiento ni por asomo verme rondando ahora por esta tierra; pero la suerte se ha empeñado, por lo visto, en hacerme el Julio César de los galos de nuestro país, y aunque ya conoces que no tengo semejantes pretensiones, le he llegado a coger miedo y no me atrevo a disgustarla.

Salí, como te decía, de Gijón con dirección a La Coruña, pero tan mala cara nos puso el mar, que después de varios percances hubimos de meternos en Santander, dándonos por muy dichosos con ello. Nuestro buque había sufrido averías de consideración, y como no salía por entonces ningún otro para La Coruña, cansado de Santander, me entró la fiebre del Judío Errante, y heme aquí en la capital del Valle de Pas.

Alguna vez me he puesto a pensar con formalidad en mi carácter, y me parece que me voy haciendo optimista a toda prisa. Si tal sucede, Dios sea bendito, que tiempo era ya; pero lo cierto es que cuando tan a

mal traer nos traía el señor Neptuno (como le llamaban antes), bien distante estaba yo de creer que en los pliegues más escondidos de estos riscos, había de encontrar tanta originalidad en las gentes y las costumbres y tan extendido campo para mi antigua manía de observador. Porque has de saber, mi querido A..., que los paseos son gente que a ti mismo pudieran sacarte de quicio, cuanto más a un hombre de mi temple.

¿Concebirías tú un pueblo esencialmente pastor y que, así por el carácter de sus costumbres como por las circunstancias de su suelo, no puede abandonarle ni aun temporalmente; concebirías tú, digo, un pueblo pastoril y al mismo tiempo aventurero, arriscado y hasta temerario? Pues esto, ni más ni menos, es lo que por aquí sucede. Figúrate, pues, cuán nueva y extraña será la fisonomía de este país, y qué de lances y episodios diversos no tendrá su vida.

La tierra es áspera y quebrada por el lado de la montaña. El país, montuoso por la parte despejada y abierta hacia esta villa y las de San Roque de Riomiera y San Pedro del Romeral; pero por todas partes dividido en frondosas graderías y bosques, sembrado de habitaciones rústicas, y poblado de ganados, sólo ofrece imágenes de vida sencilla y campestre. Y cuando más distraído te hallas en semejantes imaginaciones, una cuadrilla de contrabandistas armados de sus enormes palos con que cruzan los barrancos, ríos y despeñaderos, ni más ni menos que pudieran hacerlo los corzos, te da a entender de una manera bastante eficaz, que no todo es paz y sencillez. Llama a cualquiera de aquellas pobres puertas y verás cómo de par en par se te abren y con qué cordial voluntad te obsequian y agasajan, ofreciéndote cuanto tienen; pero suelta como al descuido alguna expresión que pueda llamarles la atención o hazles cualquiera pregunta capaz de despertar su desconfianza, y repara con cuánto cuidado miden sus palabras, cuán evasivas son sus respuestas y con qué expresión tan marcada de suspicacia y de recelo escudriñan tu porte y examinan todos tus movimientos.

Por una parte, todo el abandono de la vida de los campos; por otra, toda la vigilancia y astucia de las ciudades; el fardo de mercancías prohibidas y las armas del contrabandista junto al dornajo de leche y el

haz de heno. He aquí, en dos palabras, la vida y el carácter de los montañeses de Pas.

Figúrate, pues, si estaré entretenido y satisfecho de mi correría. Por otra parte, el país es tan pintoresco, tan variado y tan frondoso, que los puntos de vista innumerables, rústicos todos, es verdad, y sin decoraciones de ruinas ni de recuerdos, pero risueños y frescos en sumo grado, o imponentes de todas veras y sombríos, serían capaces de contentar el alma apacible de Poussin⁹³ o el carácter agreste y enérgico de Salvator Rosa.

Como la principal riqueza del país consiste en los ganados, especialmente el vacuno, los pasiegos pastores, cuidando de su beneficio y crecimiento, varían de vivienda con las estaciones, y así es que todo el país está sembrado de cabañas y casas rústicas, circunstancias que lo hacen aparecer lleno de animación y movimiento.

La vida doméstica de estas gentes es de lo más arreglado y sencillo que te puedes figurar, así en sus alimentos, reducidos a leche y maíz, como en su régimen ordinario de trabajos y distribución de tiempo. Las mujeres son muy aseadas y laboriosas y sin cesar andan comerciando con los escasos artículos de su cosecha en los mercados y pueblos circunvecinos. No es esto decir que sus funciones se limiten al hogar doméstico, porque también ellas hacen sus expediciones al contrabando y, por cierto, que no ceden en robustez, aguante y sufrimiento a los hombres más recios y determinados del país. Es una bendición de Dios, como suele decirse, verlas tan blancas, tan coloradas y tan alegres con su cuévano a cuestras por montes y hondonadas, siempre cruzando sendas desconocidas y asperísimas y riéndose en su interior de los pobres empleados militares de la hacienda, que así están a punto de dar con ellas como si jugaran a la gallina ciega. Y no sólo acontece esto aquí, donde a fuer de dueñas de la casa conocen todos sus rincones, sino también en lo más llano y abierto de Castilla y de la Mancha, donde rara vez las cogen *in fraganti*. Una cosa quiero confesarte, por más que la califiques de flaqueza, y es que si algún día me toca ser ministro, diputado o cosa que lo valga, y me nombran para alguna comisión del

⁹³ Se refiere al pintor francés Nicolás Poussin y al pintor italiano Salvator (o Salvatore) Rosa. [N. del ed.].

Código Penal, tengo de proponer una excepción a favor de las pasiegas en los delitos de contrabando, porque son agudas como el pensamiento y frescas como una flor del campo. Ya ves tú, si son pequeñas razones para mirarlas con buenos ojos.

Contarte los lances de la aventurera vida contrabandista sería cosa de nunca acabar; pero cualquiera que no sean ellos se estremece de pensar en sus marchas nocturnas por riscos inaccesibles y espesísimos bosques, cargados con un enorme fardo de mercancías y expuestos a peligros sin número. El modo de servirse de su palo es cosa de todo punto inconcebible para nosotros, porque a veces equilibrando el cuerpo sobre él y sin poner los pies en el suelo atraviesan cornisas, digámoslo así, de peñascos que parecen impracticables para los mismos gamos, y todo esto con una prontitud, sangre fría y destreza que erizan los cabellos.

Otras veces se les ve salvar los riachuelos despeñados y en ocasiones crecidos del país, afianzando la punta del palo hacia la mitad de la corriente, librando su cuerpo sobre él con poderoso impulso y cayendo en la opuesta orilla con un ángulo y un efecto enteramente igual al de una bomba.

Estas y otras diabluras enseña semejante clase de vida agitada y sin sosiego; pero yo, por mi parte, todavía no he alcanzado a explicarme cómo pueden llegar a tal grado de elasticidad y de fuerza los músculos del cuerpo humano. No hace mucho tiempo servíales, además, su enorme palo para defensa y ofensa; pero en el día todos los contrabandistas van armados de armas blancas y de fuego. Entre ellos los hay bastante desalmados y no es extraño, a la verdad, porque la vida tampoco da de sí otra cosa.

Las romerías en que estos pueblos se reúnen no dejan de ser animadas, pero sus danzas y diversiones no ofrecen rasgo alguno característico. Los hombres y las mujeres bailan juntos, pero los primeros coronan la fiesta bebiendo, emborrachándose y apaleándose sin compasión. El vino vale caro, muy caro en este país, y a los buenos de los pasiegos se les sube a la cabeza con facilidad y les da un impulso

guerrero que pasma. Una cosa vi que me llamó la atención, y es que en cuanto ven una persona forastera o del país que se les antoja rica, se dan de ojo mozos y mozas y, tomando los pañuelos por las puntas, se encaminan corriendo hacia ella a guisa de red barredera, y cogiéndole en medio, le sacan una propina para beber. A mí no me dispensaron del obsequio y aunque, sacando a relucir mis fueros de poeta, les ofrecía sonetos y quintillas en compensación de lo que me pedían, dijéronme que no entendían de latines y tuve que hablarles en romance de bolsillo.

Las costumbres del país son bastante puras y sencillas, sin que te sirva de regla el sin fin de nodrizas que hay en Madrid con el nombre de *pasiegas*, porque las verdaderamente tales son pocas y casadas, en general, y las demás son de las tierras circunvecinas, que se apellidan *pasiegas* para mayor abono de su salubridad y robustez. Por lo demás, las mujeres de aquí son una especie de Lucrecias de navaja al cinto, que no hay medio de avenirse con ellas.

Excusado será decirte que así hombres como mujeres son de una soberbia raza y que en ninguna parte se ve tanto vigor, soltura, frescura y robustez. El traje, por otra parte, no deja de ser airoso, particularmente en las mujeres. Llevan éstas pañuelo a la cabeza; pelo trenzado a lo largo de la espalda; arracadas o pendientes de plata dorada; multitud de corales al cuello; camisa con cabezón; pechero, especie de peto con que cubren el pecho además de la camisa; corpiño atado por delante; saya, medias de lana del país, chapines o escarpines y abarcas de cuero. En invierno añaden a esto una especie de manto blanquecino que llaman capa, chaqueta, *jostras* o pellicas, pieles con que abriga las piernas y defienden los chapines, y, por último, *barajones*, especie de tabla triangular sujeta a la planta del pie con correas y que les sirve para sostenerse en la nieve. ¿Qué te parece que diría Hoffmann si en una noche de invierno viera deslizarse cuatro o cinco de estas montañesas a la orilla de un derrumbadero con sus capas blancas, silenciosas y ligeras como las *fadas*? ¿No es verdad que esto tiene su poco de fantástico, particularmente a la luz de la luna y encima de las nieve?

Los hombres gastan montera, chaqueta, dos chalecos —el de arriba de pana negra con botones de plata, y el de debajo blanco, ceñidor o faja—, calzón corto o bragas, y el calzado lo mismo que las mujeres.

Supongo que no olvidarás el célebre palo una cuarta más alto que el dueño, que tantos prodigios obra, ni las *cercetas*⁹⁴ o melenas largas por detrás que no dejan de adornarlos.

No se me ocurre más que decirte acerca de las costumbres de este pueblo y me alegro en el alma, porque ya me iba poniendo de mal humor de tanto menear la pluma.

Mañana salgo para Santander y, si Dios quiere que llegue a La Coruña, desde allí te escribiré.

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 26, pp. 201-203a, 30 de junio 1839.

⁹⁴ El *Semanario Pintoresco* y otras ediciones, como la de 1961, traen *carcetas*, pero probablemente se trata de una errata, ya que no se recoge ninguna aparición de esta palabra en el CORDE. En cambio *cerceta* ya aparece con este significado de “coleta” desde el *Vocabulario Universal* de Alfonso de Palencia (1490) hasta la actualidad, ya que todavía lo recoge, aunque como anticuado, el DRAE. [N. del ed.].

5. El pastor trashumante

II. Los españoles pintados por sí mismos



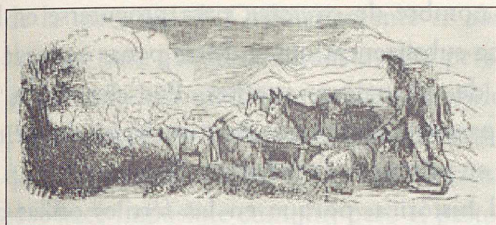
Ninguna de las cosas de España es tan interesante como la trashumancia. Esta es una costumbre que ha existido en España desde tiempos muy antiguos. Los pastores trashumantes son aquellos que llevan sus rebaños de un lugar a otro, siguiendo las estaciones del año. Esta costumbre ha sido muy importante para la economía de España, especialmente en las zonas de montaña. Los pastores trashumantes han sido siempre muy respetados y valorados en España. Su trabajo es muy duro y requiere mucha experiencia. Sin embargo, su conocimiento de la naturaleza y sus animales es invaluable. En la actualidad, la trashumancia sigue siendo una actividad importante en España, aunque ha disminuido en algunos lugares. Sin embargo, en otros lugares, como en la zona de Extremadura, sigue siendo una actividad muy activa. Los pastores trashumantes de Extremadura son muy conocidos por su habilidad para llevar sus rebaños a través de las montañas y valles de la zona. Su trabajo es muy importante para la economía de la zona y para la conservación del medio ambiente.

Entre las zonas más importantes de España la más estimada es la *trashumancia leonesa*, que toma su nombre del distrito de las montañas de León que apellidan *Páramos*. Este país, celebrado entre todos los pastores por sus pastos dehesados y cobrosos, no tiene más riqueza que sus hierbas, y, de consiguiente, todos sus habitantes son pastores. Ahora que las grandes rebaños trashumantes han venido a menos con la mejora de las lanas extranjeras y los tiempos cortos, menos sonantes que antes para los pastores, muchos de ellos se han dedicado al cultivo de la tierra, pero en la zona de las montañas, se encuentran a veces rebaños que permanecen en las montañas, y a veces se ven pastores que llevan sus rebaños a los valles.



El pastor, grabado de Ortega para *Los españoles pintados por sí mismos*. En la página anterior, grabado de G. Doré para el libro de Richard Ford, *Gathering from Spain* (1830-1833).

5. El pastor trashumante



Ninguna reliquia más venerable queda en nuestra España de la vida nómada que la trashumación periódica de los rebaños merinos. Facción es ésta que no se distingue en el semblante de ninguna nación europea con tanto vigor como aquí, y, por lo mismo, el pastor trashumante es uno de los destellos más vivos de originalidad que brotan de este suelo poético y pintoresco. Su apartamiento habitual de poblado, sus ocupaciones uniformes y sencillas, su vida trabajosa por el rigor de las estaciones que está condenado a sufrir, le convierten en un ser aparte dotado de aquella buena fe y bondad de sentimientos que desde tiempos muy antiguos se atribuye a la gente campesina y, al mismo tiempo, de aquella fuerza de acción y movible energía que caracteriza a las tribus nómadas. Hijo de las montañas de León, Segovia o Soria, trasladado desde allí a los campos abundosos y feraces de Extremadura, donde la vida pastoril y agrícola derrama el más rico caudal de sus gracias, sin más cuidados que los de su dócil rebaño, y, al mismo tiempo, robusto y vigoroso, apenas encuentra a quien parecerse, aun en la misma nación española, tan cercana a la naturaleza en muchas de sus partes.

Entre las lanas finas de España la más estimada es la llamada *babiana*, que toma su nombre del distrito de las montañas de León que apellidan Babia. Este país, celebrado entre todos los pastores por sus pastos delicados y sabrosos, no tiene más riqueza que sus hierbas, y, de consiguiente, todos sus habitantes son pastores. Ahora que las grandes cabañas trashumantes han venido a menos con la mejora de las lanas extranjeras y los tiempos corren menos bonancibles que antes para los ganaderos de merinas, se encuentran algunos babianos que permanecen

en su país o buscan su vida fuera de él por otros caminos; pero gentes no muy entradas en años recuerdan la época en que a la salida de los rebaños trashumantes sólo quedaban en sus pueblos las mujeres, los ancianos y los niños. Aun los que no componían parte de la cabaña, solían acompañarla con el nombre de *escoteros*, para procurarse en las provincias del Mediodía una subsistencia que a duras penas concede el riguroso y pobre invierno de sus nativos montes. Por esta razón, al pensar en dar una patria al pastor trashumante, hemos elegido las sierras de León, y de ellas haremos su principal y verdadero teatro.

Así lo exigiría la verdad histórica, porque en las fértiles orillas del Guadiana y en los hermosos llanos de Cáceres, a despecho de lo templado del clima y de la cordial acogida que encuentra en los habitantes, acostumbrados a esperarlo como un huésped necesario y siempre bien venido, al cabo, el pastor trashumante vive lejos de su país y en medio de un pueblo que si algo se le asemeja en sus ocupaciones, harto más se desvía de su índole y carácter especial.

Una vez levantado su chozo, y aderezadas sus camas de pieles, y preparados los utensilios de su frugal mantenimiento, su tarea está reducida a apacentar sus ovejas por el día, encerrarlas por la noche dentro de la red que alrededor de ella atan a unas estacas clavadas en tierra, hacer de cuando en cuando su ronda para guardarse de los lobos, guarecerse de la intemperie dentro de otro chozo más pequeño que se dispone para este servicio nocturno y volver con el alba a las mismas tranquilas ocupaciones. Claro está que en semejantes vigiliias, por lo duras y penosas, alternan todos los pastores de condición subalterna; los demás pasan las noches abrigados en sus chozos al amor de la lumbre, cenando sus *migas canas*, y de cuando en cuando, por extraordinario, tal cual frito o caldereta, rezando el rosario si el mayoral es viejo y devoto, y durmiendo como unos cachorros hasta que los cencerros de los mansos, los ladridos de los perros o la luz del alba los despierta.

Sin embargo, si queremos conservar la nota de historiadores verídicos, fuerza nos será confesar que por los meses de diciembre y enero semejante calma y asiento se truecan por una penosísima faena con la paridera de las ovejas, que tiene lugar por entonces. Acontece que los mansos corderillos vienen al mundo en las noches más bravas y tempestuosas del invierno, y el pastor en medio de la ventisca y

aguacero tiene que asistir a las paridas y atender a que todo vaya en orden. Acontece asimismo que las madres en años miserables desechan la cría, porque apenas la pueden alimentar, y entonces el comadrón solo a fuerza de maña y aun de fuerza puede obligarle a aceptar los deberes de la maternidad. Ordinariamente *se dobla*, es decir, se deja un solo borrego para que lo críen dos ovejas; pero para que lo admita la que no es su verdadera madre, es preciso cubrirle con la piel del hijo muerto. Figúrese el lector todas estas menudencias en una noche de invierno, en que el vendaval arranca a veces los chozos, y verá cómo semejante cargo se le hace imposible cumplir; pero el pastor que conoce a sus reses por la cara, como los demás conocemos a las personas de nuestro trato íntimo, sabe muy bien a quién corresponde el recién nacido y distingue a tiro de arcabuz la oveja que se ha quedado sin cría, para acercarle el intruso disfrazado con la piel del muerto. Todo esto, por descontado, no se hace sin un granizo de conjuros, reniegos, juramentos y maldiciones, que en medio de la oscuridad forman con los balidos del ganado y el silbido de los vientos un maravilloso coro, excelente para algún aquelarre.

Fácil es de conocer que, a pesar de la consumada ciencia pastoril, semejantes operaciones necesitan una dirección cuerda y atinada y aquí es de advertir la distribución de las cabañas, su jerarquía y subdivisiones, porque muy pronto va a llegar la importante ocasión de ver a nuestros pastores en su peregrinación anual.

En todas estas grandes ganaderías hay un *mayoral*, especie de general en jefe, a cuyo cuidado están los arriendos de las hierbas, los salarios de los pastores, el fijar las épocas de marcha y todas las demás atenciones generales. Él es quien inmediatamente, se entiende con el amo y recibe sus órdenes en derecho. Síguele el *sotamayoral*, cuyas atribuciones son también generales, aunque su grado, como el nombre lo dice, es inferior. Estos son los jefes de la cabaña, que, como pueden imaginarse nuestros lectores, se reparten luego en varios rebaños, cada uno compuesto de: *rabadán*, que es el jefe, *compañero* del rabadán, que le reemplaza en todos los casos de ausencia, *ayudante*, *persona* y *zagal*, que por sus años verdes y a guisa de aprendizaje suele sufrir la mayor parte de las cargas con mucho menos provecho. Hay, además, una especie de

hacienda militar en este inocente ejército con el nombre de *ropería* y no es sino la panadería donde se elabora el pan para pastores y perros, y consiste en un *ropero mayor* o jefe, de cuya cuenta corre la compra de los granos y la distribución del pan, y en otros mozos que dicen *roperos* a secas y son los que amasan y hacen todos los oficios mecánicos.

Aquí tienen nuestros lectores explicado el manejo y gobierno interior de las cabañas trashumantes; pero por si de ellos los hay curiosos, como suele suceder (porque desde muy antiguo viene la curiosidad como por herencia a todos los lectores) y quieren saber los salarios y beneficios de estos hombres, procuraremos satisfacerles. Obligación del amo, o para hablar con más propiedad, *principal*, es dar al mayoral la mula en que va caballero y de 200 a 300 ducados. El sotamayoral gana de 600 a 1000 reales, el rabadán de 260 a 300 reales y el compañero ayudante y persona bajan en proporción hasta llegar al zagal, cuyo sueldo ni pasa de 100 reales ni baja de 80.

Seguramente se admirarán, los que lean esto por la primera vez, de que por tan escaso dinero se preste un servicio tan duro y trabajoso, que obliga a sufrir la intemperie la mayor parte de las veces y a dos viajes en el año de más de setenta leguas cada uno. Sin embargo, lo que no va en lágrimas va en suspiros, según el dicho vulgar, y lo que el amo no da lo saca el pastor por su parte al cabo de la cuenta, porque además del sustento que recibe tiene el beneficio de *la escusa*. *Escusa* llaman al número de ovejas y aun de cabras que a cada pastor se le permite tener agregadas a las de la cabaña, sin pagar poco ni mucho por su apacentamiento y que con sus crías y rendimientos le pertenecen en propiedad absoluta⁹⁶.

Parte de la escusa suelen ser también las yeguas, que gozan de los mismos fueros e inmunidades; por todo lo cual, si nos tomamos el trabajo de agregar a la suma en dinero que recibe, la probable que estas

⁹⁶ En todas las ganaderías estantes, y en muchas de las trashumantes, la *escusa* es según la definimos; pero en otras el amo del rebaño se queda con el esquilmo y deja al pastor la cría. Esto es lo que llaman *lana por costo*. Al mayoral se le consiente de escusa 150 a 200 cabezas, 10 a 12 yeguas y algunas cabras, que suelen no estar sujetas a número fijo. La escusa del sota sólo llega a una cuarta parte, la del rabadán a 50 ó 60 cabezas, dos o tres yeguas y algunas cabras, y los demás en proporción hasta el zagal, que sólo puede tener seis u ocho ovejas, algunas cabras, y, por bondad del amo, alguna yegua.

adherencias dejan en sus manos, vendremos en conocimiento de que la condición del pastor trashumante todavía es tolerable si no mejor que la de la mayor parte de las clases del pueblo.

El arriendo de los pastos de invierno concluye el 25 de abril, día que los pastores ven amanecer con más regocijo que la mayor festividad del año, porque, como es natural, ninguna festividad puede compararse, sobre todo en las gentes sencillas, a la vuelta al país donde han nacido y tienen lo que en el mundo quieren, donde con verdadera ansia se les aguarda y con cordialísima efusión se les recibe. Si el pirata Lambro⁹⁷ sentía a la vista de su isla y del humo de su hogar una emoción de que no sabía darse cuenta, no es maravilla que nuestros montañeses, cuyas piraterías se reducen a dejar escurrirse alguna res hacia el campo del prójimo, a cortar un poco más de leña de la necesaria y hacer de manera que sus ovejas, la mayor parte de las veces, conserven salud, aun en medio de la epidemia de las del amo, y paran siempre hembras que es lo más beneficioso; no es extraño, decimos, que se de tal cual refregón de manos, avie su hato cantando, silbe y grite con más garbo a sus ovejas y perros, acuda con cara de pascua a recibir su haber y su *cundido*⁹⁸, pase en revista los reales en su bolsa de cuero y con una gallardía digna de la airosa gente de su tierra, se ponga en camino con su cayado debajo del brazo, su manta al hombro, su sombrero calañés encasquetado y sus abarcas de cuero.

Cruzan el Tajo la mayor parte de las cabañas por Almaraz o por Alconeta, pero como en ninguno de los dos puntos hay puente servible y las barcas, sobre pequeñas para tal multitud de cabezas, serían tardas y costosas, suelen fabricar un puente de barcas que apellidan en Extremadura la *luria* y proporciona paso a los ganados. El tal paso, sin embargo, siempre es difícil, porque si una oveja llega a saltar al agua, por pronto que se acuda, siempre la sigue una gran porción y por eso se necesita gran cuidado y diligencia. Verdad es que algunas veces la res,

⁹⁷ Byron, *Don Juan*, Canto III.

⁹⁸ *Cundido* o *cundio* llaman los pastores a la grasa, sal y pimienta que les dan para aderezar sus comidas.

que el amo o mayoral se figura en el fondo del río, aparece en el fondo de la caldereta; pero éstas son pequeñas travesuras del oficio y, además, es de creer que muy insubordinada debe de haber estado la culpable durante la paridera, cuando tal castigo ha merecido.

Hay varias *cañadas* o *cordeles* señalados para los rebaños trashumantes y que no son más que otros tantos caminos destinados exclusivamente a este objeto. Cualquiera de ellos ofrece por los meses de abril y mayo escenas muy animadas y movimiento continuo. Una nube de polvo y el son de los cencerros, que desde muy lejos comienza a oírse, anuncian la llegada de las merinas y a poco rato suele presentarse el rabadán de los *moruecos* o carneros padres al frente de su rebaño, rodeado de sus mansos, que con el cebo del pan que de sus manos reciben apenas se apartan de él; y en seguida desfila todo el rebaño con dos pastores a retaguardia acompañados de los perros. Pasan después, y siempre con el mismo orden, los rebaños de ovejas y, por último, las yeguas *fateras* o *hateras*, llamadas así por llevar los hatos y los utensilios de cocina, con sus potros que corretean a la orilla del camino, algún pastorcillo demasiado tierno para la fatiga del viaje sentado entre la carga y alguna res, por haberse desgraciado en la marcha, colgada. Aquellos hombres que con todos sus medios y riquezas se trasladan de una provincia a otra, recuerdan involuntariamente la vida de los patriarcas o las tribus errantes que vagan de oasis en oasis en busca de pasto y de frescura.

Las paradas que por el camino se hacen sirven a un tiempo para descansar y comer, y es de ver la prontitud con que aderezan sus rústicos platos, que de viaje suelen consistir en sopas por la mañana y migas canas por la noche. Durante él, además, suele pasarse una ración de vino, con la cual se sobrellevan sus fatigas con algo más de conformidad. Aunque no pocas cabañas hacen el esquileo en Extremadura, otras varias ejecutan en el camino esta importante operación, en que, si los pastores no toman más parte que la de apartar las reses y presentarlas atadas al maleante esquilador, no por eso deja de alcanzarles una y no pequeña en las alegres y bulliciosas escenas que suelen acompañar a esta tarea. Con semejantes estímulos y, sobre todo, con el poderoso de llegar pronto a sus queridas montañas, se atraviesan con buen ánimo las áridas llanuras

de la Mancha —donde ya sabe todo pastor que tiene que comprar las cintas de estambre fino para agasajar a su mujer, novia, hija o hermana, so pena de pasar por un ruin sujeto—, y los no menos desabridos páramos de Campos. Aquí sufre otra sangría la bolsa del montañés, pues la compra de los pañuelos, las agujas y corderos o, como dicen las babianas, *gordones*, para atacar los justillos, es tan de ley al pasar por Rioseco de Medina, como la de las ligas en la Mancha. En Rueda, además, suelen proveerse de una gran bota que, como más adelante veremos, no deja de hacer importante papel. Lástima es, por cierto, que las ovejas se desmanden de cuando en cuando y los guardas del campo anden tan listos en advertirle su mala crianza y tirar de los cordones de su bolsa, que a no ser por esto, pocos malos ratos aguarían el contento de la peregrinación.

Por fin, después de cuarenta y cinco días gastados en esquila y caminar, cruza la cabaña los frescos contornos de León y, a muy poco, henos a nuestro pastor enfrente del campanario de su lugar. La Babia es un país triste y riguroso por invierno, porque ocupa la mesa de las montañas y las nieves y ventarrones duran allí mucho tiempo; pero a la época en que llegan los pastores, la escena ha cambiado enteramente, pues aunque la desnudez de sus colinas siempre lo entristece un poco, las praderas que verdelean por sus llanuras, sus abundantes aguas, la alineación casi simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza y los vapores que de sus húmedos campos levanta el sol del verano, le dan un aspecto suave y vago, semejante al que distingue algunos paisajes del Norte⁹⁹. Estos atractivos son reales y verdaderos, pero, aunque de ellos careciese, el pastor siempre la amaría, porque la patria nunca deja de ser hermosa.

El mayoral, que por su oficio está obligado a adelantarse, sale al encuentro de la cabaña para señalarle los puertos arrendados¹⁰⁰ y después de repartido el ganado y fabricado el chozo (si ya no vuelven a los mismos pastos), cada pastor tiene licencia por turno para pasar un par de días en su casa. Estos cuadros de interior son tan fáciles de

⁹⁹ El párrafo “La Babia es un país triste y riguroso (...) paisajes del Norte” está tomado por el propio Gil de su artículo *Los montañeses de León* (1837): [N. del ed.].

¹⁰⁰ Puertos llaman en Babia a las cumbres y laderas donde se apacienta el ganado.

comprender como difíciles de pintar; por eso y por ahorrar paciencia a nuestros lectores, nos contentaremos con decir que después de los abrazos, apretones, preguntas y respuestas de costumbre, el marido sale en seguida a hacer la visita de ordenanza al señor cura, y la mujer a convidar a los parientes, deudos y amigos a *la bota del pastor*.

Esta bota es la misma que vimos llenar no hace mucho en Rueda de exquisito vino rancio y que, en compañía de buenas magras, ricos chorizos y excelentes morcillas, procedentes de Extremadura, sirve para una cena opípara, en que, a fuerza de festejar la llegada del amo de casa y brindar por su bienvenida, suelen salir los convidados viendo más estrellas de las que hay en el firmamento. Esto sucede con los pastores padres de familia que, pasados estos días de júbilo y ensanche, vuelven a su vida ordinaria, como vuelven a su cauce los ríos salidos de madre.

Por lo que hace a los mozos o solteros, esto, según suele decirse, ya es harina de otro costal; porque si no tienen festines y banquetes, para eso están las romerías que por entonces menudean y los galanteos y escapadas nocturnas, de resultas de las cuales la yegua del padre o del rabadán no suele engordar por mucho que pазca. Porque es de saber que no hay pastor que no se enamore, si no a la manera lamentable y quejumbrosa de los Salicios y Nemorosos, por lo menos para tener una mujer con quien vivir pacíficamente y criar hijos para el cielo, según dice el Catecismo. En suma, para solteros y casados la época de paz, de diversión y de holganza, es la del fresco verano de aquellas sierras, porque, como los lobos no andan tan hambrientos, se puede aflojar algo en la solicitud de la guarda del rebaño y, por otro lado, cualquiera desavenencia que a propósito de pastos pueda suscitarse, fácil y amigablemente se compone entre gentes unidas por un origen común y ligadas en gran parte por lazos de amistad y parentesco.

Pero, al cabo, estos días buenos se acaban pronto, porque, como dice un poeta contemporáneo¹⁰¹:

Los tristes y los alegres
al mismo paso caminan,

y con las primeras nubes del otoño comienzan a moverse los pastores para volver a sus invernaderos. La reunión del ganado y los preparativos

¹⁰¹ Duque de Rivas, *La buenaventura*, en *Romances históricos*, 1841. [N. del ed.].

de marcha se hacen con la misma actividad y concierto, pero con harto menos alegría de la que presencian en ocasión análoga los campos de Guadiana. La noche antes de la marcha es forzoso hacer a los viajeros el obsequio del *gueiso* (queso) para el camino, que consiste en juntarse en su casa las mozas y los mozos solteros y bailar en guisa de despedida las sueltas y graciosas danzas del país, en recompensa de lo cual reciben las montañesas las *abuchas* (agujas), que vimos comprar en Rioseco.

Por rara que parezca esta ceremonia y por mal que se avenga en la apariencia con ánimos realmente apesadumbrados, no por eso deja de observarse religiosamente. Para el siguiente día ya está dispuesta la fiamblera del pastor, que consiste en una gran provisión de cecina y jamón, cosa en que tienen tanto puntillo las babianas, que muchas de ellas consienten en pasar no pocas privaciones en el invierno, a trueque de que sus maridos lleven la correspondiente merienda. Por fin amanece y los pastores se ponen en camino, acompañados de sus mujeres, que por una de aquellas extrañas contradicciones del pobre corazón humano, van ahora a despedirlos hasta una legua de distancia, cuando para recibirlos apenas salen de las cercas del pueblo; y lloran y se afligen, sin medida ni proporción con la alegría que a su vista recibieron. Por fin, los últimos adioses, abrazos y encargos de mirar por la salud, se truecan entre muchos ahogos y suspiros. Las mujeres se vuelven hechas unas Magdalenas y los hombres, un poco más durillos de condición, aunque al cabo del mismo barro, después de un poco de camino andado a las calladas, comienzan por fin a entablar cualquier conversación y llegan últimamente a entrar en aquel bienaventurado temple de espíritu que tan poco desgasta el cuerpo y tantas primaveras le deja ver. Sin embargo, este viaje es la mayor de las fatigas de la vida trashumante, porque siempre sobrevienen lluvias y mal tiempo; a veces salen de madre los arroyos y el ganado, espantado y temeroso, llega a ser más difícil de manejar. Así y todo, alguna pequeña regalía disfrutaban en Castilla con los amos de la tierras en que echan la noche con sus rebaños y que, por el beneficio que les reporta, suelen darles buena cena.

Una vez en Extremadura, tienen andado ya todo su círculo y de nuevo pueden dedicarse a sus ocupaciones un poco más sosegados y

aumentar el caudal de conocimientos que poseen acerca de las enfermedades del ganado, de la calidad de las hierbas y de la prosperidad del ramo de riqueza que manejan. En esto son tan diestros y experimentados, que cualquiera de ellos entretiene a una persona instruida hablándole de la fisonomía de las reses, que a sus ojos no es menos distinta que las de las personas, como vimos en la pradera, de la influencia que la atmósfera ejerce en la cría y en la calidad de la lana y de todo lo que atañe a su oficio. No menos notables son bajo su aspecto moral, tanto por la buena hermandad que entre sí guardan, cuanto por la subordinación y obediencia que observan con sus superiores y la regularidad y economía con que, salvo algún pecadillo venial, administran por su parte los intereses del amo. Este, por la suya, suele desempeñar más de una vez con ellos los oficios de padre, y las relaciones que entre ambos median están basadas en el respeto y benevolencia mutua. Finalmente, el pastor trashumante, por su conformación física, por su vestido, por sus costumbres, por sus modales, es un tipo de los más antiguos que puede ofrecer la Península y aun quizá la Europa, porque su vida y ocupaciones se ligan con las primeras edades del mundo.

Y, sin embargo, no es imposible que nuestros nietos vean extinguirse esta reliquia de las edades pasadas, porque, si se ha de continuar en las herencias el sistema de subdivisión indefinida que en el día rige, a cada paso se diseminarán las cabañas, y ni aun pastos acomodados se encontrarán entre caudales¹⁰², que por un orden natural llegarán a desmigajarse completamente. No sabemos hasta qué punto traigan utilidad a la causa del país semejantes doctrinas, que por nuestra parte nunca miraremos como sociales, cuando en último resultado las vemos tender al individualismo y al aislamiento; pero, de todas maneras, nos alegramos de haber bosquejado (dado que nombre de bosquejo merezcan estos borrones), una figura que, si a toda España pertenece, con más derecho reclama por suya el país donde nacimos.

Los españoles pintados por sí mismos, tomo I, pp. 439-446, 1843

¹⁰² *Caudales* equivale aquí a *bienes relictos* que son “los que dejó alguien o quedaron de él a su fallecimiento” (DRAE) y quiere decir que ni siquiera se heredarán grandes o acomodados pastos. [N. del ed.].

6. El segador



Los que hablan de la despoblación de España y se lamentan de los muchos páramos y eriales robados a la benéfica mano de la agricultura, seguramente no han visitado, ni aun de paso, el antiguo reino de Galicia. Tan fértiles son las entrañas de esta tierra, tan fecundas sus hembras y tan parca y llevadera la vida, que los gallegos parece que nacen como el heno de los prados, o como las hojas de los árboles, según el número de habitantes que bullen y se agitan en las playas del Océano, orillas de sus rías deliciosas, y en las cumbres y valles de sus frescos y empinados montes. Una familia que en cualquier otra parte abrumaría cualquier casa medianamente acomodada, no pasa en Galicia de una cosa ordinaria y corriente, y son muchos, muchísimos, los hogares a cuyo alrededor se sientan con sus padres diez o doce robustos renuevos a comer la *conca* de caldo o leche *mazada* en las noches de invierno. Añádase a esto que las poblaciones se tocan unas a otras, y fácil será venir en conocimiento de que sin las frecuentes sangrías que sufre el

país, con sólo media docena de años que la gente se estancase, no cabrían de pie, como suele decirse.

Afortunadamente, Galicia provee al resto de España de gente que si no desempeña altos cargos en la república, no por eso deja de ser útil y aun necesaria en todo el mundo. De allí salen la mayor parte de los mozos de cordel que sostienen las esquinas de la capital, cuando no van con algún tercio sobre sus anchos y fornidos lomos; de allí, gran parte de los criados de almacén que se emplean en los comercios; de allí, porción no pequeña de tahoneros y gente de otros oficios que exigen asiduidad en el trabajo y fortaleza de fibra; y de allí, finalmente, una nube de trajineros y un enjambre de segadores en cuanto los extendidos campos de Castilla, Extremadura y la Mancha comienzan a coronarse con los dorados dones del verano.

En el gallego está vinculado, desde tiempo inmemorial, el trabajo de despojar a Castilla de sus mieses y enviarlas a la faena de la era, y como con cada cosecha vuelve irremediabilmente la misma tarea, esto es causa de que entre los diversos alivios y desahogos que proporciona la emigración a aquella tierra, ninguno sea tan perenne y al mismo tiempo más corto que el de la siega.

Por abril y mayo sale el segador de su casa y en agosto y septiembre da la vuelta, al paso que los demás gallegos que a otras preocupaciones se dedican, suelen salir por tiempo indeterminado y sólo vuelven a su país con su capital hecho. Sin embargo, la siega es el beneficio tal vez más positivo, aunque modesto, que semejante sistema acarrea a aquella comarca, porque son muchos los que de él participan y disfrutan. Con los tres meses que pasan viviendo sobre país ajeno y lo poco que a costa de su ímprobo trabajo se granjean, descargan su casa del peso de su mantenimiento y a la vuelta compran algunos artículos de vestir con que se cubren la mayor parte de sus necesidades.

Con el mes de mayo, según dejamos dicho, empieza el movimiento y los preparativos del viaje, si preparativos pueden llamarse los que caben en un saco y vienen a costas de su dueño para volver del mismo modo. Una hogaza de pan de centeno con algunos torreznos por entrañas, alguna camisa de estopilla y acaso tal cual otra prenda de vestuario dentro del consabido zurrón de lienzo, y por fuera un mal sombrero portugués, chaqueta, pantalón y chaleco de la misma tela que la camisa

y unos zuecos o zapatos con suela de madera componen el atavío de un gallego que va a la siega.

Sin embargo, si el piadoso lector quiere darle la última pincelada, debe añadirle el garrote de que suspende su tasado equipaje, la hoz, símbolo de su oficio, y, más que todo, un aire desmazalado y flojo, con unas facciones en que no se sabe si es la humildad o la malicia la que predomina, y unos miembros en que, bajo cierta languidez aparente, se esconden fuerza y vigor no pequeños.

Con todo, segadores hay que, un poco acomodados, suelen ayudarse en este viaje, ya por sí solos, ya entrando a la parte con sus compañeros, de algún objeto de comercio como son: lienzos, jamones o pescado seco, lo cual suele ir en alguna *haca galiciiana*, descendiente por línea recta de las que por demasías de Rocinante dieron tal motivo de pesadumbre al Caballero de la Triste Figura; y que a su vez es también artículo de especulación. Los gallegos que van a Extremadura suelen introducirse en Portugal; y los que se encaminan a las dos Castillas echan en derechura por el Bierzo. De éstos, los que por primera vez hacen el viaje, muchachuelos aún por lo común, se ven obligados por sus compañeros a echar una piedra más en el montón inmenso que tiene la Cruz de Fierro, punto culminante de la cordillera de Foncebadón y desde el cual a un tiempo se distinguen las peladas y espaciosas llanuras de Castilla por delante y los frescos valles y frondosas laderas del Bierzo que quedan a la espalda. Semejante uso que sin duda viene de los peregrinos que en los siglos medios iban a visitar el sepulcro del Apóstol Santiago por el camino francés, se tiene por de buen agüero para el viaje.

No hay por qué nos detengamos a contar los incidentes de éste, porque no lo merecen, y démonos prisa por llegar con nuestras pobres gentes a los sitios donde tienen que meter su hoz en mies ajena, aunque no contra la voluntad de su dueño. Su primer cuidado es vender, si ya por el camino no lo han hecho, lo que para vender traían desde su tierra, y luego, con todo desembarazo y buen ánimo, entran de lleno en su penosa faena. En aquellas inmensas llanuras, donde no hay un árbol a cuya sombra refugiarse, ni un hilo de agua con que mojar los labios, es

insoponible el calor en mitad del día; pero el segador, atento a dar pronto remate a su trabajo si ha ajustado por alto, y aguijoneado por el amo si siega a jornal, hace poco caso de los rayos del sol y, mientras con su hoz va abatiendo las mieses, otro inferior en clase y salario, así como también en años, las va recogiendo en gavillas para cargarlas en los carros y del campo llevarlas a la era.

Hay en El Escorial, en la habitación dicha de “las amas de cría”, un tapiz cuyo cartón se atribuye a Goya, y que representa una francachela de segadores gallegos que han dado ya fin a su trabajo. A la derecha, uno de ellos, que por la estólida alegría de su semblante, ropa descompuesta y calzones medio caídos descubre el estado de su cabeza, tiene en la mano una escudilla que un compañero está llenando de vino en medio de la risa de todos. Hacia el medio, una mujer de agraciado aspecto está dando la papilla a un niño que la mira con un gesto lloroso, difícil y regañón. A la izquierda, un viejo duerme la siesta en una pila de gavillas y unas yeguas trabadas andan espigando por el suelo, mientras por el fondo se extiende un campo segado, llano y monótono.



Este tapiz, que como todos los de aquel eminente pintor descuellan por la chispa, verdad y excelente composición, es, exceptuando la mujer y el niño, una viva copia de la escena que ofrecen los segadores por conclusión de sus fatigas, siempre que por su buena dicha dan con un amo amigo de ver correr esta fuente de alegría sólo con dejar correr por su parte durante unos minutos la espita de una cuba. Esta es condición precisa, pues si le ha de costar el dinero, el segador sabrá abstenerse con sin igual fortaleza y ser parco como los mismos padres del yermo.

Por fin, tras de mucho afanar y mucho calor y sed y cansancio, saca el segador de su faena sus pantalones y chaqueta algo menos blanco, su cutis algo más tostado, su bolsillo algo más cargado, y, como es de presumir, el ánimo algo más cuidadoso con el amor de aquellos maravedíes a tanta costa granjeados, y a los cuales tantas asechanzas aguardan hasta llegar en especie o en equivalencia a su patria de adopción. Porque, en efecto, con su riqueza empiezan en el ánimo del pobre gallego dos mil afanes y congojas, y toda precaución le parece poca para conducirla a puerto de salvación. Le hemos visto llegar a Castilla dos a dos y tres a tres, como gente a quien su pobreza sirve de escudo, porque todo lo que entonces pudiera arrebatárseles de entre las manos, suele ser cosa de bulto y de poco valor además para tentar la codicia de los encargados de restablecer el equilibrio de las fortunas, como dice Schiller, o de los caballeros de Diana, según los apellida Shakespeare; pero a la vuelta, los aficionados a ver la cara del rey tienen ocasión de satisfacer sus inclinaciones, y esto cabalmente es lo que desea impedir el segador, muy aficionado también por su parte a la numismática. De aquí el juntarse cuadrillas numerosas que muy a menudo suelen elegir por capataz una persona de experiencia muy ducha en la vida de los caminos; de aquí reducir siempre a oro o plata por lo menos su corto caudal; de aquí el desmigajarlo en seguida y repartirlo, ya en el mugriento sombrero, ya en los zapatos de tres puentes, ya sirviendo de hormilla a los botones, ya entre el tamo de las esquinas del chaleco; y de aquí, finalmente, cuantas tretas, astucias y marrullerías pudieran ocurrirse al más hábil forjador de novelas.

Por fin, atados los cabos todos con tanta prolijidad, pónese en camino la cuadrilla y entonces es cuando el drama que se acerca a su desenlace llega a cobrar más interés. La tierra mala para nuestros hombres es, como pueden suponer nuestros lectores, la que media entre su punto de partida y las cordilleras de Foncebadón, es decir, los llanos extendidos de Castilla; en ellos, en efecto, a favor de lo abierto del terreno, pueden descubrir desde lejos un par de ladrones montados a la desarmada y tímida cuadrilla y desvalijarla impunemente.

Al gallego no le ha cabido en suerte aquel valor presto y determinado que distingue a la mayor parte de las provincias de España, y, por otro lado, la humildad de los oficios que fuera de su país desempeñan y la

condición dependiente en que por lo general viven, no contribuyen a desatar este doble germen; pero la poca resolución que generalmente le caracteriza, desmaya enteramente en tierra extraña. Así pues, todo su afán es salvar los puertos, verse por lo menos en las orillas del Sil y del Burbia, vecinas ya de su patria. Con tan poderosos estímulos, figúrese cualquiera si el segador llevará alas en los pies.

Las marchas son, con efecto, forzadas de todas veras, y llegan a hacer una diligencia increíble. Este pavor y ansiedad continua producen a veces resultados repugnantes, pues ha sucedido que al cruzar un río han dejado ahogar a un compañero, de miedo de llegar tarde a su socorro y verse envueltos en procedimientos judiciales, y todos los días se observa que el que enferma por el camino queda abandonado a la caridad ajena. El único obsequio que le hacen sus camaradas es recogerle el dinero para entregarlo a su familia.

Lo peor del caso es que no por mucho madrugar amanece más temprano, y como los ladrones tienen todo el tiempo por suyo, pueden apostarse donde mejor les convenga o seguir la pista al pobre segador, hasta llegar al paraje más conveniente para aliviarle de su peso. Fácil es de imaginar el llanto, plegarias y gemidos que acompañan a semejantes lances, así como el poco provecho de que sirven los escondites y trazas ingeniosas de que se ha servido el pobre segador para guardar sus amados maravedises de aquellos ojos de lince y de aquellas manos tan ágiles y ejercitadas en buscarlos; pero lo que no es fácil de comprender es cómo veinte o treinta hombres se dejan robar de dos, aunque viniesen armados de punta en blanco como los caballeros de la Mesa Redonda.

No hace mucho tiempo que una de estas desdichadas cuadrillas entraba en un lugar mustia, desemblantada y cadavérica. Averiguado el caso resultó que dos solos ladrones eran los autores de la fechoría.

—Pero, hombres —les dijo un vecino—, ¿de dos pícaros nada más os habéis dejado maltratar?

—Ya vei, señor —respondieron ellos—, como veniamus solus, nus encogimus.

Por este hilo pueden sacar nuestros lectores el ovillo de la energía moral de estas pobres gentes, a quien nadie que no esté dejado de la mano de Dios es capaz de quitar el valor de un alfiler. Así es que este robo se tiene por de calidad más vil y ruin que todos los demás, y de

Chafandín¹⁰³, que era en su tiempo el Robin Hood, o Diego Corrientes de Castilla, nunca se contó semejante cosa.



Afortunadamente, no siempre acontecen tales desventuras, y lo más común y ordinario es llegar nuestros segadores sanos y salvos, bien molidos y malandantes al puerto de Foncebadón. En cuanto pasan de La Bañeza, las cuadrillas, hasta allí unidas y compactas, comienzan a aflojarse y esparcirse, y los más cansados a rezagarse, de manera que el camino viene a ser una cuerda de gallegos. A la bajada del puerto y a la cabecera de la fresca encañada de Molina, hay un santuario de Nuestra Señora de las Angustias, donde en agradecimiento del buen viaje solían dejar los segadores sus hoces y nosotros hemos visto infinidad de ellas amontonadas en el centro de la iglesia como muestra de su devoción. En el día ya son pocos los que cuelgan allí sus armas.

Aunque ahora encuentra ya el segador por el camino bastantes mercados en que dejar el fruto de su trabajo, sin embargo, por más vecina de su país y posesionada de más antiguo, suele ser la villa de Ponferrada el paradero de sus capitales.

El mes de agosto es el más animado del año por el sinfín de gallegos que por allí cruzan y por la actividad del comercio, verdaderamente

¹⁰³ Famoso bandolero del siglo XVIII, que sembró el terror en Cantalpino y por tierras de Salamanca y Zamora, fue matado por su propia cuadrilla en 1801. Ilustración de Esquivel, *Bandoleros*, h. 1830 [N. del ed.].

notable para un pueblo de tan poca importancia y apartado de camino real. Los soportales de la plaza se llenan de bancos y mostradores portátiles y altas perchas con clavos donde flotan infinidad de pañuelos de algodón y se extienden bayetas de diferentes colores, junto con buen repuesto de sombreros portugueses o del reino, que son los artículos más del gusto del segador. En la mayor parte de Galicia gastan las mujeres dengues encarnados de bayeta y pañuelo de color a la cabeza, y de aquí dimana el gran consumo de estos géneros. De la bayeta de Manchester hay quien llega a la media grana y del algodón pasa a la seda, pero tan galán proceder raya en prodigalidad y encuentra, por consiguiente, pocos imitadores entre esta económica gente.

El general más prudente y previsor no reconoce con más escrupulosidad el campo en que va a dar la batalla que el segador la tienda que ha de ser sepulcro de sus ochavos. Por fin, después de muchas idas y venidas, después de mucho mirar y remirar el género y cotejarlo en su imaginación con el del comercio vecino, se resuelve a dar el salto mortal y entra en ajuste. Del comerciante puede decirse con verdad que si buen dinero gana, buena paciencia le cuesta, porque contar todas las tretas, ardidés y regateos de que se vale nuestro comprador para sacar su mercancía un cuarto y aun un ochavo más barata, sería cosa de nunca acabar. Por último, al cabo de infinitos dares y tomares se cierra el trato, y entonces es ver salir del forro del sombrero algún escudito de oro de veinte reales, unas cuantas pesetas de a cinco envueltas en trapito que dejan un rincón de la chaqueta, y alguna otra moneda prisionera con igual traza y estilo, y de las cuales, aunque bien empleadas, no dejan de despedirse con pesadumbre.

Después de tan importante operación, temple el paso el segador y hace con descanso el resto de su viaje. Si ha comprado sombrero, con el nuevo por encima del viejo, y con el resto de su mercado a la espalda dentro de su saco blanco.

El desenlace de este drama es siempre tranquilo y sosegado como la vida doméstica en que van a perderse hasta otro año todas estas penalidades y zozobras, a la manera que un riachuelo turbulento se pierde en un lago apacible. Para muchos de los gallegos solteros este término suele ser el de nuestras comedias antiguas, es decir, una boda cuyas galas se compran con el dinero de la siega, y que con el tiempo



viene a dar por fruto abundante número de otros nuevos segadores. Y supuesto que el que no tiene ya compañía se la busca por este camino, nuestros lectores no tomarán a mal privemos, o por mejor decir, libremos a nuestro héroe de la que hasta ahora con tanta puntualidad le hemos hecho en todas sus alegrías y sinsabores, deseándole en todo caso buena siega para el año que viene y pote colmado hasta entonces.

Los españoles pintados por sí mismos, tomo II, pp. 75-80, 1843.





7. El maragato



¿Hay alguien entre nuestros curiosos lectores que haya viajado de Madrid a Galicia o de Galicia a Madrid, antes o después de haberse puesto las diligencias, y tenga además fortuna bastante moderada para no atreverse con un coche de colleras?... Nada tiene la pregunta de deseo de averiguar vidas ajenas, antes es una prudente advertencia que ahorrará al tal la lectura, probablemente no muy amena, de este artículo. Porque en verdad, si la letra con sangre entra, según el benigno axioma de los antiguos maestros de primeras letras y latinidad, de presumir es que tan de memoria se haya aprendido el Maragato que ni se le olvide a dos tirones, ni encuentre cosa nueva en los borrones de estas líneas.

El Maragato representa el movimiento y comunicación del rincón más occidental de la monarquía con la capital, desde una época difícil de gozar, y hasta cierto punto debemos dar gracias a la Providencia por la creación de este tipo, pues de otra suerte ambos miembros de España estarían desunidos, no bastando a ligarlos las galeras que andan este largo camino. Decímoslo porque de las dos veces que se han establecido diligencias desde Madrid a La Coruña, ninguna ha podido continuar, ni continuará probablemente mientras el numeroso pueblo gallego no prescinda del apego a los hábitos de sus mayores, y sobre todo a los maravedises y reales de plata, que de todas las tradiciones y costumbres heredadas es la que más hondas raíces tiene.

Y he aquí por qué decimos que el Maragato, tan bien avenido por la equidad de sus portes con estas inclinaciones altamente conservadoras, y que por lo fijo de sus idas y venidas pudiera comparar algún poeta a la

péndola del reloj de los tiempos, viene a ser un verdadero regalo de la Providencia.

Los Maragatos todos a su llegada a Madrid paran en los mesones de la calle de Segovia, que sin género alguno de lisonja pueden calificarse de los más sucios, incómodos y fatales, no ya de la corte sino aun del resto de la Península. ¿Por qué así? A vuelta de algunos cicateros y avaros como el mismo Arpagón¹⁰⁴, hay otros que no adolecen de tan ruines manías, e manera que a no mediar la corriente irresistible de la costumbre, no sabríamos cómo explicar un suceso que en los pocos días que nuestros hombres residen en la capital les obliga a pasarlo peor que el más miserable jornalero.

Como quiera, y sin pararnos en estos que en la vida habitual del Maragato pueden, con razón, llamarse pelillos, vamos al caso en que una persona se ve obligada a ir a Galicia. Si el tal es hombre de aquellos que sienten en el bolsillo la especie de peso que tanto contribuye a aligerar el espíritu y quiere comprar alguna mayor comodidad relativa en su viaje, no tiene más que enviar un recado a los susodichos mesones de la calle de Segovia, seguro de que no tardará en presentársele alguno de los Carros, Crespos, Francos, Alonsos, Rotas, etc., en que se divide y clasifica toda la Maragatería. No menos seguro puede estar de que le cederá el cebadero o mulo en que monta, aderezado como Dios manda; es decir, con freno, estribos y albarda estrecha, cubierta con su manta de estambre azul rayada de blanco, y que, por amor suyo o de sus monedas (que al cabo lo mismo viene a ser impuesta la estrecha relación del sujeto y sus haberes), alargará las jornadas, alargará el paso, alargará el descanso y alargará por fin las comidas. Este linaje de viajeros puede llamarse bien molido, porque de esta prueba nadie se libra; pero no mal andante, y así sólo a medias merece nuestra compasión.

Mas ¡ay del cuitado que con la bolsa floja, el equipaje tasado, y sin tío canónico en Santiago o pariente comerciante en La Coruña tiene que llegar sin embargo a cualquiera de estos puntos! Para éste no hay ni cebadero, ni albarda estrecha, ni estribos, ni freno, y mucho menos

¹⁰⁴ El famoso *Avaro* de Moliere. [N. del ed.].

largueza en las marchas, comidas y descansos. El día de la salida se baja a buena hora por la calle de Segovia; allí acomodan su avío, se sube sobre una viga de las que sirven de asiento en el portal; desde allá sobre un mulo de los de la recua que por todo paso sabe el de la madre; acomódase en una albarda que más tiene de mesa de billar que de otra cosa; pónenle en la mano un ronزال capaz de desollar la de una mona, y sin más mullido que una manta no muy honrada, y esparrancado como el mismo coloso de Rodas, emprende su caminata de cien leguas, volviendo sin duda los ojos a Madrid, tal vez para decirle, si es algún pretendiente desengañado: «Ahí te quedas, mundo amargo».

Sabido es que el Maragato por nada del mundo sale de su paso, así se desate el cielo en las lluvias, nieves y vendavales del invierno, como desuelle el rabioso calor de julio y agosto la cara y manos de los transeúntes. A ratos a pie, a ratos sentado entre algún tercio, dormitando unas veces, cantando otras, atendiendo las menos a la distracción y entretenimiento del viajero, y empuñando no pocas la bota, atraviesa a paso de tortuga las extensas, tristísimas y peladas llanuras de Castilla, desposeídas igualmente de la grandeza del desierto y de las gracias de un país habitado y ameno, y por añadidura arrecidas en invierno y abrasadas en verano.

A vueltas de semejantes delicias, a vueltas de los tropezones y resabios de la mal regida bestia, y del molimiento sumo del desdichado viajero, sucede llegar a posadas donde sopas y huevos es el único regalo con que puede acallar su hambre, o cuando más algún pollo o gallina que, a semejanza del cisne, canta para morir; con la diferencia que el uno se duerme en las aguas de un lago, y la otra va a parar casi revoloteando a la cazuela para más ejercitar las mandíbulas del viandante.

Por fin, después de mucho andar y más penar, llega el desdichado a las frescas orillas del Órbigo, panorama verde y frondoso que cierra con sus prados y espesas arboledas los yermos campos de Castilla.

Ya muy cerca, a cuatro o cinco leguas cuando más, está la casa del Maragato, donde el pobre caminante sueña la gran ciudad de Jauja en que se atan los perros con longaniza, y se figura que va a representar el papel de Sancho en las bodas de Camacho el Rico. ¡Desgraciado de él, y cómo se ha de acordar de las ollas de Egipto que deja por Castilla! Porque es de saber que en la Maragatería, por punto general, la

abundancia trae a la zaga suciedad y el desaliño, y le sirve de tremendo contrapeso.

Aunque el viajero haya cruzado a paso de recua toda Castilla, sin embargo, al divisar el Maragato el campanario de su pueblo, se adelanta con su fardo viviente, pues es costumbre aguardar en casa la llegada de sus mulos compañeros de sus fatigas, sino de sus glorias. Nunca faltan chiquillos en el egido del lugar, ya propios, ya ajenos, que salgan a recibir al Maragato y aun le escolten hasta sus umbrales, a donde suele llegar en medio de semejante cortejo, repartiendo saludos a derecha e izquierda para responder con su gravedad ordinaria a los de los vecinos y vecinas que se asoman a sus puertas a darle la bienvenida. Apéase al cabo en su casa, donde su mujer sale a recibirle con más respeto que efusión, dándole el extraño tratamiento de *vos*, recogiendo en seguida las alforjas, capa y escopeta, y saludando apenas al viajero, que al ver aquella mujer vestida de tan extraña manera y con tan raras palabras y modales, duda si por ensalmo se ve en otra tierra distinta de España. Su admiración, sin embargo, sube de punto si por dicha ocurre en casa de su conductor alguna boda, ceremonia a que por fuerza tendría que pararse y asistir, aunque llevase el perdón de su mismo padre y estuviese para cumplir el plazo de su sentencia; porque pensar que el Maragato ha de salir de su paso por nada, ni por nadie, es pensar en lo excusado. Son tan nuevas y peregrinas las circunstancias de semejantes bodas, que nos resolvemos a insertar uno de los rasgos más notables, persuadidos de que su simple narración ayudará a conocer a nuestro héroe harto mejor que todas nuestras descripciones.

Todos los Maragatos sin excepción se casan en su tierra, así es que la raza física y moralmente hablando se ha conservado pura; pero no sólo se casan en su país, sino también ajustándose punto por punto a la voluntad de sus padres y concierto de la familia, que generalmente no toman por base sino la igualdad de los capitales. Circunstancia es esta que en otra sociedad más adelantada y culta sería manantial de infinitas desventuras, pero en Maragatería nadie se queja, porque los jóvenes aceptan este destino como el suyo natural.

Así pues, cuando llega la época en que los futuros consuegros determinan casar a los mozos, el padre del novio y éste se encaminan a casa de la novia, delante de cuyo padre se hace la demanda con toda formalidad, sin que ninguno de los dos jóvenes tomen parte en la conversación. Como tales asuntos son cosa de antemano acordada entre las familias, redúcese este paso a una mera fórmula, y en seguida por ambas partes se procede a la compra de los respectivos presentes, cuya lista ofrecemos aquí por su extrañeza y novedad.

El novio regala a la novia el manto de paño negro para ir a misa, de forma rara y poco airosa, pues se conservan al paño sus esquinas, y sólo hay unos escasos pliegues sobre la frente; las *donas*, multitud enorme de collares con rosarios y medallas; los anillos que han de servir para el desposorio; el *sayuelo* o justillo atado por delante con un cordón de seda, que llaman *agolletas*; *vincos* o arracadas para las orejas, *fajero* o faja de estambre, y *mangas*, una especie de ellas, sueltas y sujetas únicamente a la muñeca. La madrina asimismo le ofrece un pañuelo de seda de Toledo para la cabeza. Los regalos de la novia a su futuro consisten en una capa de paño negro, *almilla* o sayo de ídem con cordón de seda; chaleco de grana con bordados también de seda a la portezuela; bragas o calzones anchos, calzones negros (botines), *cintas* (ligas) de estambre fino con letrero; camisa de buen lienzo común y calzoncillos con cordón de seda.

Llega, por fin, la víspera de la boda, y en su tarde se examinan de doctrina cristiana y confiesan los novios, permaneciendo encerrados en sus respectivas casas sin concurrir a la cena que tienen los padrinos aquella noche. Al otro día no bien despunta el alba, ya la gaita discurre por el lugar tocando la alborada y reuniendo a almorzar a los convidados de la boda. Acabado el almuerzo tocan a misa, y entonces el padrino, el padre de la novia y demás convidados del sexo feo, se dirigen a la casa del novio, precedidos de la gaita y de los amigos solteros de éste, llamados en esta ocasión *mozos de caldo*, que van haciendo salvas con sus escopetas. Luego que entran en casa, el novio se arrodilla, y recibiendo la bendición de su padre, recogido y silencioso en medio del concurso, y al lado del padrino, se encamina a la habitación de su futura. Las solteras amigas de ésta, están ya cantándole a la puerta canciones alusivas, algunas de las cuales tienen gracia por su sencillez, y

cuando llega el momento de salir para la iglesia, la joven, deshecha en llanto, recibe a su vez la bendición paterna. Emprende entonces el novio el camino como unos sesenta pasos delante de su prometida, y ésta camina de todo punto cubierta con su manto en medio de su acompañamiento femenino que no cesa en sus cantares hasta la iglesia. El cura está ya aguardando en el vestíbulo, y allí es donde se verifica la ceremonia, ajustándose los esposos un anillo a sus respectivos dedos y ofreciendo las acostumbradas arras. Concluida la misa, sale la gente con el mismo orden que trajo, con la diferencia que el novio y comitiva se quedan a la puerta corriendo el *bollo del padrino*, especie de justa, en que el que más corre a pie se lleva la cabeza del bollo, repartiéndose lo demás entre los concurrentes en menudísimas porciones. Dirígense en seguida los corredores a la casa de la boda y encuentran a la desposada sentada a la puerta en una silla ataviada con todo el lujo posible en el país y muchos dulces, con la madrina al lado y cubierto el rostro. El marido se acomoda al otro lado en una segunda silla, y de esta suerte presencian las danzas con que los festejan sus amigos, hasta que acabadas éstas entra todo el mundo a comer, dejando a la puerta la anterior solemnidad y compostura, y tomando la alegría que tan bien cuadra a la ocasión. Después de la comida *se ofrece*, es decir, saca el padrino un platillo de plata, pone en él por ofrenda una cantidad de dinero, y va dando vuelta a la mesa sin que nadie lo desaire. En seguida la *moza del caldo*, es decir, la amiga del alma de la novia que la acompaña y sirve todo aquel día, pide para los utensilios de su amiga, como rueca, huso, etc., y los mozos del caldo hacen lo mismo para el novio.

Álzanse entonces, no los manteles, porque la mesa sigue puesta todo el día, sino los convidados, y ya la novia baila con su marido, mientras los mozos del caldo se echan por el lugar a recoger gallinas en casa de los convidados para obsequio de los recién casados, y si buenamente no se las dan tienen derecho para tomarlas. Para que los novios lleguen a encerrarse en la cámara nupcial, nunca faltan trabajos; pero aun después tienen que sufrir un obsequio cuya oportunidad les toca calificar a ellos, y es, que a eso de las dos de la mañana los mozos del caldo van a servirles un par de gallinas de las que han recogido, para dejarlos reposar en seguida hasta la madrugada.

Amanece el día de la tornaboda, y los esposos, después de almorzar juntos, se encaminan a la iglesia con los mismos trámites que el día anterior, oyen su misa y vuelven a casa festejados por una comparsa de Zamarrones, especie de mojiganga que nunca falta en semejantes casos y que les aguarda a la puerta de la iglesia. Al llegar al pueblo se corre el *bollo de la boda*, que la madrina tiene asido en medio del baile y que los mozos de la boda defienden cuidadosamente de las acometidas de los extraños. Se come, se baila, se cena y se acaba la boda. Cuando el novio es forastero, se lleva su consorte a su lugar desde la iglesia el día de la tornaboda en medio de todos los convidados, que los acompañan en vistosa cabalgata, mular por supuesto. Por pocos ribetes de filósofo que tenga el viajero, cae entonces en la cuenta de lo que es el Maragato, y encuentra la explicación de todas las extrañezas que ha observado diciendo para su capote: “Esta gente son una reliquia de otros tiempos, que se conserva sin lesión notable, a pesar de los embates del tiempo y de la civilización, y un aparte en esta tierra de las excepciones y anomalías”. Y dice verdad en todo y por todo.

Por lo demás, para fortuna suya lo duro del viaje esta vencido, tanto por haber tenido ya tiempo de acostumbrarse a las delicias de la albarda, cuanto porque el país que va a cruzar es variado y ameno, y la distancia corta. Por fin llega a Santiago o a La Coruña, y allí se despide de su guía y de sus bestias; pero si por casualidad es preceptor de latinidad recién examinado y conserva aún algún rencor por los percances del viaje, es probable que no deje de decir entre dientes:

—*Immanis pecoris custos immanior ipse*¹⁰⁵.

Como quiera, el Maragato que no entiende latín y además se encuentra con sus ochavos, así se le da de semejantes alusiones como de

¹⁰⁵ “Guardián de un rebaño monstruoso y más monstruo él mismo”. Alejandrino de Victor Hugo en el manuscrito de *Hernani*, parodiando el verso de Virgilio *Formosi pecoris custos, formosior ipse* (“guía de hermoso rebaño, aún más hermoso yo mismo”, *Bucólicas*, V, 44, que Fray Luis traduce: “...de hermosa grey pastor muy más hermoso”). Probablemente de aquí lo tomó Verne para *Viaje al centro de la Tierra*. [Hugo, *Nuestra Señora de París*, ed. de Eloy González Miguel, Cátedra, p. 195]. Gil escribe estos artículos entre 1835 y 1840; la novela de Hugo (1831), que Gil conoce, era entonces lectura de vanguardia, siendo la primera traducción al castellano de 1836. Sobre la influencia de Victor Hugo, véase *op. cit.*, p. 37 y ss. [N. del ed.].

las nubes de antaño. No por eso dejará de volver a hacer la péndola entre Madrid y Galicia hasta que las enfermedades le roben sus fuerzas, o la vejez le ate en su casa con sus ligaduras de hielo.

Esta que acabamos de describir es la casta real o aristocrática por lo menos de Maragatería que tiene numerosa recua y abundante peculio. Otros hay que más pobres y humildes recorren menores distancias, y otros por fin que comercian en artículos de consumo inmediato como escabeche y jamones, a los cuales pertenece la excelente y característica estampa que acompaña. Aquéllos suelen ser los que conducen a Valladolid o Santiago los estudiantes del Bierzo¹⁰⁶ y comarcas vecinas, raza maleante como lo ha sido siempre, y que al menor descuido del Maragato sacan a los mulos de su reposado movimiento y van a prevenir posada a su dueño en la universidad con un día de anticipación. Así y todo, son carga muy beneficiosa, y si buenos disgustos traen al Maragato, buenos reales le dejan también.

Por lo demás, cualquiera que sea la ocupación y riqueza de nuestro Maragato, el lector puede estar seguro de que siempre le encontrará vestido del mismo modo y animado de los mismos sentimientos. Tipos hay en esta colección que de todo punto desaparecerán dentro de algunos años, pero muchos, muchísimos pasarán afortunadamente antes que el presente se borre. Y decimos afortunadamente, porque, aunque la rusticidad y apartamiento casi absoluto de la cultura social le afean no poco, en cambio, conserva todavía una honradez a toda prueba y ejemplar pureza de costumbres. Al cabo ¿dónde encontrar la perfección sin tacha en los hijos del barro y de la culpa? Por eso es divina la fe que quedó escrita con sangre en el leño de la cruz, y encerró todo un sistema de filosofía en una sola palabra: "Caridad".

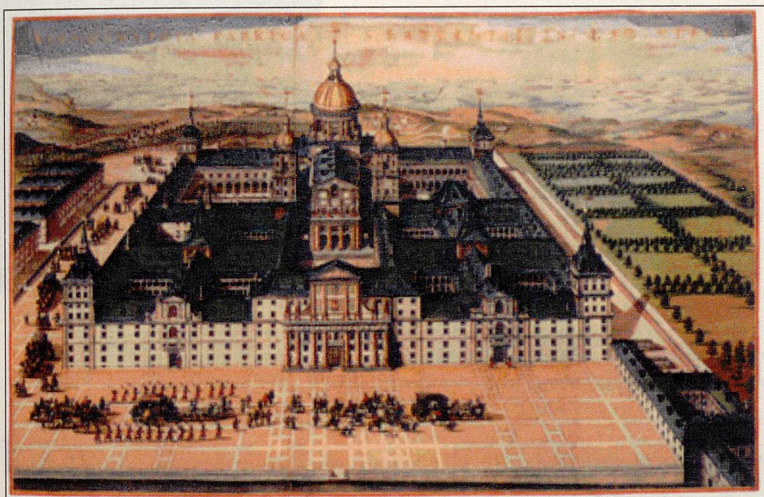
Los españoles pintados por sí mismos, tomo II, pp. 225-230.



¹⁰⁶ En el original, Vierzo.

3. La Catedral de León

III. Artículos de *España pintoresca*

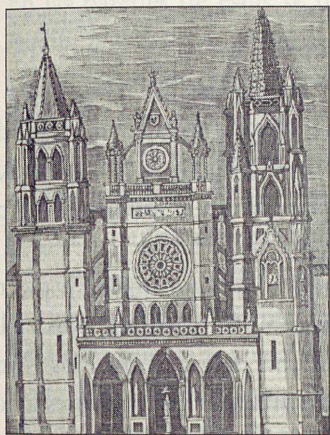


Conservó allí algo de la pesadez y oscuridad del gótico antiguo, y estos mismos defectos, particularmente el de pocas luces, se notan en las catedrales de Ávila y Santiago. Pero a fines del siglo XII se vio repentinamente sublimada a toda la hermosura de que es capaz en su género en la catedral de León, empezada a construir por el obispo D. Manrique de Lara, que presidió en aquella sede desde el año de 1181 al 1205, y duró la obra más de cien años.

Cuando el Rey D. Ordoño II restauró la ciudad y estableció en ella su corte, redujo a palacio unas termas romanas de tres naves, que permanecían en el mejor sitio de ella. Después las consagró en templo, trasladando a él la Catedral, que estaba extramuros. Y últimamente los demolió D. Manrique para construir la catedral que hay ahora.

El obispo de León D. Francisco de Trujillo en una relación de la antigüedad y obispos de su Iglesia, que escribió por encargo de D.

8. La Catedral de León



*"Sint quamris Hispaniis ditissima pulchraque templa,
hoc tamen egregiis omnibus ante prius".*

Introducida generalmente en España la arquitectura gótico-germánica, le sucedió al principio entre nosotros lo que en el país donde tuvo su origen. Conservó allí algo de la pesadez y oscuridad del gótico antiguo, y estos mismos defectos, particularmente el de pocas luces, se notan en las catedrales de Ávila y Santiago. Pero a fines del siglo XII se vio repentinamente sublimada a toda la hermosura de que es capaz en su género en la catedral de León, empezada a construir por el obispo D. Manrique de Lara, que presidió en aquella sede desde el año de 1181 al 1205, y duró la obra más de cien años.

Cuando el Rey D. Ordoño II restauró la ciudad y estableció en ella su corte, redujo a palacio unas termas romanas de tres naves, que permanecían en el mejor sitio de ella. Después las consagró en templo, trasladando a él la Catedral, que estaba extramuros. Y últimamente las demolió D. Manrique para construir la catedral que hay ahora.

El obispo de León D. Francisco de Trujillo en una relación de la antigüedad y obispos de su iglesia, que escribió por encargos de D.

García de Loaisa, y quedó manuscrita, y Fr. Atanasio de Lobera en la *Historia de las Grandezas de León*, describen este templo, y se empeñan en probar que le construyó D. Ordoño; pero sus argumentos se reducen a conjeturas. Y la opinión de Ambrosio de Morales, que le atribuye a D. Manrique, se apoya en monumentos y autores antiguos, y principalmente en la misma calidad de la obra.

Considerándola por su magnitud, casi todas las Catedrales la exceden; pero no hay en España alguna que la iguale en elegancia, gentileza, claridad y bella proporción. Es toda enteramente de sillería, y de tan extraordinaria delicadeza, que admira cómo se mantiene en pie tan íntegra y firme y cómo no la arrebatara el viento.

Se funda sobre un plano o plaza maciza de hormigón y piedras grandes, que se extiende por toda la circunferencia bastante lejos de los muros. Los pilares cuadrados y abocetados son delgadísimos, los cuatro del crucero sólo tienen tres piedras en cada hilada, y los restantes a dos. Sobre ellos se mantienen los arcos y bóvedas, sin que los muros puedan servirles de apoyo, pues en algunas partes, según dice Lobera, no tiene más que pie y medio de espesor, y en lo más alto menos de un pie. Parece que estos muros, como los vidrios en los faroles, sólo sirven para cerrarla del viento. La nave principal tuvo dos órdenes de grandes ventanas; pero después cerraron el orden inferior, ejecutando lo mismo con las que también hubo en las naves laterales, sin que deje de ser muy clara; aunque con estos cerramientos se le quitaron más de la mitad de las luces. En lo interior es toda lisa y unida sin entallos arabescos ni más molduras que los filetes y boceles propios de su orden; pero en lo exterior las portadas, el ventanaje, la penachería y otros adornos parecen de filigrana. Al principio sólo se construyó una torre, y fue lástima que, cuando a fines del siglo XV levantaron la otra, no guardasen uniformidad.

Su longitud sin el grueso de paredes es de 308 pies, a saber: el cuerpo de la iglesia 141 pies, la media naranja 40, la capilla mayor 87, la nave de tránsito 20, y la de las capillas que están detrás del altar mayor 20. Su latitud en el cuerpo de la iglesia es de 84 pies, y en lo restante de 128. Se compone el cuerpo de iglesia de tres naves, las cuales se elevan por medio de pilastrones de figura esférica, siendo los mayores de cuatro y tres cuartos de pie de diámetro, y unidas a ellos como una cuarta parte

salen tres columnas de un pie y dos pulgadas de grueso; dos que sirven para formar los arcos de las paredes del cuerpo de la iglesia y la otra para los de las naves laterales. A la altura de veintisiete pies hay en estas columnas sus capiteles, desde los cuales voltean los arcos de las naves. En las paredes de éstas se hallan dentro de cada arco seis columnas de medio pie de diámetro, y de una a otra voltean arquiteos de punto subido sobre los cuales está un bocelón que sirve de imposta, y encima un ándito con antepechos de talla y figuras.

En cada pared de las dos referidas naves hay cuatro ventanas. Entre las dos columnas dichas que sirven para formar las paredes del cuerpo de la iglesia, hay otras tres incorporadas con el pilastrón, y separadas una de otra pulgada y media. La del medio de tres cuartos de pie de diámetro, y las dos colaterales de medio pie. Sobre los arcos de dichas ventanas se halla otro bocelón, y está a nivel de todo el cuerpo de la iglesia, y a esta altura hay seis ventanas grandes en cada lienzo, componiéndose cada una de cuatro paños de vidrieras de 40 pies de alto, con pies derechos de cantería ochavados de un pie de grueso y un pie y cuarto de ancho, y al arranque del arco de cada vidriera hay tres hexágonos grandes calados, y en ellos pintadas al fuego varias figuras de santos, etc. Desde dicho bocelón suben las tres columnas quince pies más, y a esta altura están los capiteles sobre los que arrancan las cruces y aristones, por sus diagonales, que concurren a una sola clave para formar las bóvedas de la nave mayor. Además de las tres naves referidas, hay dos bóvedas al pie de la iglesia en el hueco de las torres, que son las capillas de San Juan Bautista y San Francisco.

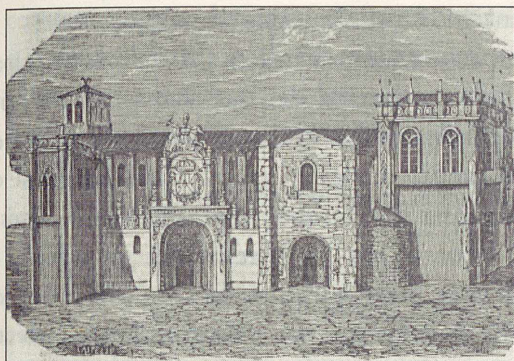
Antes de llegar al crucero se halla la iglesia con cinco naves, y continúa con las mismas, incluyéndose las de las capillas hasta dar la vuelta al presbiterio. Desde los arcos torales que sostienen la media naranja hasta la última grada del presbiterio hay otros dos arcos con las mismas medidas que los del cuerpo de la iglesia. Después continúa otro arco de cada lado hacia el altar mayor de 15 pies de ancho. Sobre los cuatro arcos torales del crucero están volteados otros tantos de medio punto que forman las cuatro pechinas, y sobre estas corren en el anillo de la media naranja, la cual tiene su linterna con seis ventanas de 17 pies y medio de alto, adornadas con pilastras y cornisas de orden corintio, y cierra con su cupulina en figura hexágona. Esta media naranja es obra

moderna, y se hizo a mediados del siglo último. En la pared del costado izquierdo del crucero hay también un hermoso espejuelo con su ándito y antepechos calados, y en la de enfrente había otro, pero habiéndose arruinado, pusieron dos ventanas en su lugar.

Si como parece, no hay en esta iglesia noticia segura de cuando empezó su fábrica, menos la habrá del artífice que la ideó, y acaso tampoco de los que la siguieron y concluyeron. Es verosímil que lo último que se hizo a fines del siglo XV y principios del XVI fuese la referida segunda torre, y esta obra se pudiera atribuir a Juan de Badajoz, que por los años de 1513 se titulaba arquitecto de la iglesia de León.

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 6, pp. 41-42, 10 de febrero 1839.

9. La Iglesia de San Isidoro y Panteón de los Reyes de León



Asolada la ciudad de León por Almanzor, rey de Córdoba, la restauró Alonso V y edificó y dedicó a San Juan Bautista una pobre iglesia de *luto et latere* como dice el epitafio de su sepulcro.

Los reyes D. Fernando de Castilla y Doña Sancha de León, hija de D. Alonso, la demolieron y erigieron otra de piedra labrada que se tituló de S. Isidoro desde que los mismos reyes colocaron en ella el cuerpo de este Santo Doctor de las Españas traído de Sevilla por diligencia suya.

Subsiste aún la nave de este edificio, que se puede citar para prueba de que la arquitectura gótico-germánica no se había introducido en España cuando se construyó, que fue poco antes del año de 1063. Sus pilares son cuadrados, y en cada faz tienen media columna con razonable basa y capitel caprichoso, semejante a los que usaban antes de la restauración de la buena arquitectura. En la misma nave está el sepulcro del arquitecto de esta obra, Pedro de Dios, llamado también Pedro de Vitambem¹⁰⁷.

D. Alonso el V destinó esta iglesia para sepulcro de los reyes sus antecesores, y se pusieron en ella las antiguas reliquias que los Católicos

¹⁰⁷ Se trataría de Pedro Deustamben, conocido también como Pedro Peregrino o Pedro de Dios, arquitecto de probable origen leonés, activo y documentado en el siglo XII. Según algunas fuentes pudo ser el padre del maestro Mateo, autor del pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago de Compostela. [Nota del ed.].

llevaron consigo en las invasiones. Reedificada después, como queda dicho, por Don Fernando el Magno hacia la mitad del siglo XI, fue dedicada después a los canónigos regulares de San Agustín, que D. Alonso el VII trasladó allí del convento de Carvajal, una legua distante de León, y que han permanecido en ella hasta nuestros días.

La Iglesia es bastante espaciosa, de tres naves; al fin de la principal, por debajo del coro, se halla la entrada del que llaman el Panteón, donde están depositados por lo menos cuarenta y ocho cuerpos de personas reales; y es una capilla dedicada a Sta. Catalina, llena de sepulcros sencillos y sin ninguna suntuosidad, unos encima de otros y con esculturas de grosera labor, y por los letreros que en algunos se conservan y por las minuciosas investigaciones de Sandoval, Morales, Flórez, Risco, Ponz y otros muchos que los visitaron detenidamente, consta que los principales cadáveres que aquí fueron sepultados o trasladados de otras partes, son: El de Don Alonso IV llamado *el Monge*, con el de su esposa Doña Urraca; El de D. Ramiro II; El de D. Ordoño III y de su esposa Doña Elvira; El de D. Sancho I; El de Don Ramiro III y su mujer Doña Urraca; El de D. Bermudo II y Doña Elvira, su mujer; El de D. Alonso el V y de su mujer Doña Elvira González; Los de D. Bermudo III, de su mujer Doña Jimena, del infante D. García, hijo de D. Sancho, conde de Castilla, y de D. Sancho el mayor, rey de Navarra; Los de D. Fernando el I el Magno y su esposa Doña Sancha; Los de D. García, rey de Galicia, y de sus hermanas Doña Urraca y Doña Elvira; De la reina Doña Urraca, y de su hija Doña Sancha; De la infanta Doña Estefanía, hija de Alonso el VII; De la reina Doña Teresa, mujer de D. Fernando el II, y de los infantes hijos de este rey, D. García y Don Fernando. De la infanta Doña Leonor, hermana de San Fernando, y de la infanta Doña María, hija del mismo Santo rey.

Es además notable este suntuoso templo por la multitud de buenas obras de escultura y pintura, así que por la cantidad inmensa de reliquias de varios santos, además del cuerpo entero de S. Isidoro que está sobre la mesa del altar principal. Y antes de los trastornos y de las guerras de este siglo, era además rico en alhajas de preciosa hechura y considerable valor.

Otro de los objetos más apreciables de esta santa casa es la librería, en la cual se encuentran códices y manuscritos rarísimos. Por último, en

esta antiquísima iglesia se conserva una costumbre inmemorial, que otros atribuyen a un concilio celebrado en ella y concluido en Lugo contra los arrianos sacramentarios. Y esta devota costumbre, que también se observa en la catedral de Lugo, consiste en tener constantemente el Santísimo manifiesto día y noche; lo cual se ha practicado sin interrupción, según varios autores, desde el siglo VII hasta el día, pues aunque los moros tomaron a León, aseguran dichos autores que respetaron la primitiva iglesia de S. Juan, hoy de S. Isidoro

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 11, pp. 81-82a, 17 de marzo 1839.

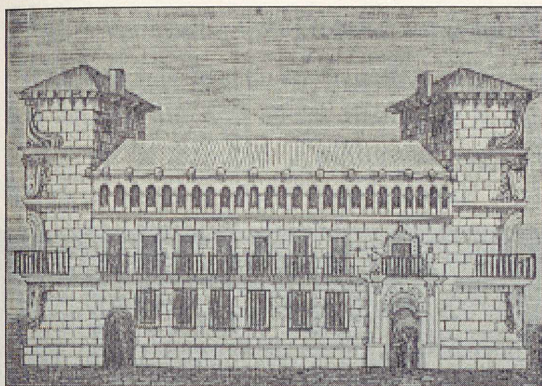
Esta hermosa fábrica, una de las más notables con que se distingue la ciudad de León, fue mandada edificar hacia los años de 1560 por el Ilmo. Sr. D. Juan de Guzmán, obispo de Calahorra, y pertenece al marquesado de Toral, que hoy está unido a la casa del Excmo. Sr. duque de Plasencia.

Por más investigaciones que hemos hecho no ha sido posible adquirir noticia del arquitecto de este bello edificio, ni de las demás circunstancias de su historia; pero según su estilo y la época en que se fabricó, parece ser de alguno de los buenos artistas como Luis de la Vega, Mora, u otros de la escuela de Herrera.

En el día está bastante abandonado, sirviendo para depósito de granos, suerte común de esta clase de fábricas en nuestro país, a donde los grandes señores tienen por costumbre habitar constantemente sin salir, dejando sus antiguos torreones y castillos feudales al príncipe de los ruinas o a los recuerdos de la historia.

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 17, p. 136, 28 de abril 1839.

10. El Palacio de los Guzmanes de León

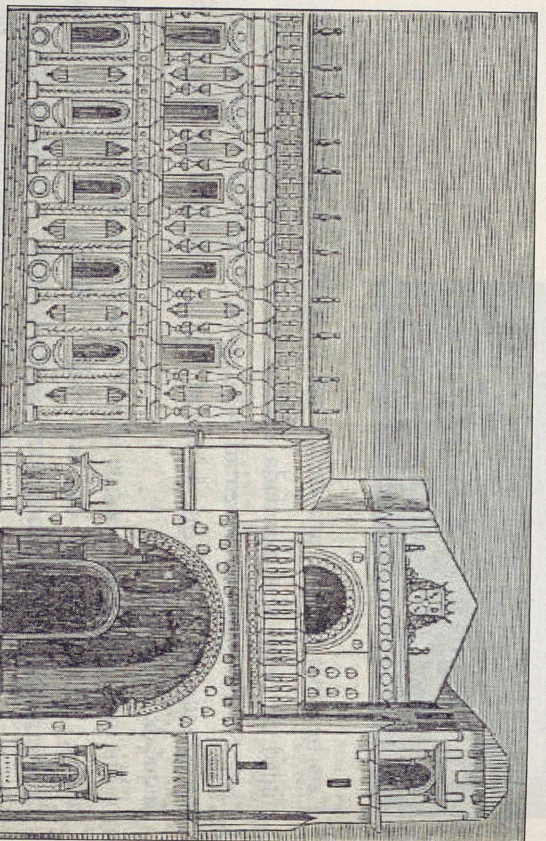


Esta hermosa fábrica, una de las más notables con que se distingue la ciudad de León, fue mandada edificar hacia los años de 1560 por el Ilmo. Sr. D. Juan de Guzmán, obispo de Calahorra, y pertenece al marquesado de Toral, que hoy está unido a la casa del Excmo. Sr. duque de Frías.

Por más investigaciones que hemos hecho no ha sido posible adquirir noticia del arquitecto de este bello edificio, ni de las demás circunstancias de su historia; pero según su estilo y la época en que se fabricó, parece ser de alguno de los buenos artistas como Luis de la Vega, Mora, u otros de la escuela de Herrera.

En el día está bastante abandonado, sirviendo para depósito de granos, suerte común de esta clase de fábricas en nuestro país, a donde los grandes señores tienen por costumbre habitar constantemente la corte, dejando sus antiguos torreones y castillos feudales al pincel de los artistas o a los recuerdos de la historia.

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 17, p. 136, 28 de abril 1839.



11. San Marcos de León

Una de las huellas más profundas que las Órdenes militares de España han dejado tras de sí en su magnífica carrera es, sin duda, el convento de San Marcos que está en las afueras de la ciudad de León, asentado en medio de la frondosa y pintoresca vega del Bernesga, a la margen izquierda de este río, y perteneciente a los caballeros de Santiago. Reliquia en verdad venerable y digno recuerdo de aquellos bizarros y cristianos paladines, cuyo corazón era el templo de cuantos sentimientos caballerescos, religiosos y patrióticos alumbraban aquellas tenebrosas y turbulentas Edades. Hoy que los caballeros han desaparecido y la soledad y el silencio son los únicos moradores de sus claustros, el corazón, sin embargo, se ennoblece y la memoria se espacia dulcemente en aquellos sitios, donde tantas veces relincharon los trotones al partir en busca de las haces agarenas, y que tantas otras los vieron tornar victoriosos y ufanos con sus presas y despojos.

La historia viva, simbólica y palpitante de nuestros siete siglos de combates con los sarracenos, en ninguna parte está delineada con tanto vigor y elocuencia como en los aportillados paredones de las encomiendas, fortalezas y conventos de las órdenes militares españolas.

Allí, el pundonor y desinterés de la caballería resplandece al lado de la humildad y disciplina religiosa; y aquel patriotismo enérgico y perseverante que sin cesar acosaba y acorralaba a los moros contra el África que nos los enviara, en ninguna parte pudiera encontrar más irrefragable testimonio que en estas santas hermandades, donde los hombres más ilustres venían a ofrecer el sacrificio de sus fueros e independencia en el altar de Dios y de su país.

Más de una vez hemos pasado, divertidos en tales pensamientos e imaginaciones, por delante del convento de San Marcos, emporio de grandeza y poderío de la esclarecida Orden militar de Santiago, en cuyos anales ocupa un lugar a todas luces preeminente y distinguido. Y en verdad que es de una nobleza y lustre harto calificados el estar a

tamaño altura entre las cosas de una orden que desde el instante de su fundación sólo cuenta memorables hechos y duraderos blasones.

En breves y sucintas palabras procuraremos trazar la historia de San Marcos. Por el tiempo de la confirmación de la Orden, los ricos hombres del reino de León habían fundado cerca de esta ciudad, en el camino francés, un hospital, el cual, según dice el libro de la regla y establecimientos de los caballeros de Santiago, había sido edificado por servicio de Dios y bien de las ánimas, y por muchos peligros que acaecían en aquel lugar a los romeros cuando iban o venían de Santiago. En vista de esto, el obispo don Juan Albertino, que tenía a su cargo, en compañía de los canónigos de León, la administración de este hospital, se lo cedió el ilustre don Suero Rodríguez, uno de los primeros caballeros, a mediados del siglo XII, cuando la Orden no estaba todavía confirmada, con el intento de que los canónigos del Loyo, que seguían la regla de San Agustín, y a los cuales, para mayor santidad y decoro, se habían reunido los primeros caballeros, cuidasen del bien espiritual de los peregrinos, en tanto que los segundos proveían a su resguardo y seguridad. A mediados pues del siglo XII, los caballeros de Santiago, junto con los canónigos del Loyo, entraron en posesión del citado hospital; pero las desavenencias que sobrevinieron de allí a poco con los reyes de León llegaron a tales términos que hubo de lanzarles éste de sus tierras. Volvieron entonces los ojos al rey don Alfonso IX de Castilla, el cual, sobremanera contento de dar amparo en sus tierras a tan ínclitos varones, los recibió muy bien y les hizo merced entre otras cosas de Uclés, con la condición de que hiciesen allí cabeza de la Orden. Visto lo cual, el prior de León, don Andrés, vino a establecerse en aquel pueblo con sus canónigos, y fabricó su iglesia y convento. Como quiera, la falta de los freiles de tal modo hacía venir a menos el hospital de San Marcos, que los ricos hombres, sus fundadores, hicieron presente al rey su perdición y ruina, y recabaron de él que mandase volver el establecimiento del prior y canónigos sobredichos. Envío, en efecto, don Andrés cuatro canónigos, a los cuales se agregaron freiles caballeros por parte y otros canónigos más, y después de varias intestinas disensiones con los canónigos de Uclés quedaron definitivamente establecidos, siendo su convento cabeza de la Orden en el reino de León, y Uclés cabeza de Castilla.

Esta, que desde entonces no hizo más que ensanchar con la punta de su acero el círculo de sus riquezas, lustre y prerrogativas, llegó en los siglos XIII, XIV y XV a tan alto grado de esplendor, que las determinaciones de sus capítulos generales pesaban poderosamente en la balanza de los destinos de la nación. Tantos años se han pasado ya desde entonces y tantos sucesos importantes han venido a borrar aquellos sucesos de la memoria, que no nos parece fuera de tiempo acortar las riendas a nuestra narración y bosquejar brevemente uno de aquellos *capítulos*, donde se ventilaban asuntos de tamaño interés.

Según la regla, estaban obligados los caballeros a juntarse una vez en capítulo cada año; pero, después de la reunión de los maestrazgos a la corona, se celebraba capítulo cada tres años, no más. Eran, pues, llamados a capítulo, con obligación rigurosa de asistir a él, los priores, comendadores mayores, treces, enmiendas y comendadores, y los demás freiles y caballeros, si bien a los últimos no se les exigía tan rigurosa asistencia.

Llegado el tiempo fijado por la convocatoria, iban llegando los capitulares y la primera diligencia era la de comulgar y confesar el día antes del capítulo todos juntos. De esta suerte, preparados el maestre, y posteriormente el rey, con los priores del convento de Uclés y San Marcos de León y todos los comendadores y caballeros y freiles de la Orden convocados a capítulo, iban a la iglesia o monasterio señalado, donde el prior de la provincia en que se tenía el capítulo decía la misa del Espíritu Santo que estaban obligadas a oír todas las personas de la Orden.

Acabada que era ésta, sentábase el maestre en una silla para ello aparejada en bajo y en medio de la grada del altar mayor; en seguida los priores, comendadores mayores y treces vestidos de capas de coro negras con sus birretes en la cabeza; luego, los demás comendadores, caballeros y frailes con sus mantos blancos cerrados por delante; y, por último, los freiles, clérigos con sus sobrepellices, todos por orden de antigüedad. El prior, treces y comendadores mayores de la provincia donde se celebraba el capítulo se sentaban a la mano derecha del maestre, y los demás a la izquierda.

Acomodados ya en sus respectivos asientos, llamábase al vicario de Mérida para que, en uso de sus funciones de portero nato del capítulo,

echase de la iglesia todos los extraños, y, asimismo, al vicario de Tudia, notario también del capítulo por establecimiento de la Orden, para que pudiese por auto cuanto en él pasara.

Venían después algunas oraciones y ceremonias religiosas y la lectura de la regla, y el vicario de Tudia, a nombre del maestre o del rey, exhortaba a los caballeros a la puntual observancia de aquélla, y declaraba en alta voz los trece azgos vacos, a fin de que los treces viniesen a dar su voto para completar el número de los treces, que debía estar completo.

A semejante arenga, y estando todo el capítulo en pie y descubierto, respondía el prior, después de la incorporación de los maestr azgos a la corona, recordando al rey los grandes beneficios que le había hecho la orden, y suplicándole el mayor cuidado y diligencia por su lustre y buen estado. En seguida se procedía a la elección de los treces, y por aquel día se acababa el capítulo.

En el siguiente, enderezaban todos sus pasos a la iglesia en el mismo orden, y después de dicha la misa de nuestra Señora, que se debía encomendar al prior de Santiago de Sevilla, sentábanse todos en la misma posición que el día anterior, y el vicario secretario exhortaba en nombre del maestre a todos los caballeros para que expusiesen sus quejas y agravios con el objeto de proveer a su reparación, y mandaba traer los libros de las visitaciones donde pudiera ver el estado de la orden en sus bienes y personas. Entregábanse los libros y el vicario los recogía; pedía en seguida licencia, en nombre también del maestre, para nombrar visitadores con consejeros de los trece comendadores mayores y enmiendas, y después de entendida por el notario la respuesta del capítulo, cerrábase éste por aquel día. Llegaba, por fin, el tercero y último, y restituidos todos a la iglesia en el mismo orden y con el mismo vestido, el prior que presidía decía la misa del Apóstol Santiago, que había de ser cantada de pontifical. Acabada la misa, andábase en procesión por los claustros de tal monasterio, revestido el prior como durante el santo sacrificio, yendo delante de la cruz de la procesión el pendón de Santiago, que había de llevar el comendador de Oreja como alférez de la orden, y caminando a la derecha del maestre, el comendador mayor de la provincia con el estoque en la diestra mano.

Vueltos que eran todos a la iglesia, nombraba el maestre dos freiles capellanes para que asentasen a todos los caballeros que hubiesen venido al capítulo. En seguida pedía el maestre poder para arreglar y gobernar las cosas de la Orden con el consejo de los dichos priores, comendadores mayores, treces y enmiendas, prometiendo enderezarlo todo a su mayor honra y crecimiento y, después de otorgado, daba el notario fe de ello.

Hecho esto, levantábanse los priores, treces y enmiendas para conferenciar sobre las personas de los visitadores, y, una vez resueltos en ellos, llevarlos a la aprobación del maestre, el cual, después de confirmados, mandaba publicar sus nombramientos. Con esto se soltaba el capítulo general y podían irse todos los concurrentes, si bien no antes de ser visitados; pero quedaba el segundo capítulo de los trece y demás dignidades para el examen de los libros de visitaciones y demás negocios de la orden.

Algo prolija parecerá tal vez a no pocos de nuestros lectores semejante digresión; pero no ha estado en nuestra mano ser más breves en el incorrecto dibujo de estos tiempos gloriosos, más gloriosos quizá porque los cubren las nieblas de lo pasado. Vengamos ya a la descripción del edificio de San Marcos, donde tantos capítulos se han reunido y tantas cosas notables han pasado.

Aunque según todos los datos y probabilidades el antiguo edificio en nada desdecía del esplendor de sus huéspedes, a tal estado de ruina y de deterioro había llegado en tiempos de don Fernando el Católico, que este rey hubo de ordenar su reedificación en 1514; si bien según las más racionales conjeturas es de creer que la obra no se comenzó hasta más adelante. De todos modos, lo primero que se construyó fue la parte que corre desde la puerta principal a la iglesia. Pertenece este trozo a la arquitectura llamada media, que entró en lugar de la tudesca y precedió a la restauración grecorromana, y es rica, suntuosa y delicadísima en sus adornos. La parte de escultura entre ellos es extremada en su mérito y de primorosa y acabada ejecución, así en las medallas que corren a lo largo del zócalo, donde estriba y se sustenta el primer cuerpo, como en las pilastras que comparten de arriba a abajo la fachada con grotescos de graciosa invención y capricho, uno y otro labrados con el mayor gusto y

conciencia. La razón que ha movido al erudito caballero, cuya carta ha publicado el señor Ponz en su *Viaje*, a fijar en una época más reciente la construcción de esta obra, es sin duda de bastante fundamento, pues consiste en una inscripción escrita en dos tarjetas que forman parte de los adornos de la puerta principal y primera ventana, en que está señalado el año de 1537 y el nombre del prior don Hernando Villares, que lo era por los años de 1539.

La iglesia, grande, espaciosa y de sólida arquitectura, tiene muchas cosas y adornos pertenecientes todavía al gusto gótico. Consagróla el reverendísimo señor don Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de León en el año de 1541. Una de las más notables obras que la enriquecen es la sillería del coro, monumento de los más acabados y perfectos que en este género de trabajo posee aquella época. Comenzóse en 1541 y acabóse en 1543, durante la prelatura del ya nombrado don Hernando Villares. Constaba de diferentes bajorrelieves en los respaldos de las sillas, compartidas por pilastras de grotescos con sus antepechos de correcto dibujo y esmeradísima ejecución. En una aspa de madera blanca, embutida sobre la escalerilla que conduce a las sillas altas, se lee esta inscripción: *Guillermus Doncel fecit: anno 1542*. En la nueva restauración ha padecido muchísimo esta preciosa obra, y todo lo que se ha podido hacer en obsequio de su uniformidad ha sido ajustarse en lo posible a la antigua idea. De todos modos, para no confundirla se ha puesto junto a la escalerilla de la epístola un letrero que dice: “Empezóse a renovar esta sillería en 1721 y se acabó en 1723”.

Pasemos ya a la sacristía, gótica también hasta cierto punto en su construcción, y a la cual se dio remate por los años de 1552, siendo prior don Bernardino y arquitecto Juan de Badajoz, que por entonces lo era también de la Iglesia de León. Esta circunstancia y la de la fábrica del claustro de benedictinos de San Zoilo de Carrión, igual en su arquitectura a San Marcos de León y hecho por el mismo Juan de Badajoz en el año de 1573, nos hacen creer que él y no otro es el autor de las bellas obras de arquitectura que dejamos mencionadas.

A los dos lados de la puerta principal de la iglesia y en la parte de afuera hay dos bajorrelieves que representan la crucifixión y el descendimiento, obra de un tal Horoza uno de ellos, si bien en buena crítica ambos deben atribuírsele, porque aunque el de la izquierda está

mejor dibujado y concluido que el de la derecha, sin embargo, la invención, forma de dibujo y adornos de los dos son enteramente iguales. Esto nos incita a creer que todos los adornos de la fachada son suyos también, atendiendo a su primor y feliz idea.

Como quiera, las riquezas de la casa no caminaban al par de tamañas fábricas, y era tanta la incomodidad y estrechez en que vivían los caballeros, que Felipe II los trasladó a la casa de La Calera en Extremadura y posteriormente a Mérida, de cuya fortaleza les hizo merced, y aun mandó fabricar allí un convento; pero, al pasar por aquella ciudad camino de Portugal en 1580, se contentó tan poco de la obra, que la hizo parar, y en el año de 1602 tornaron los caballeros a la antigua casa de León.

Volviéronse pues a emprender las obras por espacio de treinta años abandonadas, y en 1615 se llevó a cumplido término la escalera principal y el tramo que está sobre el refectorio, y desde 1671 hasta 1679, siendo prior frey don García de San Pelayo, se dio cima a la fábrica del claustro con arreglo al bello plan del tiempo de don Hernando Villares. Y, por último, en 1711 se levantó el lienzo que da sobre el río, y la segunda mitad del edificio que corre hasta su orilla se edificó en 1718, arreglada en un todo a la primitiva planta; pero pobre, mezquina y fría en cuanto a galas de escultura, digno dechado de una época en que las artes yacían en lastimosa postración y abandono, y en que hasta olvidados parecían los nombres de Hernández, de Berruguete, de Alonso Cano y de Becerra.

Entre las cosas notables que guarda este monasterio, una de las que más llama la atención es el magnífico ejemplar de la famosa *Biblia políglota* del señor Arias Montano, canónigo de esta casa, con su dedicatoria a la misma en latín.

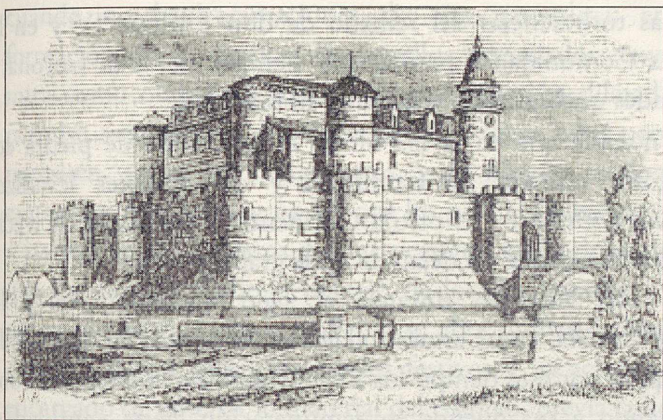
De intento hemos dejado para lo último el hablar de un sello enteramente especial que los sucesos imprimieron a este edificio en el reinado de Felipe IV. Durante la administración del conde-duque de Olivares, fue encerrado estrechamente y tratado con el mayor rigor en una de sus celdas el inmortal don Francisco de Quevedo, uno de los talentos más privilegiados de aquella privilegiada época. Allí lo

aprisionaron crudamente, socolor, según unos, de un desacato cometido en haber hecho poner debajo de la servilleta del rey un papel satírico, anónimo, que se le atribuyó; según otros, por supuestas inteligencias con la casa de Braganza, y según todas las probabilidades, por intrigas y manejos de cortesanos. Todavía se enseña hoy la celda donde, según su misma confesión, se curaba y cauterizaba con sus propias manos dos heridas que tenía abiertas, desamparado como estaba de todo el mundo y sin cirujano que se las cuidase, a pesar de habersele encarcerado con la proximidad del río y humedad del país. Si no fuese por las dimensiones, harto crecidas ya, de este artículo, copiaríamos aquí el famoso memorial que desde aquella cárcel dirigió a su perseguidor, página elocuente de la elevación de sentimientos de un grande hombre, aun en medio de una desgracia y tribulación de tal suerte irremediables.

Tal es San Marcos de León. Su origen se liga con los tiempos esclarecidos y remotos de la Edad Media y con el esplendor de las órdenes militares; la época de su renacimiento es también la época llamada del Renacimiento de las artes, y durante sus postreros resplandores los hombres lo supieron convertir en teatro de la ciencia y del genio malamente atropellados. Hoy se presenta a nosotros revestido de tan diversos atributos y su vista es un manantial fecundo de meditación y encontrados pensamientos.

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 23, pp. 177-179, 9 de junio 1839.

12. El Castillo de Simancas



A dos leguas de la ciudad de Valladolid y a la margen del río Pisuerga está asentada la villa de Simancas, muy antigua y conocida en nuestra historia. Nebrija encuentra en ella a *Senteica*, población de los celtíberos, llamada después por los romanos *Intercacia*, cabeza de los pueblos intercacienses y término de las provincias Tarraconense y Lusitania.

Como quiera, poco nos detendríamos en estos pormenores, si el suceso que le dio el nombre que ahora tiene no fuese de aquellos que llaman la atención. Durante el oprobioso reinado de Mauregato en León, siete doncellas de las ciento que este menguado daba a los moros en tributo, encerradas en el castillo de la villa, se mutilaron, cortándose la mano izquierda para mejor defender su honestidad, singular determinación que, según parece, las libró de los desmanes de los bárbaros. Desde entonces comenzó a llamarse *Siete-mancas* y hoy, corrompido el vocablo, se dice Simancas, y en latín *Septimancae*.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que las armas de la villa parecen confirmar este suceso, porque se componen de un castillo de plata en campo azul con su torre en medio, fundado sobre un peñasco cercado de agua, teniendo dicho escudo por orla siete manos en campo de sangre y una estrella dorada sobre la cima de la torre o castillo.

Más adelante el rey don Ramiro II la esclareció con los laureles ganados a los sarracenos en la célebre batalla que les dio el 6 de agosto de 934, en que fue grandísima la mortandad y carnicería hecha en los infieles.

Durante las turbulencias del reinado de don Enrique IV y en las guerras de las Comunidades permaneció siempre fiel a la Corona, y pagó con grandes quebrantos y vejámenes su fidelidad.

Lo único notable que en el día ofrece es su castillo de piedra con foso, contrafoso, muralla, contramuralla y dos puentes levadizos, mirando el uno a Oriente y el otro a Occidente, y adornado de trecho en trecho con almenas que no dejan de darle gracia y realce.

Pertenecía esta fortaleza durante el siglo decimoquinto a los Almirantes de Castilla, cuyas armas todavía se conservan en las bóvedas de la capilla; pero por este tiempo los Reyes Católicos la incorporaron a la Corona, dando a sus dueños en remuneración cierta cantidad de maravedises de juro.

Hasta los tiempos de su heroico nieto Carlos V permaneció como prisión de Estado, pero éste mandó habilitar en él el Archivo General de la Corona de España, depositando allí los papeles antiguos de Gobierno, que andaban diseminados por Segovia, Medina del Campo, Valladolid, Salamanca y otros puntos de la Monarquía. Fue nombrado archivero el licenciado Catalán, relator del Consejo Real, por despacho dotado en Mastrich el año de 1541.

El rey don Felipe II, émulo de las glorias y altos pensamientos de su padre, ensanchó el archivo por las trazas del célebre arquitecto Juan de Herrera, encargando la ejecución a un tal Salamanca y a sus discípulos Mora y Maznecos. En tiempo de Felipe III continuaron las obras y un tal Praves era el arquitecto que entendía en ellas; pero aunque más tarde se volvieron a emprender y se llevaron algunas a cabo, no se saben las épocas. La planta o diseño del mismo Herrera pereció durante la invasión francesa en la guerra de la Independencia con otros papeles de algún interés. Lástima grande, por cierto, porque merced a la habilidad arquitectónica de tales maestros, se pudo dar una figura noble y bastante regular al castillo, aprovechando gran parte de la fábrica primitiva.

El servicio de la oficina ha estado desde su origen a cargo de un secretario archivero, cuatro oficiales y un portero, todos con reales despachos y plazas juramentadas. Dedícanse bajo la dirección del primero al despacho de los negocios de oficio y parte que ocurren, pero cuando no hay ocupaciones de esta naturaleza, empléanse en la formación de los índices de aquellos negociados, cuya conclusión se mira como obra de romanos por su extensión dilatadísima. Sólo con permiso superior pueden darse certificaciones a los particulares que las necesiten, según sus reglamentos, y de ningún modo es permitido el extraer los originales, a no ser que los pida el Gobierno, pero se facilitan a las academias, literatos y otras personas las noticias que apetecen, sin que sea lícito a nadie el manejo de los documentos a no mediar real orden al efecto. Como la oficina se abre indispensablemente todos los días del año, a excepción de los festivos y vacaciones, el portero está encargado de enseñar lo material del edificio, previa la licencia del jefe, a las personas que van a Simancas con este objeto.

Pasando el puente y puerta principal, que da entrada al archivo por la parte del Poniente, se encuentra una pequeña galería o soportal armado sobre cuatro arcos de piedra con sus columnas cuadradas, elegantemente contruidos, los que forman una ligera fachadita de tres balcones de antepecho, pensamiento, sin duda, del mismo Herrera, así por su belleza como por la feliz idea de unir la obra nueva con la antigua en términos que en nada la desfigura. De aquí, por unas fuertes y toscas rejas de hierro, malísimamente ejecutadas y que podrán ser muy bien las primitivas del castillo, se pasa a un zaguán o poterna antiguo, por el cual, después de dejar unas puertas de madera también antiguas, que indican haber estado forradas de cuero, se entra por un pasillo al patio principal, que es grande y casi cuadrado; pero antes de salir a éste se halla otra galería mucho mayor que la primera, si bien no de tan perfecto gusto, sostenida por arcos y columnas de piedra cuadradas. Desde este mismo patio, por una puerta pequeña que está a la izquierda, se sale atravesando la ronda a otra principal con su puente que conduce a la fuente llamada del Rey, traída a aquel sitio por Felipe II, para que pudiera servir en tiempo de obras y de algún incendio imprevisto.

A la derecha de la puerta anterior están las salas 1ª, 2ª y 3ª de Estado, que contienen los papeles de la misma secretaría y los de las

denominadas *Provinciales* de Nápoles, Sicilia, Milán, Flandes, Portugal, etc., del tiempo en que pertenecieron a la corona española. Las indicadas tres piezas, destinadas en la actualidad para el despacho de la oficina, están construidas con todo gusto. Tienen la estantería fabricada en el macizo de la pared, las bóvedas y cornisas son del mejor orden arquitectónico y todo ello forma un conjunto armonioso que gusta más cuanto más se examina. El suelo es entarimado para evitar la humedad de que en general adolecen las habitaciones de los entresuelos y de este modo puede estarse con alguna comodidad en ellas, especialmente en el invierno, en que están prohibidos los braseros por los estatutos.

Saliendo de estas piezas se pasa en seguida a la que fue en lo antiguo escritorio (hoy entrada al Registro General del Sello), porque en ella estuvo, en efecto, antes el despacho. Su figura es cuadrada y en los costados de la pared hay tres nichos como para estatuas, saliéndose de allí, por una puerta de hierro y otra de madera, muy bien hechas, a la ronda de la muralla que cae a la parte del Mediodía. En ella está armado un gracioso corredor de madera con alacenas que contienen los papeles de las visitas de los tribunales de Nápoles, Sicilia, Milán y otras.

La sala 1ª del Registro General es cuadrada con armazón de madera alto y bajo bien entallado como lo anterior, y en sus alacenas están colocados los papeles de esta clase, desde el año de 1571 al de 1605 que los franceses tiraron por el suelo, dislocándolos y mezclándolos unos con otros, como sucedió con todos los demás del Archivo. El techo es de bovedillas y sólo dan luz a la pieza dos ventanales con excelentes rejas.

La siguiente, también de Registro General, a la que se entra dejando un pasillo con cielo de bovedillas, en cuyas maderas se ven puestos algunos clavos romanos antiguos, o sea, del tiempo de la reforma del Archivo, es grande y armada por el estilo que la anterior, con bastantes luces, si bien las estorba algo la muralla un poco inmediata. Sus papeles empiezan en 1475 y llegan hasta 1570.

A la salida de esta pieza, por el pasillo indicado, se entra en un cubo, de los cuatro que tiene el edificio, llamado de Libros Generales de Relación, etc., cuyos negocios corrían en lo antiguo por la Secretaría de Cámara. Su figura es redonda con andenes para los libros, la pared muy gruesa, la bóveda antigua, el suelo de yeso y da entrada a la escasa luz que tiene una reja pequeña y de mal gusto; así es que más que otra cosa

parece este recinto una de las prisiones destinadas para reos de Estado de los que en algunas ocasiones fueron conducidos a la fortaleza.

Después del cubo referido, se halla a la izquierda una escalera interior de piedra, construida con el mayor acierto, por la que, después de haber subido dos cómodos ramales, se encuentra otro pasillo igual en todo al primero, que da entrada por uno y otro lado a los corredores de las salas del Registro General y del de las visitas de los Estados de Italia ya dichos, cuyos papeles alcanzan hasta el año de 1689.

A muy pocos escalones, que es preciso subir desde el pasillo de los corredores, se encuentra el Rotundín, llamado Patronato Real antiguo, pieza preciosísima por su bella construcción y antigüedad y por haberse depositado en ella con el mayor esmero y custodia en tiempo del rey don Felipe II, los papeles de más remota fecha y pertenecientes a los derechos de la Corona y aun a muchos particulares. Estaban allí en arcas y cajones curiosísimos de ricas maderas y primoroso herraje las leyes y pragmáticas, cortes, pleitos-homenajes y juramentos de fidelidad; el becerro de las Behetrías, muchas mercedes antiguas, testamentos de reyes, capitulaciones matrimoniales, derechos a Nápoles y otras Coronas, transacciones y ajustes con moros y caballeros de Castilla y las relaciones diplomáticas más antiguas con las potencias extranjeras; varias fundaciones, entre ellas la de San Lorenzo el Real, y muchos papeles pertenecientes al Patrimonio Real Eclesiástico, a Concilios y otras materias canónicas, a los maestrazgos de las órdenes militares, bulas de cruzada, subsidio; y, en fin, otros documentos ricos y de mucha consideración e importancia.

Todos ellos fueron extraídos del archivo por M. Guiter y conducidos a París en sus arcas por orden del emperador. Lo mismo aquí que en otras salas todo se violentó y atropelló: desquiciáronse puertas, rompiéronse alacenas y allanáronse en tales términos este y algún otro aposento, que sólo las garduñas y lechuzas le escogieron para guarida durante algún tiempo.

De aquí, subiendo algunos tramos por la misma escalera, se halla otro pasillo, por cuya derecha se entra en una sala grande, llamada Secretaría de Hacienda, con alacenas bajas y corredor, todo construido

por el mismo orden que las del registro. Los papeles de las alacenas bajas pertenecen a la ya dicha Secretaría de Hacienda, la de millones y media anata¹⁰⁸; los del corredor, a la Contaduría del Sueldo, más antigua. El techo es de bovedillas y el pavimento de ladrillo, con luces más claras que las de las piezas precedentes.

Pásase en seguida a la Escribanía Mayor de Rentas, que sirvió mucho tiempo de cuerpo de guardia a los franceses y de donde el mencionado M. Guiter sacó los libros de mercedes antiguas para conducirlos a París con la correspondencia diplomática. La armadura está hecha por el mismo orden y estilo que las anteriores y los papeles de su corredor pertenecen a Contadores antiguos. El techo es de bovedillas y el pavimento de baldosa pequeña raspada, para darle asiento y unión, que no puede mejorarse. A la parte del Mediodía tiene un pequeño balcón voladizo, al que se sale por una puerta de hierro, de sencilla pero excelente construcción, siendo de admirar el lienzo de esta parte por la unión de la obra vieja con la nueva.

Continuando la escalera interior se sube por ella al tercero y último piso, y, al finalizarla, a su derecha se encuentra el cubo de Obras y Bosques, que fue la pieza primitiva donde se pusieron los papeles que pudieron recogerse. Toda está armada con alacenas altas y bajas, y su excelente bóveda tiene en el centro las armas de la casa de Austria. Se percibe aún una cornisita o friso al remate de las alacenas del corredor, que parece indudablemente de Berruguete.

A la derecha se encuentra la Cámara de Castilla, donde se custodian los papeles tocantes a las dos Secretarías de este Consejo y Tribunal Supremo desde el tiempo de los señores Reyes Católicos. De aquí se extrajeron para Francia varios legajos de hidalguía. La pieza es larga y clara, con andenes de yeso, piso y techo de los mismos, y a su entrada hay un balcón que domina bastante al Oriente.

Hállase en seguida otra pieza con los andenes, suelo y techo como la anterior, donde estuvieron colocados los papeles de las Secretarías de

¹⁰⁸ La “media anata” era un impuesto honorífico, equivalente a la mitad de lo que se produce en un año; fue suprimido en 1809 por José Bonaparte y restablecido por Fernando VII en 1824. Seguía en vigor cuando Gil visita Simancas. Fue abolido definitivamente en 1846. [Nota del ed.].

Indias trasladados a la Casa de la Contratación de Sevilla para formar el Archivo llamado de Indias. Posteriormente se han colocado en ella varios legajos de pleitos finalizados en el Consejo Real y otros libros de la Contaduría del Sueldo.

A continuación está la sala que se llama Barras de Hierro, por ciertos barrotes que parecen puestos para ligar y sujetar la pared y bóveda. Hoy se titula de Pesquisas y Averiguaciones, y contiene muchos documentos importantes de hacienda. Los andenes y el suelo son iguales a los de las piezas anteriores.

Al remate hay otra sala ovalada, llamada el cubo de los Balcones, con los papeles del Patronato Eclesiástico. La figura es un octágono con andenes de yeso y suelo igual. Tiene en el centro tres hermosísimos balcones voladizos, cuya vista es, sin duda, sorprendente, porque se percibe sin dificultad desde ellos toda la amena campiña de Valladolid, poblada desde la salida del puente de la villa de arbolado, viñado y graciosas casas de campo. Divísanse también desde allí las sierras de Segovia, Guadarrama y las de Ávila, a pesar de la gran distancia a que están y, por último, también desde aquí se nota el punto de confluencia de los ríos Duero y Pisuerga, que mezclan sus masas cristalinas a la inmediación de la Cartuja de Aniago, sitio deleitoso en primavera. Sin embargo, aconsejamos al que tan delicioso paisaje haya de disfrutar que no vuelva su vista a la triste población de la villa, porque no puede darse desencanto mayor, y por fuerza hay que separar de allí los ojos en busca de las bellezas del cielo y de los campos.

Después se pasa a las salas 7^a y 8^a de Hacienda, que están al mismo piso. En la mayor de ellas, que es la octava, prendieron fuego al tejado los soldados franceses de la guarnición, y a pesar de la prontitud con que se acudió a cortarlo, no dejaron de perecer muchos papeles y estropearse otros, como es consiguiente en lances de esta naturaleza. Los estantes, suelo y techo, todo es de yeso.

En seguida, bajando por otra escalera interior de piedra no menos bien entendida y ejecutada que la anterior, desde el segundo ramal, por dos o tres escalones que hay a la derecha se desciende a un cuarto oscuro o sea pasadizo. De éste se pasa a otra sala bastante larga. A continuación y a la izquierda se halla otro cuarto bastante capaz, aunque escaso de luz,

y a su salida y a la misma mano, subiendo dos escalones, se encuentra otra pieza grande dividida por medio. Ésta y las anteriores están armadas con andenes de yeso y componen, entre todas, las salas 5ª y 6ª de Hacienda. Los suelos son de yeso y el techo de bovedillas.

Más adentro de la última de las salas precedentes está el cubo de la Corona de Aragón, de bastante local, con una bóveda de gran solidez, estantes de yeso y suelo de ladrillo, donde hay papeles pertenecientes al título de su denominación y de las secretarías de Aragón, Valencia, Cataluña, Mallorca, Menorca, Ibiza y Cerdeña, que también fueron conducidos a Francia en su mayor parte.

Retrocediendo de las piezas indicadas, después de subir los mismos escalones, a su frente hay otro cubo cuadrado por dentro, donde antiguamente estuvo la oficina de la pagaduría de obras y dependientes del Archivo. En la actualidad tiene estantería de yeso y suelo de lo mismo y está ocupado con papeles de la contaduría mayor.

Partiendo de este tránsito, al finalizar la escalera se pasa a una pieza grande, sin andenes de estantería, con excelente bóveda, cornisa y suelo de jaspe, que da entrada a otra de igual extensión por medio de una portadita trazada con todo gusto, sobre la cual está el escudo grande de las armas reales abierto en piedra berroqueña con prolijo esmero.

Esta sala, que es la 4ª de Estado, es propiamente regia por su construcción en dos bóvedas, cornisas y pavimento de jaspe de colores. Dos grandes ventanas con rejas bien hechas, que miran al Mediodía, la bañan de luz y de sol, y los estantes fabricados en el macizo de la pared en nada la desfiguran.

Pásase a continuación a la sala 5ª de Estado, que es un cubo ochavado construido por el mismo orden y estilo que la pieza anterior, y en ambas se conserva la correspondencia diplomática con las cortes extranjeras, conducida a París al principio de la guerra de la Independencia y devuelta después con las que contienen la 2ª y 3ª sala de este título. Los de la 1ª no pudieron ser llevados, porque se trasladaron desde Madrid al Archivo en 1816. Alcanzan hasta la muerte de Carlos III.

De todos los papeles conducidos a París fueron devueltos la mayor parte en 1816, excepto la correspondencia diplomática íntegra con aquella corte y otros interesantes instrumentos extraídos de diferentes

negociados, cuya remisión no ha conseguido el Gobierno a pesar de las reiteradas instancias hechas al intento en diversas ocasiones.

Desde las salas de Estado altas y su recibimiento se pasa por la derecha a la escalera principal del edificio, toda de piedra perfectamente labrada y obra maestra en el arte arquitectónico. Toda ella es espaciosa y clara, y está dividida en tres cómodos ramales.

A la izquierda de la galería del patio hay otra escalera principal, toda de piedra también y excelentemente trabajada, trazada en tramos bastante cómodos, concluida la cual se presenta otro tránsito como el primero, pero sin arcos, si bien con grandes ventanas de antepecho. A la derecha está la capilla que sirvió a la fortaleza, bastante antigua, porque los adornos de las bóvedas son del estilo arabesco y entre las fajas o cintas del techo se divisan algunas letras. El retablo que representa la Adoración del Señor es de mano regular.

Saliendo de la capilla, a la izquierda de la escalera, hay una puerta grande de dos hojas que da entrada a la vivienda que tuvieron los secretarios del Archivo en algún tiempo; pero escaseando el local por las últimas remesas de papeles, en 1826 fue preciso habilitarla, dividiéndola en ocho salas bastante capaces. En las primeras seis se colocaron los papeles de la Secretaría de Guerra y en las dos restantes los de Gracia y Justicia. La estantería, suelos, puertas, ventanas y vidrieras, todo es nuevo.

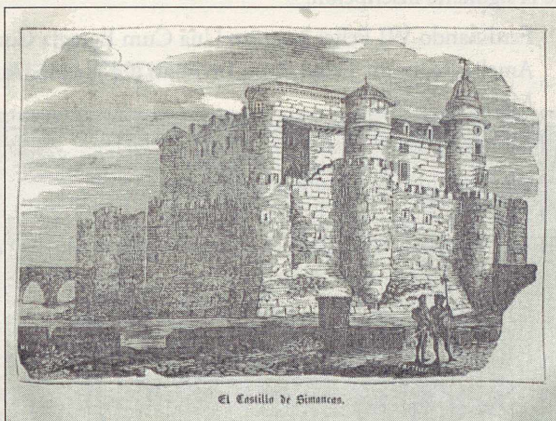
Es ya muy escaso el local que falta habilitarse en el edificio para llenarse todo de papeles, pues verificada la obra del último presupuesto hecho en el año de 1830, no podrán colocarse otros que los que hay aún en Madrid, en las oficinas dependientes del Gobierno, hasta acabar el siglo anterior. El ampliar el archivo, como estaba premeditado en tiempo del señor don Carlos III, con otro nuevo edificio, a cuyo objeto se mandaron ir juntando algunos materiales en aquella época, es ya dificultosísimo, y por lo mismo tendrá el Gobierno que pensar en ello con alguna anticipación.

Otras razones hay más poderosas si cabe en el orden moral para el mantenimiento y conservación de este depósito venerado de nuestras glorias y grandezas, pues, aunque reducidas a tan breve espacio y compendio, sobrado alta y clara es la voz en que hablan a cualquier corazón generoso y verdaderamente español. Su importancia histórica,

por otra parte, es grande a todas luces por las escenas diversas que han pasado en el recinto de sus murallas. La prisión de los comuneros vencidos en Villalar y el tormento y muerte del obispo Acuña a manos del feroz alcalde Ronquillo componen un drama de extensas dimensiones y de vivísimo interés. Nunca estará de sobra en verdad el cuidado y la diligencia, cuando se trata de conservar estos monumentos famosos, páginas las más elocuentes de la historia de los pueblos.

Los trabajos, erudición y método del archivero don Tomás González, que en 1815 vino a reparar todos los desórdenes y trastornos causados por la guerra, tuvieron el resultado aventajado y meritorio que era de esperar de sus luces y laboriosidad. El servicio que entonces prestó a su país fue grande de todas veras y nos alegramos por nuestra parte de poder ofrecerle en esta ocasión nuestra buena memoria y sincero agradecimiento.

Por vía de apéndice insertamos a continuación las inscripciones y leyendas que hay en diversas partes del Archivo.



INSCRIPCIONES Y LEYENDAS QUE CON REAL ORDEN
SE HAN PUESTO EN EL REAL ARCHIVO DE SIMANCAS

Sobre la puerta de la entrada principal del archivo que está en el patio, en un elegante cuerpo de arquitectura fingido, se ve escrito en letras de oro:

Ferdinandus VII P. F. P.P. magnum
Castellae Chartphilacium injuria temporum
Saevaque in Gallos belli clade
Pene evulsum in novum traxit nitorem
Sumptu regio anno MDCCCXV.

Encima de las puertas de bronce que hizo Berruguete para el archivo de los testamentos de los reyes en el Rotundin, llamado Patronato Real Antiguo, en una lápida de buen gusto se escribió en letras de oro:

Vetustissimi codices Regii Patronatus hic a Caroli V temporibus
custodii gallorum irruptione Lutetiam deportati fuerunt MDCCCXI.
Ferdinandus VII paterna sollicitudine restituit anno MDCCCXVI¹⁰⁹.

¹⁰⁹ La inscripción que llama la atención de Gil era reciente: "Tan secreto e inviolable es el lugar que, en 1826, se instaló una cartela conmemorativa sobre una de las cajas fuertes en la que se destacaba el papel del rey Fernando VII como restaurador de un archivo cuyas dependencias habían sido violadas por las tropas francesas y parte de sus documentos robados y trasladados a París. Una inscripción cuyo objetivo no era que pudiese ser observada por las personas, sino que supusiese un acto de recuperación de su carácter sagrado y oculto". Martínez García, *El Archivo de Simancas en el Antiguo Régimen*, *Boletín de Anabad*, V. XLIX, núm. 2, abril-junio 1999, pp. 83. [N. del ed.].

A la subida de la escalera principal, en una tarjeta de elegante composición y adorno, se lee la siguiente inscripción:

Ferdinando VII Felici Augusto Una Cum Egregia Conyuge Iosepha
Amalia Reginum Tabularium Invisenti X Kalendas Augusti Anno
MDCCCXXVIII.

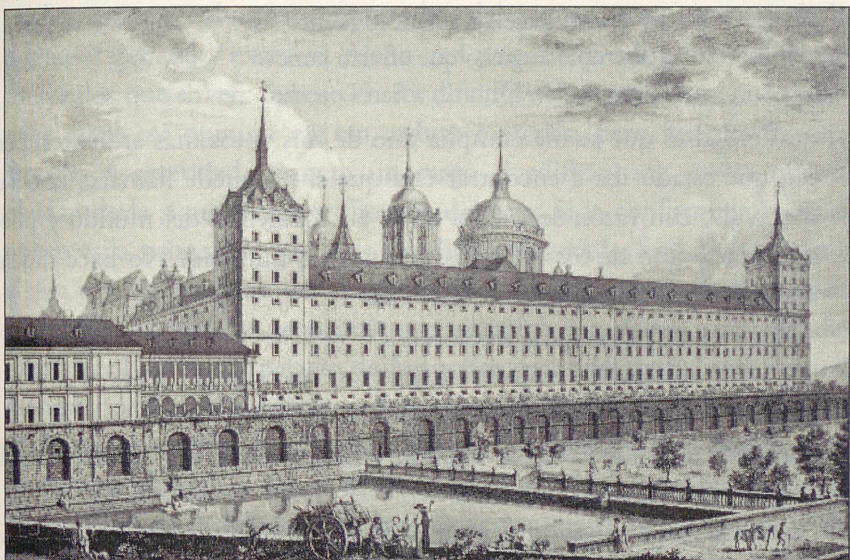
En la mampara de la sala 4ª de Estado se lee:

Sacramentum Regis abscondere bonum est¹¹⁰.

Semanario Pintoresco Español 2ª serie, núm. 38, pp. 298-301, 22 de septiembre 1839.

¹¹⁰ Las dos inscripciones finales que recoge Gil están relacionadas. “*Sacramentum Regis abscondere bonum est*” [“Es bueno guardar los secretos del Rey”] es un versículo de la Biblia (Tobías, 12,7) citado frecuentemente (San Agustín, Santo Tomás, etc.) y pintado en una sala de Simancas. Con ocasión de una visita del rey Fernando VII, “la reina María Josefa Amalia, mujer de Fernando VIII, reparó mucho e hizo notar al Rey una pintura que hay en la mampara 40 de Estado que representa a un León Coronado entre las columnas de Hércules y entre las garras una targeta con esta leyenda *Sacramentum Regis abscondere bonum est* Tob 12, 7, diciendo al Rey: -Mira, lo de Tobías. Y el Rey dixo al Comisionado Don Tomás González, -¿Lo ha puesto vmd.? Están con mucha oportunidad. -Sí, dixo la Reyna, no puede haber letrado mejor ni más oportuno para este sitio”. [*Libro de Visitas y Registro de Títulos de Funcionarios del Archivo de Simancas*, fol. 26, cit. por Martínez García, o. c., pp. 77-117]. El archivero Tomás González es el mismo al que Gil ofrece “nuestra buena memoria y sincero agradecimiento”. [N. del ed.].

13. Una visita al Escorial



Mucho tiempo hace que ardía en deseos de visitar El Escorial, sin que las circunstancias particulares de mi vida me hubiesen permitido contentar esta natural curiosidad que todos mis pensamientos y estudios contribuían a avivar y encender. No era una vana recreación de los sentimientos, ni el ansia de respirar aires más frescos y benéficos que los abrasados de la capital, la que sin cesar me hacía volver la vista a las faldas del vecino Guadarrama. El pasto de la imaginación y del entendimiento, junto con los ecos del corazón, era lo que yo buscaba en aquellos sitios y monumentos, testigos elocuentes, aunque mudos y en el día desamparados, de aquellos tiempos en que el poder, la sabiduría y el valor eran el carro de triunfo en que el nombre español paseaba los ámbitos del mundo.

En aquel emporio del arte esperaba encontrar la expresión viva y animada de nuestra nacionalidad a fines del siglo XVI y algún reflejo del sol de la Monarquía que entonces brillaba en mitad de los cielos y que tan rápidamente se avecinaba al ocaso.

Ocupado en estos pensamientos me encaminaba este año a El Escorial y no acertaré a decir si fue más de alegría que de tristeza la impresión que recibí, cuando desde las áridas cuestas de Galapagar vi dibujarse, sobre el fondo pelado y pardusco de las montañas, las torres

...y el ventanaje del soberbio lienzo
del templo augusto que ofreció famoso
Filipo en San Quintín a San Lorenzo.

Verdad es que se me cumplía uno de mis votos más ardientes; pero, ¿en qué estado iba a encontrar ésta que si no puede llamarse la octava maravilla, con razón se cuenta entre las maravillas del mundo y puede apellidarse uno de los milagros del ingenio humano? No hace muchos años que un poeta ilustre decía de ella:

Que en destinos contrarios
es palacio magnífico a los reyes,
y albergue penitente a solitarios¹¹¹;

pero los solitarios ya no lo habitan y hace tiempo que la planta de los reyes no atraviesa sus umbrales.

Desde luego cautivó mi atención la perfecta armonía que guardaba la casa de los cenobitas con los lugares en que tenía su asiento y con el objeto de su instituto. Situada a media altura de la desnuda y difícil montaña y dominando como señora los frescos vergeles de la Herrería y de la Fresneda, estaba en la actitud de un hombre que, decidido a levantar su espíritu a las regiones de la meditación y del sentimiento, se despide de los huertos deliciosos de la llanura y a la mitad de su penoso camino se para a cobrar aliento para mejor trepar a la montaña áspera de la abnegación propia.

Ya sabía yo que la elección de sitio había sido objeto de la más viva solicitud del fundador y que sólo después de muy maduras deliberaciones habían merecido su aprobación las colinas que dominaban la entonces miserable aldea de El Escorial; pero tan acertado acuerdo comenzaba a poner de bulto ante mis ojos su alto espíritu y rara capacidad.

¹¹¹ Versos de *El panteón del Escorial*, de Manuel José Quintana, 1821. [N. del ed.].

Mi primer cuidado al apearme fue lanzarme en busca de la entrada y fachada principal del monasterio. Deseaba juzgar por mí mismo, en cuanto mis escasos conocimientos alcanzasen, si eran fundados los cargos que había oído hacerle sobre la mezquindad que resulta de las medias cañas o columnas empotradas, del numeroso ventanaje y de la desnudez general y excesiva. Ajeno casi por entero a los conocimientos profundos que sirven de base al arte difícil de la arquitectura, poco peso debe tener mi opinión en tan arduas materias; pero los que de esta sencillez y severidad levantan un cargo al edificio, me parece que se olvidan de la significación y filosofía del arte. Si la conformidad con el objeto es la primera ley de todo el edificio, fuerza les será convenir que el aire grave y modesto del conjunto era lo único que podía decir bien con la austeridad y recogimiento monacal y con el carácter del fundador. En vez del palacio de los poderosos reyes de España, vean el monasterio de San Jerónimo, y seguro es que su opinión se modificará.

De todos modos, y cualquiera que sea la impresión que resulte de la fachada, el soberbio Patio de los Reyes es digno preliminar de la suntuosidad de la iglesia y de las demás riquezas arquitectónicas y de todas clases de la fábrica. La trabazón, ajuste y buena correspondencia de que resulta gran hermosura, a pesar de que ningún mérito especial tiene la arquitectura que forma los lienzos del Norte, Poniente y Mediodía, las seis magníficas estatuas colosales de otros tantos reyes del Antiguo Testamento y las dos gallardas y elegantes torres forman un conjunto de todas veras sorprendente.

La iglesia era el principal objeto de la obra de Felipe II, así porque con ella cumplía el voto o promesa hecha a San Lorenzo el día de la victoria de San Quintín, como porque pensaba que sirviese de panteón regio estrenándola con el entierro y traslación del cuerpo de su augusto padre, que en su testamento le había dejado encomendada la elección del lugar de su eterno descanso. Así es que, como advierte muy bien el P. Sigüenza¹¹², a ella van a parar como a un centro común y están subordinadas todas las líneas y partes del inmenso edificio con tan exquisita armonía y tan completa unidad, que desde luego se conoce el particular amor y esmero del fundador y de los arquitectos. No ha sido

¹¹² *Historia de la Orden de San Jerónimo*, libro 4º, discurso XII.

ni es mi ánimo detenerme en la relación de sus partes y adornos de todos géneros, porque esto, además de prolijo y poco necesario, habiendo tantas relaciones precedentes, extendería demasiadamente los límites de este artículo; pero me parece digno de advertirse que en este templo que anonada con su grandeza y debajo de su soberbia cúpula, es donde se concibe la inmensidad de la obra que emprendió y prosiguió con ejemplar constancia por espacio de treinta y ocho años uno de nuestros mayores monarcas.

Animado debía de ser el cuadro que presentaban no ya las cercanías de El Escorial únicamente, donde tantos millares de hombres y de bestias sin cesar iban y venían con tan maravilloso orden y concierto como pudieran las abejas en una colmena, sino también otros puntos más distantes en que nacionales y extranjeros trabajaban de consuno para dar cumplido remate a tan atrevida empresa. En las canteras de jaspe, vecinas a El Burgo de Osma, andaban sacando y labrando españoles e italianos los jaspes pertenecientes a la fábrica. En Madrid se hacía la obra de la custodia, el relicario y parte del retablo grande, y en Zaragoza se fundían y labraban las rejas principales de bronce de la iglesia y los antepechos que corren por lo alto de ella. En las Sierras de Filabres se sacaba mármol blanco, y en las de las Navas y en Estremoz y en las orillas del Genil junto a Granada y en las sierras de Aracena y otras partes mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos y de cien hermosos colores y diferencias.

En Florencia y en Milán se fundían grandes figuras de bronce para el retablo y entierros. En Toledo se hacían lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata. Al mismo tiempo, se pintaban multitud de cuadros y de historias; los frescos de Peregrín de Peregrini y de Lugueto; los admirables cuadros al óleo de nuestro insigne Juan Fernández de Navarrete, *el Mudo*; las no menos pasmosas iluminaciones de los legos fray Julián y fray Andrés de León; venían de Flandes otras innumerables pinturas de paisaje; cincelaba Juan Bautista Monegro sus hermosas estampas; y se copiaban libros riquísimos para llenar la magnífica biblioteca. No hablo aquí de las demás obras rurales o pertenecientes a este género que en la Huerta, en la Fresnada y en el Quejigar se continuaban con singular empeño, ni menos de las fuentes, conductos, arcas de agua, fundiciones de todas clases, ornatos

preciosísimos de iglesia; solamente he querido presentar un breve resumen del aliento y calor que entonces recibían del rey, inmediato inspector de todo, las artes más nobles y más dignas de levantar el ingenio del hombre a pensamientos sublimes.

Era Felipe II asentado y grave en demasía en todos sus planes y propósitos para pagarse de relumbrones pasajeros y ceder a la necia vanidad de ostentar lujo y esplendor. La solidez, la claridad y el buen concierto y correspondencia de las partes forman la base de este edificio, en que, sin embargo, el pormenor más insignificante y abandonado al parecer descubre de muy lejos la magnificencia del fundador. Los anchurosos y bien trazados escalones de la escalera principal, las jambas y dinteles de las enormes puertas, las columnas de la bella galería llamada *de los convalecientes*, están labrados de una sola pieza, ofreciendo así líneas harto más puras y severas que si fuesen de materias más preciosas y careciesen de tan noble cualidad. En toda la obra se divisa la influencia de una inteligencia elevada y robusta, que con toda distinción abrazaba y clasificaba la portentosa unidad del conjunto y la no menos portentosa variedad de los detalles.

Cualquiera que fuese sin embargo la sencillez y llaneza del fundador en todo lo perteneciente a los usos de la vida y a las exigencias de la vanidad, donde quiera que se trataba de dar realce y desarrollo a una idea general todo venía estrecho a su grande ánimo. Buenos testigos de ello son las innumerables riquezas con que supo adornar la iglesia y todo lo adyacente, el lujo de los ternos y ornamentos, las estatuas de bronce de Pompeyo Leoni, la custodia de Jacobo Trezzo, los frescos de Lucas Cambiaso, los cuadros al óleo de Peregrín, del famoso Fernández de Navarrete, de Alonso Sánchez Coello, el Tiziano portugués y de Federico Zuccaro, la exquisita labor, excelente diseño y riquísimas maderas de la sillería del coro, su librería numerosa y escogida y, por último, el maravilloso crucifijo de Benvenuto Cellini que está en el trascoro y sirve de digno remate a todas estas grandezas. El claustro principal que por andar a su alrededor las procesiones forma también parte de la iglesia, contrasta con la extraordinaria desnudez de los laterales por los frescos atrevidos y vigorosos de Peregrini, que a tiro de arcabuz descubren la gran escuela de su famoso maestro Miguel Ángel; por las estaciones o retablos cerrados y pintados por dentro y fuera, obra

del mismo, de Rómulo Cincinato y de los españoles Luis de Carvajal y Miguel Barroso por los lienzos del *Mudo* que adornan el claustro alto; y por el bello templete de los evangelistas que están en el medio con sus fuentes y estatuas de Juan Bautista Monegro. Tal y tan grande era la afición de este monarca a las pompas del culto católico, cuya unidad simbólica representaba a sus ojos una idea luminosa de gobierno y de fortaleza, única que en el siglo XVI podía comprender su vasta y enérgica capacidad.

Sin embargo, si a solo esto se redujese su magnificencia, a los ojos de aquellos para quienes el arte no levanta su voz mágica, pudieran pasar estos esfuerzos por hijos legítimos de un fanatismo poco ilustrado, pero el templo que levantó al saber en la suntuosa biblioteca prueba que su alma estaba templada para comprender a su gran siglo. Sabido es que uno de los objetos de su predilección fue fundar a la par del monasterio un establecimiento completo de educación, planteando y dotando competentemente un seminario destinado a la primera enseñanza y un colegio destinado a la segunda, que han durado hasta nuestros días.

Harto conocía que las luces y la verdadera religión se hermanan por una lógica y natural conformidad, y así es que no sólo allegó para este gran depósito los libros propios de las ciencias eclesiásticas, sino que procuró convertirle en un centro común de cuantos conocimientos formaban entonces el patrimonio del entendimiento humano. Juntóse grandísima copia de manuscritos de la mayor antigüedad y respeto, griegos, hebreos, árabes, caldeos, latinos y los pertenecientes a las lenguas modernas; aquí vino a parar la famosa colección del célebre historiador y diplomático don Diego de Mendoza; aquí se reunieron en crecido número devocionarios riquísimos y volúmenes de grabados y dibujos excelentes para entonces, que podían servir de guía y de ejemplo a los que hubiesen de abrazar tan difícil carrera; aquí vinieron a parar también el *Códice Áureo*, joya inapreciable, no sólo por la bibliografía, sino también para marcar los pasos del arte del diseño, el *Apocalipsis* del apóstol San Juan, con iluminaciones y figuras de gran precio para la historia del arte y, finalmente, infinito número de globos, esferas, astrolabios, mapas, instrumentos astronómicos y geográficos de todas clases y hasta modelos de embarcaciones.

Por duro y pesado que se hiciese el yugo de este rey en los puntos de fe y de creencias, fuerza es confesar que no era uno de esos tiranos vulgares que se convierten en centro de todas las combinaciones y, para manejar y dominar mejor la situación, tienden a igualar con su pequeñez el movimiento de los pueblos que rigen. Felipe II no ahogaba, sino que procuraba encaminar a un determinado fin los elementos de progreso intelectual y moral que tanto bullían en España, y más bien acaudillaba que embarazaba la marcha general de las ideas. No debemos olvidarnos de que en su tiempo, con instrucciones en gran parte redactadas por él y escritas de su propio puño, acometió el ilustre Arias Montano la gigantesca tarea de su *Biblia* políglota, monumento, único en su tiempo, de saber y de grandeza, así en el pensamiento como en la ejecución.

A sus expensas también, y por encargo especial suyo, emprendió el doctor Francisco Hernández, natural de Toledo, su viaje a las Indias Orientales, de donde volvió al cabo de cuatro años con quince tomos en folio en donde traía pintados con sus propios colores y proporciones las plantas, animales y trajes de aquellas remotas regiones y explicadas con gran orden y concierto sus virtudes, usos y condiciones¹¹³. El rey acudió con larga mano a los gastos de esta importante obra y la hizo encuadernar con el esmero y decoro que merecía. Y por último, para prueba de la tolerancia de este rey en todo lo que inmediatamente no se rozaba con las cuestiones de gobierno y con el orden establecido, baste advertir que Juan de Mariana escribió y publicó en su tiempo su libro *De Rege et regis institutione*, que poco después fue quemado en París por mano del verdugo y que en determinados casos abogaba por el regicidio, sin que a su autor le vinieran por eso disgustos ni persecuciones de ninguna clase.

Excusado parece añadir que quien tanto honraba la sabiduría y los sabios procuraría aposentar sus obras de una manera digna de su poder y de sus altos pensamientos. Efectivamente, la biblioteca de El Escorial, al decir de nacionales y extranjeros, es uno de los monumentos más notables que se han levantado a la gloria de las artes y las letras. Muchos

¹¹³ En el año de 1790 se reimprimieron las obras del Dr. Hernández en la imprenta de Ibarra, bajo la dirección del distinguido botánico don Casimiro Ortega.

de los segundos han atribuido a Miguel Ángel los admirables frescos de la bóveda; tan valiente y atrevida manera desplegó Peregrín en ellos. Aunque de género distinto, no menos agradables parecen las composiciones de Bartolomé Carducci que corren a lo largo de las paredes por encima de la estantería, alusivas a la clasificación de las ciencias, representadas por otras tantas matronas en la clave de la bóveda, comenzando por la filosofía y acabando por la teología, dechado entonces de perfección y término de todo esfuerzo y estudios. Con estos bellos adornos cuadra la estantería de orden corintio tan bien concebida como labrada, y donde se emplearon las maderas más ricas y costosas que entonces se conocían, como ácana, cedro, caoba, naranjo y otras varias que forman excelente concordancia con el pavimento y zócalo de mármol y jaspe y con las mesas y demás adornos.

De esta hermosa colección, que aunque no tuviera otro mérito que el haber sido ordenada por el ilustre Arias Montano debería tener subido precio a los ojos de todos, consumió gran parte el desastroso incendio acaecido en tiempo de Carlos II. Allí perecieron la mayor parte de los manuscritos árabes, juntamente con el estandarte del profeta que tomó en Lepanto don Juan de Austria, y a duras penas se pudo cerrar a las llamas el paso a la pieza principal, donde están las pinturas de Peregrín y Carducci. Perdiéronse aquí grandes riquezas y originales que ha sido imposible reemplazar, y junto con ellos gran porción de instrumentos físicos y matemáticos.

Como según ya dejo indicado no es mi propósito dar menuda cuenta de las bellezas artísticas del edificio y prefiero hablar de aquellas cosas que más dan a conocer su índole y carácter, justo será decir algo del aposento del fundador. Si fuese necesario probar que su alma vivía en la región de las ideas y grandes hechos, bastaría la presencia de esta celda desnuda y pobre como la del último fraile para ponerlo de manifiesto. Hay un secreto impulso que hiela y comprime a vista de aquellas paredes blancas, de aquel friso de azulejos, de aquellas mezquinas alacenas metidas en la pared, de aquella silla de simple terciopelo verde con la banqueta para extender la pierna mortificada de la gota y, finalmente, del aposentillo lúgubre y oscuro que da vista al altar mayor

y donde sufrió su última y horrible enfermedad, cuya narración eriza los cabellos, con la constancia de un estoico y la resignación de un cristiano.

Los padecimientos de Job en realidad no parecen sino símbolo y parábola incompleta de los de este monarca, que ni se quejaba ni disputaba sobre su inocencia, viendo su cuerpo consumido de podre, y que ni podían llegar a él, ni refrescarle, ni aliviarle en manera alguna.

Ordenó que su hijo se hallase presente al darle la extremaunción y le dijo: “He querido que os halléis presente en este acto para que veáis en qué para el mundo y las monarquías”. Encargóle mucho mirase por la religión cristiana y defensa de la santa fe y por la guarda de la justicia y procurase gobernar y vivir de manera que cuando llegase a aquel punto se hallase con seguridad de conciencia; mandóse descubrir las llagas grandes que tenía y le dijo: “Ved, hijo mío, cómo trata el mundo y el tiempo a los reyes, y la igualdad con que padecen todas las miserias a que está sujeto todo hombre, y considerad que, aunque yo he vivido con el cuidado que me ha sido posible de cumplir con mis obligaciones, aquí me ha castigado Dios hartas faltas que debo haber hecho, con lo que ha sido servido que padezca, y allá no sé cómo será; mirad qué hará a quien se derramare más”. Y mostrándole tras esto un crucifijo y una disciplina llena de sangre, le dijo: “Con este crucifijo murió, hijo, vuestro abuelo el Emperador, mi señor, tan católico como yo, y con su ayuda acabó; haced vos lo mismo reverenciando esta santa imagen de Dios como lo debéis e hicimos su majestad y yo, y mereceréis las mercedes que pueda haceros. Y esta sangre de esta disciplina no es mía, sino del Emperador, mi señor, y yo ejercité mal este bien, pero hela guardado porque, además que es nuestra, aprovecha para que nos acordemos de que nosotros, mejor que nadie, tenemos necesidad de derramarla en esta forma. Tomad y guardad estas reliquias teniéndolas en mucho y quedad con Dios, bendecido de Él como de mí”, y “bendiciéndole como pudo, le dejó y no le vio más”.

He copiado este cuadro tan sencillo como enérgico del libro de Baltasar Porreño titulado *Dichos y hechos de Felipe II*, persuadido de que darían harto mayor idea sus palabras que no las mías de este extraño carácter, que con la muerte cobraba, si cabe, mayor realce, como con un cristal de aumento. Carácter que con un sello indeleble está grabado en todas y en cada una de las partes del edificio, página en mi entender tan

viva y elocuente de su historia y de la historia de la nación, que tengo por incompleto cualquier estudio que se haga sin tenerla a la vista. Ni concluye en su reinado, pues sucesivamente la piedad de los reyes fue adornando y embelleciendo este monasterio con los lienzos admirables de Velázquez, Zurbarán, Carreño, Pantoja y Coello, y con los frescos de Jordán; que si bien incorrectos en su dibujo, con razón asombran por su imaginación riquísima, composición clara y atrevida, variedad infinita de escorzos y posturas, valentía en los términos, y, sobre todo, por su fecundidad y lozanía inagotables.

De manera que allí patente se ve el vigor y decadencia en el arte, compañero del vigor y decadencia en la Monarquía, pues para que ni aun contrastes falten a esta obra, al lado de la severidad magnífica y solemne del rey que sólo gastaba en su casa cien mil ducados, se ven los púlpitos chillones y de perverso gusto y mezquino primor, mal pegados a la iglesia, en tiempo del último monarca, que por su parte distaba tanto del fundador como su obra de los entierros reales y del retablo principal.

Si esta obra pasa con razón por una de las más nacionales, por la más nacional quizá de España, pues ninguna mejor ni más completamente que ella refleja la fisonomía de aquel tiempo, en que puesta debajo de la mano de Felipe II figuraba un cuerpo compacto y bien ligado, claro está que es deber muy estrecho de los que rigen sus destinos conservarla a toda costa. Mala cuenta darían de su encargo los que se olvidasen de que las naciones viven en su parte moral, que no se despierta sino a vista de los grandes pensamientos y de las acciones elevadas. Si prescinden de las necesidades intelectuales de sus pueblos, otro tanto valdría que gobernasen un rebaño de animales.

Abandonar El Escorial a la mala suerte que ha comenzado a caberle, con tanta injusticia como responsabilidad de los que pudiendo remediarlo no lo han hecho, equivaldría a proscribir tácitamente en España todos los impulsos nobles del corazón y del entendimiento; equivaldría a ajar el resto de dignidad y noble orgullo que heredado circula en nuestras venas a despecho de la suerte; equivaldría, finalmente, a cegar una fuente de riqueza material privando a los

extranjeros de este estímulo para visitar nuestro país, dejando en él su dinero y cobrando estimación a un pueblo que, si ha caído de la rueda inestable de la fortuna, todavía no ha abdicado por entero su antiguo carácter. Harto importante papel se han arrogado los intereses para que el culto de los sentimientos y de las ideas ande tan tibio y abatido y desamparado de los pocos hombres capaces de apreciarlo.

El gobierno debe pensar en resolver con acierto el problema de la conservación de este joyel inestimable, cifra de nuestra pasada grandeza. En mi opinión, no hay más que un medio, que es establecer en el edificio una corporación que con espíritu de tal lo cuide y mantenga, cualquiera que su nombre sea, que en punto a nombres no es regular pararse ni asustarse, tratándose de un asunto de tanto interés; de lo contrario la degradación sucesiva del edificio es inevitable. Ni en la diligencia del administrador del real sitio ni en el estrecho círculo de sus escatimadas atribuciones cabe el atender a tan vasto cargo, ni reparar todos los quebrantos.

Gotera que se remediaba con cortísimo desembolso, mientras va el parte, viene la orden, se forma el presupuesto y se apuran los trámites oficinescos, levanta ya considerable costo, si no ha hecho daños irremediables. Unas cuantas han acabado con el techo de la galería de las Batallas, pintado de bellísimos grutescos por los hermanos Bergamascos, Fabricio y Granelo, y si en la bóveda de la escalera principal se abriesen algunas (cosa muy natural atendido el ventarrón casi continuo), a poco que se descuidasen darían en el suelo con los celebrados frescos de Jordán.

Ya en el día, en un abandono deplorable, se empolva, reseca y descascara la famosa cena de Tiziano que está en el refectorio, y hace años que la torre del ángulo de mediodía y poniente, rajada y ladeada, amenaza mayores daños. Yo he sido testigo más de una vez del celo del actual administrador, pero además de tener las manos atadas, raya en imposible que la diligencia de un solo hombre pueda vencer tantas dificultades. En una palabra, creo difícilísimo que El Escorial se conserve sin una corporación que lo cuide y habite.

Al hablar de este viaje, que ha dejado en mi alma impresiones hondas y duraderas, me he creído obligado a dar mi pobre opinión y

desinteresado consejo al gobierno, opinión y consejo de que participan cuantos hombres celosos del nombre español he oído hablar de este asunto. Con él está ligada más íntimamente de lo que muchos creen la honra de la nación, pues cuando blasonamos de amigos de las luces y de la regeneración de nuestro país, sería ponernos en notable desacuerdo con nuestros propios principios, dejar venirse al suelo este monumento depositario de tantos nombres ilustres, muestra del gran ingenio de Juan Bautista de Toledo y de Herrera y de la capacidad y poderío de Felipe II¹¹⁴.

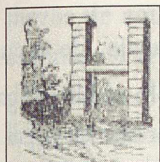
Estas páginas de la historia del mundo, escritas no con sangre, sino con los caracteres luminosos de las artes, encierran más elementos de civilización y de adelanto que otras muchas teorías y sistemas, cuyo único mérito consiste principalmente en no haberse ensayado en el teatro de la experiencia. Creaciones que con tanta claridad interpretan y desenvuelven los axiomas del sentimiento, son de todos tiempos y lugares y tienen hecha la prueba de su nobleza y aun de su utilidad. El Escorial, por ambos conceptos, merece la afición de todos los españoles; tanto valdría arrancar de la Historia y de la memoria de los hombres las jornadas de Lepanto y de Pavía, como dejar apagarse esta antorcha resplandeciente del gran siglo XVI.

El Pensamiento, tomo I, entrega 10, pp. 217-223, 23 de septiembre 1841.

Semanario Pintoresco Español, núm. 27, pp. 209-212, 4 de julio de 1852.

¹¹⁴ “Fue [Felipe II] diestrísimo en la geometría y arquitectura y tenía tanta destreza en disponer las trazas de palacios, castillos, jardines y otras cosas, que cuando Francisco de Mora, mi tío, trazador mayor suyo, y Juan de Herrera, su antecesor, le traían la primera planta, así mandaba quitar o poner o mudar, como si fuera un Vitrubio o Sebastiano Serlio; alcanzó tanto en esta facultad, que excedió a los más peritos de ella, y por ser tanta su destreza y afición, tenía mi tío todos los días una hora determinada para acudir a la consulta de las trazas de Su Majestad, que fue inclinadísimo a edificar como lo manifiestan las innumerables obras que hizo”. Porreño, *Dichos y hechos de Felipe II*, cap. IX.

Apéndice: Un texto inédito de Gil



Reproducimos como broche final un curioso texto recogido por el profesor Picoche en su tesis, “qui est évidemment inspiré de très près par un texte inédit d’Enrique Gil actuellement brûlé. Toutes les archives de l’Ambasáade d’Espagne á Berlin ont disparu pendant la guerre 1939-1945”¹¹⁵.

El texto –que por su originalidad e interés complementa la obra costumbrista de Gil– se encuentra en el ensayo del erudito leonés César Morán *Por tierras de León: historia, costumbres, monumentos, leyendas, filología y arte*¹¹⁶. No es un inédito en sentido estricto, ni posee el tono y el estilo de nuestro autor, sino –como dice Picoche– un pasaje escrito por Morán, inspirado en «notas de viaje» y textos inéditos de Gil, posiblemente de su viaje a la Maragatería, cuando asiste a la boda que relata en *Los maragatos*:

Aquel insigne poeta y novelista que se llamó Enrique Gil cuenta cosas verdaderamente peregrinas de las regiones cuyas costumbres estudiaba. Publicaba sus artículos en el viejo *Semanario Pintoresco*, si bien gran parte de sus “notas de viaje”, que hubieran cristalizado en preciosísimos cuentos a desenvolverlos su privilegiada pluma, permanecen olvidadas, cubiertas de polvo y en abreviaturas, en una vitrina de nuestra embajada en Berlín. Allí murió el autor y allí se conservan (por lo menos hasta pocos años ha) escritos, apuntes, notas y observaciones del ilustre cantor de la violeta.

¹¹⁵ Picoche, pp. 1343-1336.

¹¹⁶ César Morán Bardón, nacido en Rosales (Omaña) en 1882 y fallecido en Madrid en 1951, insigne antropólogo, arqueólogo, folclorista y lingüista. *Tierras de León*, Salamanca, Tipografía de Manuel P. Criado, 1925, cap. XI, pp. 155-159.

Hacia las montañas

Acertó [Gil] a llegar una vez a un pueblo de mal pelaje, de escasos haberes, de importancia nula. Había una boda y el pueblo estaba de gala reunido todo en las eras festejando a los novios. Al aparecer el poeta se quedaron todos mirándole, como si nunca hubieran visto gente. Acercose al primer vecino que encontró y díjole que hiciese el favor de indicarle una posada donde cenar y dormir. Echose el hombre mano a la cabeza, y algo avergonzado de su mísera patria, contestó:

—Señor, en este pueblo no hay siquiera un triste mesón; pero venga conmigo, que malo sea que no encontremos lo que desea.

A los pocos pasos dieron con otro hombre gordo y rechoncho, lleno de sí mismo; la gente le saludaba a su paso, y él se consideraba muy digno de aquellos saludos. Era el *rique*te del pueblo, y por eso se inclinaban los demás ante... su dinero, que no ante él.

—Gaspar —dijo al hombre gordo el flaco que acompañaba a Enrique Gil— este forestero anda buscando pousada, ¿qué mejor que en tua casa, ande hay tolas comenencias imaginables?

—Pues en mi casa te digo que no —contestó el gordo con énfasis; y siguió su camino dirigiendo una mirada de indignación al flaco, y otra de curiosidad al forastero; apoyado en su cacha, infatuado, iba diciendo:

—¡Aquí voy yo!, ¿eh? ¡Todo el mundo boca abajo!

Extrañole a Enrique Gil aquel modo de proceder y veíalo algo inverosímil; pero “sus razones tendrá”, se decía. Su acompañante se encargó de esclarecer el enigma:

—No le hemos sabido entender; si en vez de llamarle Gaspar a secas, le llamamos don Gaspar, vería usted quién era ese caballero; pero así...vamos en busca de otro.

Se tiene por cierto y averiguado que aquel señor daba monedas a los chiquillos para que le llamasen don Gaspar.

Ninguno de los vecinos era tan susceptible como don Gaspar, y así pronto encontraron posada, aunque no con excesivas comodidades. Al poco rato, volvía Enrique Gil a las eras donde estaba el baile y los novios y todo el pueblo festejándoles.

La novia era natural del pueblo, y el pueblo, como se ha dicho, era pobre; el novio era forastero y de un pueblo rico. Pequeños contrastes. Acompañando al novio vinieron sus amigos y parientes, los mejores mozos de aquella localidad, fachendosos, lujosos, elegantes; con sendas cadenas de reloj, con finas corbatas de seda y brillantes borceguíes. Los del pueblo de la novia, aunque ataviados con sus mejores trajes, no llegaban ni con mucho a los forasteros en fachenda; no: podían competir con ellos, creyéronse eclipsados y sintieron en sus corazones el grito de “¡igualdad!”, la mordedura de la envidia.

Les mortificó mucho aquel alarde de lujo; y unos a otros se iban manifestando sus impresiones, hasta que terminaron por convencerse que aquello debía interpretarse como un insulto. Pero un insulto así, indirecto, pudiera tolerarse si venía sin consecuencias, y las consecuencias empezaron a sentirse muy pronto, porque aquellos forasteros no miraban con ojos indiferentes a las muchachas del pueblo, ni les parecían sacos de paja o cosas así despreciables; todo lo contrario. Y ellas, ¡oh flaqueza del corazón humano!, lejos de mostrarse esquivas, parece que se veían como subyugadas, fascinadas por aquel oropel, por aquel continente gentil, marcial, arrogante, altivo.

—¡Que nos las engañan! —decía un hijo del pueblo.

—¡Que nos las llevan! —añadía otro.

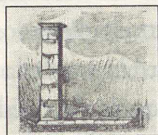
—¡Esto ya no puede tolerarse! —exclamó un tercero, y reventó la bomba.

Al grito de “¡Abajo los del corbatín!, cien estacas manejadas por los nervudos brazos de aquellos labradores, y ocultas hasta entonces debajo de las chaquetillas, se enarbolaron en alto, yendo a caer, certeras y seguras, en las cabezas de los desprevenidos forasteros, que cayeron cuan largos eran a los pies de aquellas ¡ingratas y desleales!

Todo fue confusión y desorden. Se arremolinó la gente y hubo lo de rúbrica, o sea, gritos, carreras, palabras fuertes, sopapos, mojicones, etcétera, etc., y se concluyó la fiesta retirándose todos apresuradamente, quien a curarse, quien por miedo insuperable, quien obligado por su madre o por su esposa.

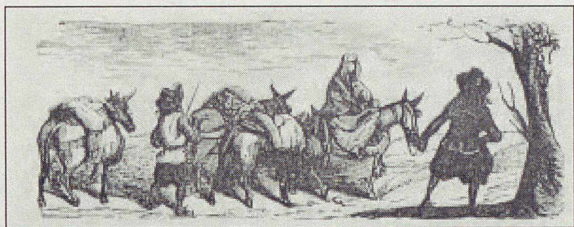
Las lindas muchachas, que las pláticas de los forasteros escuchaban como cantos de sirena, llevaron a casa sus vestidos de gala con salpicaduras de sangre. Enrique Gil, espectador pacífico que no había

cruzado con nadie ni siquiera una mirada de inteligencia, asombrado de tales excesos, y no acertando a explicárselos satisfactoriamente, se llevó las manos á la cabeza y, ¡oh cielos!, las retiró bañadas en su propia sangre...



Índice

<i>Nota del editor</i>	7
Nuestra edición	8
Hemeroteca romántica digital.....	10
<i>Viajes por el Noroeste de España de Enrique Gil y Carrasco.</i>	
Introducción y estudio preliminar de Árida Ares	13
1. Introducci3n al costumbrismo romántico en el siglo XIX	15
2. El costumbrismo romántico de Gil y Carrasco	20
3. Los artículos de costumbres y viajes de Gil y Carrasco	32
3.1. Artículos costumbristas en <i>Semanario Pintoresco Español</i>	35
3.2. Artículos de <i>Los españoles pintados por sí mismos</i>	46
3.3. Artículos sobre monumentos en <i>España pintoresca</i>	56
4. Consideraciones finales.....	68
Bibliografía:.....	70
<i>Viajes y costumbres</i> , de Enrique Gil	73
I. Artículos de costumbres	75
1. Los maragatos.....	77
2. Los montañeses de León	83
3. Los asturianos.....	91
4. Los pasiegos.....	99
II. <i>Los españoles pintados por sí mismos</i>	105
5. El pastor trashumante.....	107
6. El segador	117
7. El maragato	127
III. Artículos de <i>España pintoresca</i>	135
8. La Catedral de León	137
9. La Iglesia de San Isidoro y Pante3n de los Reyes de León.....	141
10. El Palacio de los Guzmanes de León	145
11. San Marcos de León	147
12. El Castillo de Simancas.....	155
13. Una visita al Escorial.....	167
Apéndice: Un texto inédito de Gil	179



Se presentó esta 1ª edición de *Viajes y costumbres* de Enrique Gil y Carrasco en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, por el padre agustino Modesto González Velasco, por cuyo impulso berciano quedó depositada en la magna biblioteca escorialense una completa colección de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015, en recuerdo de la visita de Gil en 1841, El Escorial, 15 de julio de 2014.



BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO
EDICIÓN DEL II CENTENARIO 1815-2015

La BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO asume el reto de divulgar la obra completa de Enrique Gil en diez tomos —editados en papel por *Paradiso Gutenberg* y en epub por *eBooksBierzo*—, que no puede faltar en ninguna biblioteca leonesa.

Un valioso esfuerzo editorial, dirigido por Valentín Carrera, para poner al alcance de todos los públicos la obra completa de Gil en una cuidada edición popular, atractiva y moderna, con documentos e imágenes, prólogos de destacados autores bercianos y artículos de los principales especialistas internacionales.

Estudiantes y profesores encontrarán en www.bibliotecagilycarrasco.com una *Guía de lectura* con actividades didácticas para el estudio del poeta villafranquino, y del Romanticismo, en todos los institutos y colegios, especialmente en los de León y El Bierzo.

- I. Poesía
- II. El Lago de Carucedo
- III. Viaje a una provincia del interior
- IV. Crítica literaria
- V. Miscelánea
- VI. Viajes y costumbres
- VII. Último viaje: Diario París-Berlín
- VIII. El Señor de Bembibre
- IX. Ensayos literarios sobre Gil y Carrasco
- X. Enrique Gil y El Bierzo

UN ROMÁNTICO ILUSTRADO POR EL NOROESTE DE ESPAÑA

Viajes y costumbres es la colección de los trece artículos costumbristas publicados por Enrique Gil entre 1839 y 1844 en los periódicos de mayor difusión y popularidad de la época, el *Semanario Pintoresco Español*, *Los españoles pintados por sí mismos* o *El Pensamiento*.

BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO presenta esta edición ilustrada, al cuidado de Álida Ares y Valentín Carrera, comentada y cotejada con los originales, que incluye un curioso “inédito”, *Hacia las montañas*, recuperado por el profesor Picoche en su magna tesis.

El volumen se abre con un documentado estudio de la filóloga Álida Ares, natural del Bierzo, profesora en la Universidad de Trento. Ha publicado manuales y ensayos sobre filología, análisis del discurso y didáctica de la lengua como *Gramática Española para Estudiantes Italianos* y *De la gramática normativa a la gramática del texto*.

El ensayo de Álida Ares, *Viajes por el Noroeste de España de Enrique Gil y Carrasco*, aborda por primera vez el estudio conjunto de los trece artículos costumbristas y viajeros de Gil y nos presenta un autor desconocido, apasionante y muy actual.

El periodismo de Enrique Gil mereció ya en 1885 un altísimo juicio del crítico Víctor Balaguer: “*El Señor de Bembibre* y *El Lago de Carucedo* son obras pasajeras y mortales al lado de los artículos”. Alonso Cortés añade rotundo que “los artículos de crítica de Enrique Gil son de lo más sólido y consistente que se escribió en su época”; y Piñeyro afirmaba que “se pueden leer todavía con placer y provecho”.

Disfrútenlos lector y lectora en 2014 con el placer y el provecho que daban en 1839 a los miles de suscriptores que seguían los pasos de Gil en el *Semanario Pintoresco Español*.

BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015
www.bibliotecagilycarrasco.com

Paradiso Gutenberg



G 57940

VIAJES Y COSTUMBRES
GIL Y CARRASCO